

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL



TESIS DOCTORAL

Comunidades subsumidas

Persistencia y crisis de los vínculos locales de reciprocidad en el
Valle medio del Alberche

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Héctor Gil Rodríguez

Directores

César Rendueles Menéndez de Llano

Mario Ortí Mata

Madrid

© Héctor Gil Rodríguez, 2021

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL



COMUNIDADES SUBSUMIDAS

PERSISTENCIA Y CRISIS DE LOS VÍNCULOS LOCALES DE RECIPROCIDAD EN
EL VALLE MEDIO DEL ALBERCHE

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR PRESENTADA POR

HÉCTOR GIL RODRÍGUEZ

DIRECTORES

César Rendueles Menéndez de Llano

Mario Ortí Mata

(2021)

Agradecimientos

Agradezco a mis padres, Javier y Beatriz, su confianza, su amor y su apoyo permanente, decisivo en la escritura de algunas de estas páginas. Ellos han sido uno de los pilares fundamentales de todo este trabajo.

Agradezco a mi amigo y paisano, Daniel, su escrutinio crítico, su escucha atenta y sus brillantes comentarios. Es un honor tenerte tan cerca.

Agradezco a Pedro, amigo queridísimo de Valencia, que aliviara mi mente de miedos e inseguridades y escuchara pacientemente mis reflexiones sobre el pasado, el presente y el futuro de la “ancha” Castilla.

Doy las gracias a María Gómez por su generosidad y sus buenos consejos. Poder compartir contigo inquietudes, ilusiones y debates equivale para mí a encontrar agua en el desierto.

En el transcurso del trabajo de campo, hubo varias personas que me prestaron su tiempo y su testimonio: Pablo Cañarro, “Tonine” Mancebo, Antonio González, Alejandro del Cid y Mercedes González. Mi homenaje y agradecimiento a todas ellas.

También estoy muy agradecido al Departament de Filosofia i Treball Social de la UIB por haber asegurado mi mileurismo durante los cuatro años de ayudantía.

Gracias a Mario, mi amigo y codirector, por no perder nunca el humor al hablar de la vida y el trabajo en la Academia y por las largas conversaciones que se nos van dando vueltas alrededor del regeneracionismo, el narcisismo, Marx, el mesianismo o el movimiento obrero en España. Y a mi director, César Rendueles, por su paciencia y por todo lo que me ha influido para mejor sin darse cuenta. Mi deuda intelectual con ambos es extrema.

Por último quisiera darle las gracias a los que han estado siempre, a Rober, “Also”, Dani, Felipe, con quienes he tenido la suerte de compartir algunos de los mejores momentos de mi vida. Mi patria sois vosotros.

Le dedico esta tesis a mis abuelos: Tomás, hombre esforzado, del que he sacado la pasión obsesiva por el trabajo bien hecho; y Lili, mujer de oro, cuidadora incansable, que sin saberlo aparece retratada en estas páginas.

Palma de Mallorca.

2 de mayo de 2021.

RESUMEN	1
ABSTRACT	2
INTRODUCCIÓN	4
Objetivos de la investigación.....	8
Diseño metodológico y técnicas utilizadas.....	10
Contribución al campo de investigación	14
Consideraciones sobre la comunidad	23
 PARTE I: UN PASADO CAMPESINO: LA SOCIEDAD ALBERCHANA DE POSGUERRA (1940-1960).....	41
 Introducción	42
Un vistazo crudo a la realidad productiva de las poblaciones rurales de la Sierra de Gredos en la posguerra	42
 Agricultura	42
Actividad pecuaria	43
Sector secundario	44
 “Menos agricultores y mejor agricultura”: las pretensiones modernizadoras del primer franquismo en el Valle medio del Alberche.....	45
Los problemas del minifundismo alberchano	46
 Razones estructurales	47
Razones coyunturales.....	48
 Una tierra desprovista de valor	49
El trabajo comunal.....	51
El cercamiento de los montes vecinales alberchanos	54

La comunidad desde dentro	56
La lucha por la vida: el recurso a la solidaridad comunitaria en la posguerra.....	56
Las diversiones populares	58
“Día de agua, taberna o fragua”	59
“Guardianes de la moral”: el control de los espacios de sociabilidad local	60
Vecinos de moral intachable: la vida en manos del “otro”	61
“Navaluenga pide justicia”. Un conato de revuelta en defensa de las tierras comunes.....	64
Una experiencia frustrada de desarrollo comunitario: el ambivalente papel del SEA en el campo alberchano	72
PARTE II: DE LA TIERRA AL SUELO: LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO DEL TURISMO RESIDENCIAL	83
La sangría humana. Migraciones en la segunda mitad del siglo XX	84
“Las verdes praderas alberchanas”: el ascenso del turismo residencial en el Valle	92
Del hambre a las ganas de comer	94
“La sangre tira”	97
La felicidad del rinconcito	100
Centristas, centrados y de centro.....	101
De “parientes” a vecinos	110
PARTE III: CAMBIOS Y PERMANENCIAS EN LAS PAUTAS DE SOCIABILIDAD LOCAL	117
El fluctuante sentimiento de comunidad de los pueblos y aldeas alberchanos	118
Introducción	118
Contacto y espacios de encuentro	119
Guardar silencio: la vigencia del clientelismo político	124
La sombra del poder: política de clientelas y sociedad civil	128
El papel de las asociaciones en las dinámicas de desarrollo local.....	131

Uniformidad y monotonía cultural	134
Fuerzas de decadencia: carencia o escasez de servicios.....	135
Droga. Los cuerpos que no aguantan	137
Bajo el paraguas del Estado. Rentistas sin autoestima	141
Hastío, ociosidad y aburrimiento	145
 El asociacionismo deportivo, tejedor de redes sociales.....	146
El funesto destino de los clubes. Nuevos movimientos migratorios en los pueblos alberchanos	148
C.D. Navatagordo. Un epicentro de vida y actividad comunitarias	151
Recapitulando	154
 Los muchos malestares y el precio de la periferización rural	156
 CONCLUSIONES.....	165
BIBLIOGRAFÍA.....	174
ANEXOS.....	192

RESUMEN

La tesis doctoral *Comunidades subsumidas. Persistencia y crisis de los vínculos locales de reciprocidad en el Valle medio del Alberche* analiza sociológicamente los cambios que los municipios del Valle medio del Alberche (Ávila) experimentaron en las relaciones entre sus habitantes al calor del doble proceso de urbanización y terciarización que acompañó al tránsito del mundo campesino tradicional a la sociedad rural contemporánea. El objeto de estudio es la evolución de las redes de parentesco, comunidad y vecindad desde el año 1940 hasta la actualidad. La investigación se mueve en un terreno híbrido entre la antropología social y la microhistoria. Metodológicamente, se han realizado treinta y cuatro entrevistas a residentes temporales y población autóctona acerca de las transformaciones sociales, económicas y de las pautas de sociabilidad acontecidas en esta comarca. El trabajo se desarrolla en una secuencia de momentos históricos. Los años de la posguerra hasta la crisis de la sociedad agraria tradicional y el éxodo interior, cubren la primera parte. La explosión turístico-inmobiliaria de principios de los setenta hasta la extensión de los valores de la sociedad de consumo entre los alberchanos, comprenden la segunda. El tercer y último bloque está dedicado a las diversas formas de compromiso social que persisten en la actualidad y a los malestares producidos por la pérdida de apoyo social y comunitario. Finalmente, se extraen una serie de conclusiones relevantes para la sociología rural: la aculturación homologante del campesinado, los efectos mentales de la fragilización social, la política agraria de la dictadura de Franco y sus repercusiones locales, etc.

ABSTRACT

This doctoral thesis *Comunidades subsumidas. Persistencia y crisis de los vínculos locales de reciprocidad en el Valle medio del Alberche* sociologically analyzes the changes that the municipalities of the middle Alberche Valley (Ávila) experienced in the relations between their inhabitants in the heat of the double process of urbanization and tertiarization that accompanied the transition from the traditional peasant world to the contemporary rural society. The object of study is the evolution of kinship, community and neighborhood networks from 1940 to the present. The research moves in a hybrid ground between social anthropology and microhistory. Methodologically, thirty-four interviews were conducted with temporary residents and the local population about the social and economic transformations and the patterns of sociability that have taken place in this region. The work is developed in a sequence of historical moments. The post-war years up to the crisis of the traditional agrarian society and the interior exodus cover the first part. The tourist-real estate explosion at the beginning of the seventies until the extension of the values of the consumer society among the alberchanos, comprise the second part. The third and last chapter is dedicated to the various forms of social commitment that persist today and to the discomforts produced by the loss of social and community support. Finally, a series of conclusions relevant to rural sociology are drawn: the homologizing acculturation of the peasantry, the mental effects of social fragilization, the agrarian policy of Franco's dictatorship and its local repercussions, etc.

Introducción

Cuando hace seis años decidí investigar el papel del capital escolar y del estilo de vida de clase en el movimiento de los indignados, cuyo resultado fue mi TFM, no podía imaginar el giro de acontecimientos que acabaría llevándome a narrar y analizar la historia reciente del medio rural abulense. A raíz de aquel trabajo, centrado en identificar los sesgos de clase del activismo juvenil quincemayista, se cruzaron numerosas lecturas y, sobre todo, multitud de debates sobre las transformaciones de la clase obrera en España que me hicieron reconsiderar mi propio objeto de estudio, cambiando muchos de los presupuestos teóricos que entonces daba por válidos. En aquel momento, mi punto de vista, influido por la teoría de las especies de capital de Bourdieu, solo se fijó en la dimensión simbólica de las culturas de clase, sin atender a otros aspectos importantes a la hora de acercarse a este asunto como eran su dimensión material e histórica.

Fue entonces cuando se despertó mi interés por el pasado campesino de las clases populares madrileñas. Durante casi dos años no dejé de leer y discutir sobre el tema. En la memoria atesoro las largas y sinuosas conversaciones con mis directores y colegas del doctorado.

Cuatro años después, aquel interés por la historia del campesinado se ha materializado finalmente en esta tesis doctoral. Las páginas que siguen se concentran en reconstruir y analizar el proceso de desarticulación de la vida comunitaria del medio rural castellano y sus repercusiones en el estado mental de sus habitantes. En ellas me ocupo de quienes experimentaron una fuerte sensación de pertenencia y de unidad durante la larga posguerra civil, de quienes emigraron del campo a la ciudad atraídos por sus redes familiares o de paisanaje, de aquellas familias que decidieron adquirir una segunda

vivienda en el campo para mantener el vínculo con sus municipios de origen, de quienes todavía hoy, a pesar de la fuerte pujanza del proceso de atomización social, siguen funcionando bajo patrones de cuidado, solidaridad y apoyo mutuo y de los que padecen los efectos mentales del despoblamiento y el abandono del medio rural.

El método de esta tesis es histórico. Arranca en 1940, durante la primera etapa de la dictadura de Franco, y llega hasta la actualidad. El estudio se divide en tres partes. La primera atiende a los cambios sociales, económicos y a las pautas de sociabilidad acontecidos en el agro alberchano durante la primera mitad del siglo XX, desde 1940 hasta el primer *boom* turístico-inmobiliario (1970-1973). La segunda parte trata de la irrupción del turismo residencial de origen madrileño en los pueblos del Alberche y su impacto en la cultura y en los modos de vida locales. A estos dos bloques, se suma un tercero, de carácter etnográfico, que se puede resumir como un análisis desde abajo de la ambivalente situación social de los medios rurales alberchanos. Las incursiones etnosociológicas evocadas en esa parte de la tesis toman como referentes una serie de situaciones cotidianas que muestran cómo una sociedad puede ser al mismo tiempo individualista y colectivista.

El enfoque de este estudio es conscientemente limitado. La razón es de estrategia expositiva. Pretender hacer una “historia total” de los medios rurales alberchanos, una historia que aborde de forma integral todos los hechos que componen el proceso estudiado, es, simplemente, utópico. Por lo que he optado por realizar un análisis global y sintético de las transformaciones sociales y culturales experimentadas en el Valle medio del Alberche.

En las páginas que siguen no se analiza más que lo que resulta imprescindible para comprender la evolución histórica de los tejidos y las convenciones de la sociedad

alberchana. Asuntos tan centrales como las diferentes representaciones del mundo rural durante la dictadura, los debates y conflictos en torno a la implementación de la contrarreforma agraria franquista, el caciquismo y el clientelismo político, en definitiva, lo que constituye el trasfondo de esta tesis doctoral, no son tratados más que de una forma tangencial porque no los considero, en principio, decisivos para mi tema de estudio.

Objetivos de la investigación

Esta tesis doctoral es una investigación sobre la evolución de los patrones de sociabilidad de los habitantes del medio rural alberchano, desde 1940 hasta la actualidad. En ella se realiza un análisis de las relaciones de comunidad que cruzan toda la historia reciente de esta comarca. Se estudian las formas de reciprocidad e intercambio vigentes durante la posguerra, las instituciones comunales vinculadas a la economía campesina local, el espíritu de solidaridad de los emigrantes rurales de los años cincuenta y sesenta, el clientelismo y el caciquismo.

El trabajo aborda un período de tiempo durante el cual se produjeron algunas de las transformaciones más radicales que ha experimentado la sociedad española en general y la abulense en particular.

El primer gran objetivo de la tesis es trazar una panorámica de la historia del agro alberchano para dar cuenta de las grandes transformaciones socioeconómicas que tuvieron lugar en esta zona durante la segunda mitad del siglo XX. Para ello se estudia la tentativa hecha por la dictadura franquista para capitalizar el minifundio y municipalizar recursos comunales como el bosque o los pastizales. Se analiza el proceso de disolución de las comunidades campesinas tradicionales y los movimientos migratorios hacia el mundo urbano. Finalmente se explican las consecuencias que tuvo la residencialización del campo sobre el tejido social y comunitario de los pueblos del Alberche. Esto se hace utilizando las herramientas de la microhistoria. El uso del enfoque micro permite dar voz a los habitantes del Valle y recuperar sus experiencias y vivencias acerca del proceso estudiado.

El segundo objetivo es analizar la densidad y el alcance de las pautas de solidaridad familiar y de los circuitos de reciprocidad vecinal presentes en el territorio. Para este cometido, se han etnografiado diversas experiencias de apoyo entre familiares, amigos, vecinos y asociaciones voluntarias de todo tipo. Mi análisis se ha centrado en el funcionamiento de los mecanismos de reciprocidad informal y del tejido asociativo y vecinal. En concreto, he examinado una serie de experiencias asociativas y redes de ayuda mutua como ejemplos de las ambivalencias y contradicciones que atraviesan las comunidades rurales alberchanas. Las notas que he registrado en mi cuaderno de campo, así como las entrevistas y observaciones realizadas durante mis estancias en el Valle, me han proporcionado el material para abordar estas cuestiones.

En tercer lugar, la tesis doctoral pretende evaluar el impacto social que han tenido las sucesivas transformaciones del medio rural sobre las pautas de convivencia de las poblaciones locales. Se presta especial atención a las implicaciones sociales y culturales de la expansión del consumo y del negocio turístico-inmobiliario en los pueblos del Alberche durante el primer quinquenio de 1970, examinando cómo afectaron a la vida pública y privada de sus habitantes. Se estudian los cambios en el paisaje y la faz humana de los municipios y el surgimiento de nuevos valores y nuevas formas de relación asociadas al desarrollo del turismo residencial. Se aporta también información sobre los efectos mentales producidos por el achicamiento de las redes comunitarias, como las depresiones, el mal humor y la tristeza.

Diseño metodológico y técnicas utilizadas

La tesis doctoral constituye un estudio de caso realizado a partir del examen de fuentes secundarias (prensa generalista, registros oficiales, libros e investigaciones de doctorado), literatura¹ y trabajo de campo llevado a cabo a lo largo de tres estancias de seis meses en el Valle medio del Alberche: una primera de cuatro semanas (octubre-noviembre de 2018), otra de dos meses (noviembre-diciembre de 2019) y una última visita de tres meses (septiembre-noviembre de 2020).

La metodología utilizada en este trabajo es cualitativa. Para analizar el proceso de cambio de las formas de sociabilidad, me he basado en tres técnicas: entrevistas, análisis bibliográfico-documental y observación participante. En concreto, he realizado treinta y cuatro entrevistas abiertas semidirectivas a residentes temporales y población autóctona. Los nombres de casi todos los entrevistados han sido anonimizados para preservar su intimidad. El fin de las entrevistas no ha sido interpretar los discursos, sino recoger las experiencias de la gente que vivió *in situ* los grandes procesos de transformación que aquí se analizan (Castro y Castro, 2001).

El análisis del material empírico ha abordado: las prácticas comunitarias y los patrones de solidaridad imperantes en el Valle durante la posguerra, el impacto de las transformaciones económicas asociadas al ascenso del turismo residencial en las redes de parentesco, comunidad y vecindad, la pervivencia de los viejos rituales de

¹ He aquí varios ejemplos: *El viento derruido*, de Alejandro López Andrada (2017); *Palabras mayores*, de Emilio Gancedo (2017); *Los últimos*, de Paco Cerdà (2017); *El disputado voto del señor Cayo*, de Miguel Delibes (2010); *La España Vacía*, de Sergio del Molino (2016); *Tierra de mujeres*, de María Sánchez (2019); *Vidas a la intemperie*, de Marc Badal (2018); *Donde viven los caracoles*, de Emilio Barco (2019) y *Una casa en Walden*, de Antonio Casado Da Rocha (2017).

sociabilidad en torno a actos y tareas de la vida cotidiana y la presencia de desórdenes mentales y conductas autodestructivas entre los habitantes del medio rural alberchano.

El trabajo de campo tuvo lugar en los municipios del Valle medio del Alberche durante los años 2019 y 2020. El primer acercamiento a la realidad social de esta comarca se produjo en los meses finales de 2019 con la realización de tres entrevistas exploratorias con personas de edad avanzada, residentes en Navaluenga. El objetivo era hacer las primeras entrevistas a modo de prueba piloto para adaptar convenientemente el guión de las mismas. Las entrevistas se centraron en temas como el sentido de pertenencia, la vida cotidiana y la percepción social de las transformaciones de los pueblos alberchanos. Estas se complementaron, posteriormente, hasta treinta y cuatro. Todas fueron grabadas excepto las que se dieron en la interacción social diaria, que no tuvieron otro registro que las anotaciones tomadas en campo. Las entrevistas se realizaron en bares, plazas y domicilios particulares, y duraron entre una hora y una hora y media. El análisis cualitativo del material discursivo me ha ofrecido la posibilidad de recoger las experiencias de las gentes que viven o han vivido en el Valle y conocer su visión acerca de los cambios que se han venido produciendo en la estructura social y en la organización económica del agro alberchano a lo largo del último medio siglo.

De los treinta y cuatro entrevistados, solo seis tienen entre 20 y 50 años. El resto son personas de entre 65 y 85 años aproximadamente. El rango de edad escogido responde al hecho de que la población de esta zona está fuertemente envejecida. La mayoría de los entrevistados son hombres, muchos de ellos de Navaluenga y San Juan de la Nava. Este desequilibrio viene motivado por la importante masculinización que existe en muchos municipios alberchanos (Camarero y Sampedro, 2008). Las entrevistas realizadas incluyen a pequeños agricultores, comerciantes, ganaderos y ancianos

pensionistas. En este sentido, he intentado alternar entre personas que viven en zonas rurales intermedias y aquellas que lo hacen en enclaves remotos y semidespoblados.

La selección de los informantes ha sido intencional, y los criterios para confeccionar la muestra han sido los siguientes: haber nacido entre 1940 y 1970 y residir temporal o permanentemente en cualquiera de los municipios del Valle. La relación de los entrevistados puede verse en el anexo.

Para contactar con los informantes, he seguido distintas estrategias. En primer lugar, he recurrido a mi red de contactos personales. Mi familia y mis amigos me han ayudado a localizar e involucrar a algunos de los participantes. En segundo lugar, algunos informantes me han ido proporcionando nuevos contactos, lo que ha permitido que la muestra se completase mediante una estrategia de “bola de nieve” (Patton, 2002).

Además de estas entrevistas, para estudiar la realidad actual de la sociedad alberchana, he utilizado las siguientes fuentes de datos estadísticos oficiales: el Censo de Población y Vivienda del Instituto Nacional de Estadística del 2011, la Base de Datos Clínicos de Atención Primaria del 2020 y el Informe del Mercado de Trabajo de Ávila del Servicio Público de Empleo Estatal del 2019. Así mismo, he realizado consultas puntuales en los archivos digitales del periódico *El País*, *20 Minutos* y *El Diario de Ávila*. Además de utilizar el número 141 de la *Revista Posible* del año 1977 y el Boletín número 11 de la Delegación de Sindicatos de la Provincia de Ávila de 1954.

El análisis bibliográfico y la recopilación de datos estadísticos se han acompañado de una observación participante prolongada a lo largo de casi un año y medio con la población autóctona que me ha permitido etnografiar diversos aspectos de la vida social cotidiana de los pueblos del Alberche. En mi acercamiento etnográfico a los núcleos comunitarios del agro alberchano me he visto acudiendo al humilde estadio del C.D.

Navatagordo, participando en las asambleas de la comunidad de regantes de Navaluenga y observando las pautas de relación social de sus habitantes.

Por último, quisiera decir algo acerca de los problemas del trabajo de campo. El primero y más importante es el transporte. En esta zona la red de autobuses es casi nula. Por fortuna mis padres y mis amigos tienen coche, y se han ofrecido para llevarme a cualquier parte siempre que lo he necesitado. Algunas entrevistas no han podido realizarse por no encontrar manera de llegar hasta los lugares de destino. La desconfianza de los informantes de algunos pueblos de montaña es otro problema. Las personas que viven en estas zonas tienden a mostrarse suspicaces hacia la gente desconocida pues están acostumbradas a ver siempre los mismos rostros. En algunos casos, me ha resultado muy difícil romper con esos recelos. Para ello he necesitado generar relaciones de confianza con mis informantes. Antes de encender la grabadora, trataba de entablar conversación con ellos. Les explicaba que yo trabajaba en la universidad y que estaba realizando un estudio sobre las consecuencias de los cambios socioeconómicos del medio rural en la vida cotidiana y en las formas de sociabilidad de sus habitantes. Mi apariencia aniñada, mi manera de hablar y mi forma de vestir me han ayudado mucho a romper las reticencias de algunos de ellos.

Mi conocimiento previo de la zona de Navaluenga, donde nacieron mis abuelos, donde nació mi padre y donde veranea mi familia materna desde 1960, me han obligado a reflexionar permanentemente sobre las implicaciones que tiene el desarrollo de un trabajo etnográfico en un lugar conocido (Hammersley y Arkinson, 1994). Esta tarea de reflexividad se ha ejercido mediante una suerte de meta-análisis sobre el trabajo de campo realizado en este municipio.

Contribución al campo de investigación

En el mundo de las ciencias sociales hay dos tipos de investigaciones: las que se ubican en un campo de estudio bien acotado y están encaminadas a responder una pregunta precisa, dentro de un debate articulado con unas posiciones claramente definidas, y las que, por el contrario, están dirigidas a responder una pregunta más general, dentro de un diálogo multidisciplinar de contornos difusos (Sola, 2014). Esta tesis se inscribe dentro de la segunda categoría. Es por ello que no resulta sencillo elaborar un resumen de las principales corrientes y autores que hasta ahora han abordado el asunto de la comunidad en el medio rural.

En este apartado presentaremos los recursos conceptuales generales que hemos movilizado en todas nuestras explicaciones a lo largo del estudio.

Es importante advertir que estas consideraciones van a ser necesariamente fragmentarias e incompletas, ya que lo que se pretende no es dar cuenta de todo lo que se ha escrito hasta la fecha sobre la decadencia de la comunidad en el mundo de hoy -un asunto que, como sabemos, ha sido ampliamente discutido y teorizado en las ciencias sociales modernas-, sino simplemente trazar las coordenadas conceptuales en que se inserta este estudio y explicitar nuestra premisa de partida. En todo caso, es necesario aclarar que nuestro acercamiento al tema de la comunidad rural es solo uno entre los muchos posibles.

Antes de entrar a enumerar las referencias del estudio, conviene hacer algunas aclaraciones. Como de analizar las redes de sociabilidad de las poblaciones rurales se trata, necesitamos etnografiar la vida social rutinaria de los municipios alberchanos para describir los cambios sociales operados en la zona a escala micro y macro. Al tratarse de

un estudio etnosociológico (Bertaux, 2005), es imposible separar teoría y datos en el trabajo de campo. Por eso el elenco de fuentes consultadas y citadas en el presente estudio no se pueden circunscribir a un apartado ad hoc. Deben aparecer diseminadas a lo largo de la tesis, tanto en el cuerpo del texto como en las adendas o en notas al pie.

Una de las piezas fundamentales del estudio que presento al lector es el concepto de comunidad. Se trata de una de esas nociones viscosas y controvertidas del debate social que los estudiosos emplean de varias maneras para fines muy distintos. Por simplificar: en un lado, se encuentran las posturas que ven la comunidad como un modelo de vida buena hacia el que tender; en otro, abundan los enfoques que estudian la prosaica realidad de las comunidades de afinidad e intereses, y entre medias, figuran quienes abogan por restablecer los valores y tradiciones del pasado comunitario pre-mercantil. Diferencias aparte, estos tres puntos de vista coinciden en reconocer que la comunidad es un elemento de importancia vital para potenciar la solidaridad social y el respeto mutuo².

La comunidad, tal y como se entiende en esta tesis, se relaciona con los mecanismos de defensa grupal o colectiva que suavizan los efectos destructores del mercado, cultivan valores sociales como el sentido del deber, la generosidad y la ayuda mutua, y aseguran la estabilidad social.

La comunidad es un tema amplio y obsesionante para las ciencias sociales, realidad polimorfa que hay que contemplar desde muy distintos puntos para entender a cabalidad (Bauman, 2000). Ha sido tema de estudio de muy distintas disciplinas: historia social,

² En el pensamiento social occidental, la idea de comunidad se funda sobre un mito, el de la unidad perdida. Hace bastante tiempo, en la sociedad tribal tradicional la gente ordinaria estaba ligada a unas metas e intereses comunes por lazos de vecindad y consanguinidad. Andando el tiempo, sobrevino un cataclismo social de proporciones colosales, como resultado del cual las relaciones comunitarias ancestrales pertenecientes a formas de sociedad anteriores comenzaron a desaparecer para dar paso a un sistema basado en la propiedad privada, el individualismo y la competencia.

sociología, antropología, entre otras. De ahí que en el marco de trabajo de esta tesis doctoral confluyan datos y saberes de naturaleza variopinta. La cantidad y variedad de fuentes secundarias empleadas prueba lo bien fundado de lo que se escribe, pero hace que sea imposible constituir un inventario completo de todo el material revisado. De todos modos, para el caso que me ocupa, he querido operar con ideas antes que hacer un listado de citas y autores. Ello no quiere decir, por supuesto, que haya llevado a cabo un estudio desprovisto de teorizaciones y herramientas conceptuales. Para analizar los entresijos del funcionamiento de la comunidad rural alberchana, he necesitado de un marco conceptual que se ubica en la encrucijada de la microhistoria, los estudios agrarios y campesinos (Brandes, Bandfield, Pitt-Rivers) y las propuestas del denominado movimiento antiutilitarista de las ciencias sociales (Michéa, Latouche, Mauss). En el apartado siguiente describo el planteamiento general de esta corriente de pensamiento con mayor detalle.

Aunque esta es una tesis que discute cuestiones centrales para el pensamiento social agrario, he tenido por fundamental hacerla accesible a lectores no especializados. Precisamente por eso he apostado por la austeridad conceptual dentro del texto. Considero que forma parte de la tarea de las ciencias sociales tratar de democratizar el conocimiento, poniendo algunos recursos interpretativos al alcance de todos los lectores.

En adelante, ofrezco un somero repaso de las principales investigaciones sobre ruralidad para enmarcar la relevancia de mi tema de estudio. Es necesario aclarar que no pretendo realizar un examen exhaustivo de la literatura secundaria sobre el tema: la ingente cantidad de materiales publicados que abordan lo rural supera con creces el margen de este sucinto listado de referencias. El objetivo es hacer un repaso de la historia reciente de los estudios campesinos y agrarios -algunos de los cuales forman la

base del documento que presento- para catalogar sucintamente los principales debates sobre el pasado, presente y futuro de las zonas rurales. Explorar ese *corpus* me va a permitir identificar los autores y corrientes dominantes en este campo y delimitar bien el terreno de estudio donde deseo hacer algunas aportaciones.

La tesis que se presenta se inserta en una corriente de estudios interdisciplinar en el pensamiento social agrario que trata de analizar las variaciones culturales del mundo rural peninsular a lo largo del tiempo. Los autores que han cultivado esta corriente en el campo de la ciencia social agraria van desde las contribuciones pioneras de Brandes (1974) y Arguedas (1959) hasta los famosos escritos de Hervieu (1992), pasando por la monumental obra de Izquierdo (2007). La idea medular de todas estas investigaciones es que la vida de pueblo en el mundo de hoy no se puede entender al margen de lo acontecido durante la segunda mitad del siglo pasado. La realidad actual del mundo rural peninsular es el resultado de un proceso de desmantelamiento de la cultura campesina³ que se concentra en apenas tres decenios. A partir de esta premisa se articula la primera parte de la tesis.

Este proceso fue un tema de estudio cardinal en las ciencias sociales hasta que, a comienzo de los ochenta, los estudios agrarios entraron en crisis para desaparecer casi enteramente en los noventa. Los nombres de Mario Gaviria, Eduardo Sevilla, Julio Caro Baroja o Juan Vicente Palerm otorgaron un fuerte halo de prestigio a este terreno de estudio en aquel tiempo. La obra de estos autores, apoyada en un abundante y minucioso trabajo de campo, resulta imprescindible para ilustrar la realidad del campesinado minifundista en el mundo rural de los cincuenta. Como veremos en el

³ La polisemia del concepto de campesino ha llevado a numerosos autores a usarlo de muy distintas maneras. A los efectos de este estudio, definiremos el campesinado de modo lato como una clase o grupo social que aglutina en su interior tanto a obreros y cooperativistas agrarios como a pequeños y medianos propietarios de tierras.

apartado sobre el modo de vida tradicional de los campesinos de la sierra abulense, las investigaciones que estos publicaron en revistas de primer nivel como *Agricultura y sociedad* o *Historia agraria* se han convertido en un documento de consulta obligada para el conocimiento de las culturas de supervivencia del siglo pasado. Muchas de esas publicaciones insisten en la idea de que el modelo desarrollista auspiciado por la dictadura de Franco vino a quebrar por completo el orden agrario tradicional.

Una vez dismanteladas las bases de las agriculturas precapitalistas peninsulares, los estudios rurales reorientaron su foco hacia las transformaciones productivas del campo. Las respuestas de las ciencias sociales ante tales cambios se pueden dividir en dos grandes tendencias. La primera ha consistido en integrar una enorme variedad de temas de estudio (asociacionismo, familia, etc.) en el espacio rural a fin de mostrar las diferencias entre la ciudad y el campo. La segunda tendencia se ha centrado en analizar con detalle aspectos sectoriales de la realidad social de los pueblos (agricultura, turismo rural, programas de desarrollo sostenible, etc.). Ambas tendencias han realizado numerosas aportaciones que hoy el estudioso de las poblaciones rurales del sur de Europa no puede eludir con ligereza.

Hay también una considerable literatura que se ha ocupado de analizar la realidad de la agroindustria. La mayor parte de estas investigaciones se ubican en el campo almeriense, murciano y andaluz, donde se ha seguido un modelo de desarrollo agrario californiano, fundamentado en el uso intensivo de recursos naturales y mano de obra de origen migrante. De entre ellas, destacan las contribuciones de Avallone (2017) sobre el peso de la herencia colonial en el desarrollo del sector agroalimentario del sur de Europa, los estudios de Pedreño (1999) sobre el proceso de convergencia de la huerta murciana en las redes globales de la industria alimentaria, y la obra pionera de un autor indiscutible en el campo de los estudios agrarios como Camarero (1993), que merece ser

citado no solo porque goce de una enorme notoriedad en la academia, sino porque ha producido inmensas colecciones de datos primarios sobre el devenir de la estructura productiva rural.

Como se ve, en la historia reciente de la ciencia social agraria, los estudios dominantes se han concentrado principalmente en describir las nuevas funciones productivas de las poblaciones rurales del sur peninsular. Si las investigaciones sobre el modo de vida ancestral del campesinado analizaron de forma aislada las diversas formas culturales del medio rural peninsular, los estudios de este bloque aplican un enfoque de amplio rango que rompe con ese reduccionismo local y nos invita a pensar la agricultura industrial como un sector verticalmente integrado en el capitalismo global. Algunas investigaciones que adoptan este enfoque, han realizado aportaciones clave en el campo de los estudios agrarios que deben ser consideradas en cualquier trabajo sobre la agricultura familiar, la agroindustria y, en general, el mundo rural.

Otro espacio particularmente nutrido es el de las investigaciones sobre el problema del despoblamiento rural. En este terreno destacan estudios como el de Fernando Collantes (2004) sobre la decadencia y el vaciamiento de las zonas rurales remotas al que han seguido las impresionantes aportaciones de Pilar y Francisco Burillo (2019) sobre los problemas de movilidad, disponibilidad alimentaria, relevo generacional y desarrollo que se derivan del desequilibrio territorial. En sus páginas se analizan las causas estructurales de la crisis demográfica de las zonas de montaña y sus repercusiones sociales. Estas investigaciones me han valido de referencia para enmarcar y describir el escenario de despoblamiento de algunos municipios rurales abulenses.

En una perspectiva relativamente cercana a la del presente estudio, se enmarcan una serie de investigaciones recientes que han abordado el asunto de la vitalidad comunitaria del mundo rural desde distintas disciplinas.

En el campo de la historia destaca *El rostro de la comunidad*, el voluminoso tomo de Izquierdo (2001) sobre los cambios en la vida cotidiana de las comunidades rurales castellanas. Esta obra muestra en sus conclusiones que, a partir del decenio de los cincuenta, la dictadura de Franco intervino en el entorno rural para destruir por completo las tradiciones y formas comunales de propiedad. Con este cambio, el franquismo quiso asimilar la moral campesina a los valores de la clase media urbana y alfabetizada. Para las autoridades franquistas, el habitante del campo era un no ciudadano al que se le negaba la inteligencia. Al mismo tiempo, la trashumancia y la agricultura de minifundio eran vistas como actividades improductivas que retrasaban los “avances” de la dictadura. El agro campesino se identificaba entonces con un reducto incivilizado y violento que era posible modernizar emulando el estilo de vida de la gran ciudad. Tal y como plantea Izquierdo, el franquismo vino a consumir las aspiraciones del humanismo liberal de arrancar al campesinado tradicional de sus usos y costumbres e incorporarlo a la sociedad capitalista. Retomando el enfoque de este autor, en la primera parte de la tesis veremos el impacto social que tuvieron las ansias modernizadoras de la dictadura en el campo abulense.

Las comunidades rurales castellanas fueron un elemento vertebral en la obra del escritor peruano José María Arguedas (1959). En un libro fundamental para entender el etnocidio cultural del campesinado, Arguedas dio voz a los vecinos y moradores de la comarca de Sayago en Zamora para conocer de primera mano el funcionamiento cotidiano de los comunales de la meseta norte. Su objetivo era documentar una serie de posibles supervivencias comunitarias que influyeron en el proceso colonizador de los

Andes peruanos. Durante su recorrido de campo por la comarca zamorana, Arguedas se encuentra con una cultura campesina agonizante. El triunfo de las relaciones de mercado en el campo ha arrumbado con las formas comunales de propiedad de algunos pueblos. Cunde entre las gentes de Sayago la mentalidad moderna del empresario labrador, que anula las aptitudes del campesinado tradicional para el autoaprovechamiento. En paralelo, aumenta el uso de moneda en las transacciones cotidianas que viene a suplantarse a los actos de trueque individuales. Es entonces cuando la desigualdad material se dispara de forma inusitada en la sociedad sayaguesa y esta se divide en dos clases o grupos: unos son vecinos -o *labradores*- que cultivan en arrendamiento parcelas de minifundio; otros son grandes hacendados que tienen como fuente principal de ingresos el cobro del arriendo de sus propiedades a terceros. Arguedas observa que las diferencias entre campesinos y hacendados generan antagonismos de intereses que anulan el sentimiento de colectividad. A la contra de las representaciones igualitarias de la vida campesina castellana, el libro del investigador peruano adopta una perspectiva conflictivista que en gran medida atraviesa el presente estudio.

Al trabajo de Arguedas hay que sumar el de otros investigadores que han realizado aportaciones muy importantes al campo de los estudios de comunidad. Lugar destacado merece la obra de Victoriano Camas Baena (2003) sobre el modo de vida comunal de los jornaleros de Bujalance. En ella se recopilan los testimonios de un grupo de braceros que narran en primera persona el proceso de cambio en la identidad de los trabajadores eventuales del campo andaluz. Baena considera que las transformaciones productivas del sector agrario y los subsidios por desempleo han contribuido a cambiar radicalmente el universo moral de los habitantes de esta localidad cordobesa. Una de las conclusiones a las que llega el autor es que el nuevo estado moral de los vecinos de Bujalance ha

propiciado el abandono de las antiguas formas de solidaridad colectiva en beneficio de un estilo de vida individualista y consumista.

Asimismo cabe mencionar en este apartado las investigaciones sobre el papel de las asociaciones agrarias en el desarrollo rural del profesor Moyano Estrada (2008) y sobre la capacidad de resiliencia comunitaria de las poblaciones vulnerables del medio rural manchego de Serrano, Martín y Pericacho (2019).

Conviene notar que apenas hay estudios sobre el cambio en las formas de sociabilidad de las poblaciones rurales abulenses. De las pocas investigaciones que se han hecho sobre el tema en la zona de la sierra de Gredos, tan solo tres se han ocupado del asunto de la comunidad. De entre ellas, destaca, a mi modo de ver, el trabajo fundamental de Tomé (2016), *Lo provinciano: estilos de vida entre nostalgias y ficciones identitarias*, sobre el mantenimiento de algunas formas tradicionales de sociabilidad en municipios periurbanos abulenses. A excepción de los estudios de Tomé, el resto de trabajos son obra de folcloristas que se han ocupado de recopilar el acervo cultural del mundo campesino —saberes tradicionales, fiestas, leyendas, canciones, romances, etc. — con el fin de reconstruir el pasado previo a las grandes conmociones sociales acaecidas durante la segunda mitad del siglo pasado.

Es importante advertir que pocos investigadores han atendido a las causas e implicaciones sociales de tales cambios. Esta es, a mi parecer, una de las grandes carencias de la literatura sobre los modos de vida del campo abulense.

El presente estudio parte de esta laguna y aspira a aportar un poco de luz sobre el cambio en los modos de sociabilidad de los moradores del medio rural abulense, tomando algunas localidades ubicadas en la vertiente norte de la sierra de Gredos como caso de estudio.

Consideraciones sobre la comunidad

Mucho se ha especulado en ciencias sociales sobre el reemplazo de los lazos de solidaridad y generosidad de las comunidades tradicionales por nuevas formas de sociabilidad basadas en la frialdad y la competencia generalizada. Tanto que en un cierto sentido podemos decir que este asunto del declive de las formas comunales ha sido una de las preocupaciones centrales de estos saberes hasta bien entrado el siglo XX. Aunque hay parte de verdad en ello, lo cierto es que en algunas zonas rurales, como la que ahora mismo nos ocupa, se pueden hallar estructuras premodernas de sociabilidad vivas. Perviven la ayuda entre vecinos, los valores religiosos, los sistemas locales de reciprocidad e intercambio e incluso las redes clientelares en algunos pueblos y villas del Valle medio del Alberche. Podemos decir que se trata de aspectos de la vida y de las relaciones humanas que subsisten al margen de los intereses materiales de la normalidad mercantil. Algunos autores anglosajones como Richard Sennett, Christopher Lasch, Robert Bellah y una larga lista de tantos otros han insistido mucho en que la moral individualista de nuestro tiempo ha ido corroyendo el sentido de comunidad y ayuda mutua en que se basaban las sociedades antiguas en beneficio de un intimismo que hasta ahora era impropio de la cultura popular, pero a menudo han obviado la pervivencia de esas actividades y relaciones no-mercantiles que se desarrollan en los intersticios de la sociedad actual. El paso de una comunidad finalista a una sociedad atomizada y competitiva es un proceso global en curso, que ha avanzado considerablemente de un tiempo a esta parte. Es obvio que en el interior del capitalismo sigue habiendo espacios de vida comunitaria, aunque hoy nadie pone en duda que los valores utilitarios del mercado han arraigado en multitud de sectores de la vida social que antes estaban regidos por reglas y criterios no-mercantiles. Pienso en la agricultura de supervivencia, el cuidado o los transportes. Ahora bien -y esto es lo que importa- eso

no quiere decir que el comportamiento competitivo haya sustituido por completo a las relaciones personales basadas en la generosidad y el altruismo. Sencillamente no vivimos en sociedades puramente transaccionales donde se ha suprimido la decencia. En ese sentido, por muy avasallante y prepotente que sea la competencia de mercado, siempre podremos observar un cierto calor humano y una relativa cordialidad en el comportamiento ordinario de las personas.

G. A. Cohen (2011) nos da la clave del asunto. Su argumento es que incluso en una sociedad perfectamente estandarizada y mercantil, se pueden apreciar lazos de sociabilidad y mecanismos de pertenencia social, cultural y territorial, regidos por consideraciones no monetarias. Se trata, en efecto, de un razonamiento que sintoniza con lo que hemos comentado hace un momento. Para Cohen, la vida en sociedad requiere de apego y una cierta confianza mutua. Hay, tiene que haber, comportamientos cooperativos. De lo contrario, la sociedad de mercado se desbarataría y nos veríamos abocados a la anomia en todos los niveles.

Hasta ahora el Estado y el mercado han hecho un vasto esfuerzo por erradicar las instituciones comunitarias para dar lugar a una sociedad de individuos fetichistas y aislados, aunque nunca lo han logrado del todo. El motivo de ello es muy simple: burocratizar y mercantilizar la totalidad de la vida social implicaría nada menos que arruinar una enorme cantidad de actividades reproductivas que el Estado y el mercado necesitan parasitar constantemente para continuar proliferando. Dicho de un modo menos pomposo, ambos actores, para poder crecer y seguir funcionando, necesitan que algunas actividades y aspectos de la vida humana respondan a consideraciones morales y criterios no monetaristas. Por lo tanto, las redes comunitarias persisten en el interior de la sociedad actual como mecanismos de apoyo de las acciones estatales y la actividad

mercantil. Si resisten al paso del tiempo es porque operan eficazmente en terrenos donde el Estado y el mercado yerran de forma permanente.

Hemos dicho antes que el comportamiento competitivo y la personalidad moderna del yo atomizado y posesivo son solo una parte de eso que llamamos naturaleza humana, cualquier cosa que esto sea. En este sentido, creemos que es fundamental abandonar la imagen sesgada y empobrecida de lo social que ha construido y difundido el individualismo liberal y buscar conceptos para pensar unas conductas sociales, las de buena parte del mundo rural peninsular, que a menudo se resisten a quedar encapsuladas en el paradigma de la racionalidad calculadora y utilitaria. Con esto no queremos combatir las posiciones del racionalismo atomista liberal, solo decir que nuestro entendimiento del comportamiento humano y social se refuerza enormemente si atendemos al modo de funcionamiento del sector no mercantil. Cuando hablamos de sector no mercantil, aludimos sobre todo a las actividades reproductivas de la sociedad, los valores sociales y las virtudes ordinarias que trascienden el universo de lo estrictamente monetario. Buscar esa especie de mentalidad intuitiva no mercantil que toma parte en multitud de actos de la vida diaria es tan necesario como lo es admitir que en otros sectores los valores del mercado priman sobre las consideraciones sociales. Es innegable que hay conductas individualistas y antisociales, actitudes despiadadas y comportamientos hostiles entre personas que, de modo contingente, operan como agentes del mercado: es, por decirlo de alguna manera, el lado destructivo de la normalidad. Pero, insistimos: no todas las conductas sociales se amoldan perfectamente al principio del mercado. En realidad, en toda sociedad hay unos supuestos morales indispensables para la convivencia que persisten allende la competencia mercantil. El asunto es que la mirada reductivamente economizadora de la teodicea liberal nos hace

ciegos ante esas disposiciones normativas que conforman una parte importante de la vida social cotidiana.

Hoy una es una creencia relativamente generalizada que vivimos en sociedades donde las fuerzas del mercado gozan de plena autoridad en todos los aspectos de la vida. No hay casi esferas de la realidad social que con el avance imparable del capitalismo no hayan sido sometidas a la ley del valor. En efecto, la victoria del mecanismo de mercado ha resultado tan aplastante de un tiempo a esta parte que ha acabado por engullir una enorme cantidad de campos de la vida diaria que antes se situaban al margen de los imperativos de utilidad y rendimiento. La lista de instituciones sociales que han sido reducidas a un uso puramente mercantil es inmensa. Huelga decir en este sentido que el avance del capitalismo moderno es indisociable del debilitamiento paulatino de los lazos comunitarios. La evidencia muestra que el predominio de los valores de mercado se relaciona muy intensamente con el individualismo rampante y sin ataduras de las sociedades actuales. Con el desplome de las realidades comunitarias seculares, los intereses y deseos individuales se han convertido hoy en el motor activo de la historia, tal como pronosticaron los padres fundadores de las ciencias sociales modernas. Algunos autores de muy distintas tradiciones intelectuales coinciden en considerar que el individualismo es la prueba del desarraigo moral de la sociedad mercantil y alertan sobre sus corrosivas y disgregadoras consecuencias. Otros, al contrario, celebran este cambio valorativo como una ganancia en libertad y una oportunidad para el desarrollo personal. En cualquier caso, todos ellos parecen estar de acuerdo en designar el individualismo como un elemento clave para entender el presente.

Este apretado resumen de la crisis social de la modernidad, si cierto, peca de simplista y requiere matices. Si bien puede parecer un rodeo innecesario, pronto veremos que se trata de un punto clave para responder a la pregunta por la supervivencia de rescoldos comunitarios en nuestro territorio de estudio. Cuanta mayor claridad tengamos sobre el proceso individualizador de la sociedad moderna, mejor comprenderemos las implicaciones que ha tenido en el medio rural castellano.

Decir que el cultivo del intimismo y la privacidad es el destino que marca la modernidad toda es tan cierto como vago. La idea es potente y sigue pesando en la relativamente abundante literatura sobre el colapso de las redes comunitarias pero es, cuando menos, debatible que sea aplicable a toda realidad social. Algunos autores muy mediatizados y con bastante audiencia como Bauman o Lipovetsky (2012) tienen tendencia a ver en el declive de la vida comunitaria un rasgo constitutivo de la modernidad. Otros analistas, cercanos al comunitarismo americano, como Bellah (1985), Wolfe (1989) o Putnam (2002, 2003), diseccionan el individualismo sin trabas de nuestro tiempo y lo asocian con el abandono de los asuntos colectivos. Hay pensadores marginados como Lasch (1999) que hacen una original y minuciosa lectura del asunto. Desde su punto de vista, todos los miembros de la sociedad estadounidense actual presentan un modelo de conducta narcisista -entendido en un sentido muy amplio-. Para Lasch, el narcisismo es un modo de comportamiento transversal a toda sociedad avanzada, tan propio de los movimientos de lucha estudiantil de mediados del siglo pasado como del feminismo o los poderes estatales del mundo posmoderno. Sucintamente se trata de una estructura de personalidad caracterizada por un optimismo ciego y un sentimiento de ilusoria omnipotencia, que conforman un individuo pretendidamente autosuficiente que cree no necesitar a la sociedad. Hay otras miradas del tema que muestran puntos de contacto generales con el planteamiento de Lasch,

como la de Jappe, un intelectual y militante proveniente del marxismo, cuyo gran logro es haber mostrado con claridad que el liberalismo de mercado es un sistema que trata de disciplinar las potencias del individuo, imponiendo como principio general una competitividad despiadada, y a veces incluso violenta, que impide el establecimiento de redes colectivas de solidaridad. Sin renunciar a la vertiente hegeliana del pensamiento de Marx, este autor plantea que esto “no es solo cosa de situaciones u hombres particulares” (Jappe, 2019: 50): antes al contrario, se trata de coacciones estructurales creadas por el mercado que se imponen, de un modo bastante inapelable, a la voluntad de los individuos. En este sentido, Jappe argumenta que estamos asistiendo a un cambio general de las costumbres y las pautas de subjetividad que parece estar afectando al propio ser social del hombre. La sociabilidad de hoy -nos dice- es diametralmente distinta a la del pasado: los nuevos tiempos del capitalismo posmoderno han hecho cundir una mentalidad narcisista y calculadora que ha arrasado con valores y actitudes como la solidaridad, la responsabilidad y la ayuda mutua, que han sido sustituidas por el deber de competencia social.

Por caminos muy distintos, todos estos autores han llegado a conclusiones similares. Cada uno a su manera ha corroborado que la modernidad capitalista ha derretido la solidez cultural del mundo premoderno y ha desfigurado la personalidad humana, interponiendo un abismo moral entre las comunidades de sentido seculares y el individualismo civil de las sociedades posmodernas. Digamos que en este sentido estos pensadores no han avanzado demasiado a partir de los estudios pioneros de los padres de las ciencias sociales europeas, Durkheim y Weber a la cabeza. Pero no vamos a discutir ahora si su punto de vista es novedoso o no. Lo importante es notar el impresionismo conceptual en el que algunos de ellos caen. Es el caso de Bauman o Lipovetsky (2012), dos autores de reconocido prestigio con posiciones netamente

especulativas respecto a la decadencia de lo comunal y lo comunitario en las sociedades liberales, que se han impuesto como referencia obligada en los debates sobre el tema. Aunque ellos no son en sentido estricto los primeros pensadores en introducir el asunto del auge de la vida privada en la contemporaneidad -este tema, como no hemos parado de repetir, ha mantenido ocupados a multitud de autores de muy distinta procedencia cultural e intelectual-, sí son claramente responsables de haber diagnosticado un cambio radical de los valores compartidos y las pautas de sociabilidad en esta turbulenta fase del capitalismo. El pensamiento baumaniano, en concreto, pone de relieve el irresistible ascenso del individualismo y la ausencia de compromiso mutuo a todos los niveles (de las relaciones laborales al tiempo social pasando por el amor, el consumo o las artes). En la obra de ambos autores se hacen amplias generalizaciones y se habla del declive de las redes comunitarias con un lenguaje algo efectista, por momentos cercano al de la publicidad, que, si bien resulta muy intuitivo para los lectores no especializados, carece de utilidad en el estudio de la realidad social concreta. En ese sentido, creemos que Alonso (2013) acierta al calificar los ensayos de Bauman de logócratas (en el sentido de Steiner (2006)). Este autor plantea convincentemente que el aparato conceptual baumaniano se ha amoldado perfectamente a los usos sociales dominantes de la lengua actual, produciendo realidades efectivas y palpables mediante abstracciones generales como “tribu” o “liquidez” que en buena medida conectan con las intuiciones y representaciones sociales de la vida cotidiana actual. Una de las numerosas razones por las que el enfoque de Bauman ha alcanzado un enorme predicamento dentro y fuera de la academia en lo que va de siglo es, precisamente, que sus planteamientos revelan una serie de tensiones de la vida posmoderna que nos resultan tremendamente cercanas. Todo el mundo -en mayor o menor medida- se siente permanentemente obligado a ser responsable de su vida en una sociedad fluida que impide entablar compromisos

duraderos que puedan generar, eventualmente, una red social de apoyo. Poco a poco mucha gente corriente ha ido reparando en que el individualismo ambiente y la absoluta falta de compromiso -individual y colectivo- de esta era posmoderna los han vuelto especialmente vulnerables ante las embestidas del mercado y las contingencias de la vida cotidiana. La idea de Bauman y sus seguidores para significar esa fragilidad social inherente al capitalismo actual cristaliza sobre todo en los conceptos de “liquidez” y “modernidad fluida”. Conceptos para algunos autores demasiado escurridizos y poco informativos, al menos en lo concerniente al terreno de los hechos sociales concretos.

Sin menospreciar, por supuesto, la potencia englobante del mapa conceptual baumaniano, el profesor Luis Enrique Alonso (2013) ha alertado contra la flacidez de estas nociones. Afirma, con acierto, que la idea de “liquidez” -piedra filosofal del pensamiento de Bauman- tiende a presentarse como una cualidad emergente de las relaciones humanas, que engloba todos los sectores de la vida social (a saber, el amor, el empleo, el consumo, la identidad social) y no tiene afuera. Todo es fluido, incierto y voluble, nada permanece estable en la era de las redes y la movilidad incesante. Siendo esto cierto, incluso demasiado cierto -dice Alonso-, nada autoriza a pensar que la realidad social es toda ella un espacio fluidificado en permanente cambio. La fuerza disolvente del capitalismo flexible lleva tiempo corroyendo el entramado de relaciones e interdependencias de las sociedades avanzadas. Esto no cree Alonso que se pueda poner en duda. Pero a la vez sigue habiendo instituciones duraderas, relaciones fuertes y permanentes que, por decirlo con Marx, se resisten a desvanecerse en el aire. Es algo de lo que trataremos abundantemente en el siguiente apartado. Por eso, aunque encontremos en Bauman y sus seguidores buenas pistas para analizar y entender el estado de enorme fragilidad de las sociedades del presente, no debemos perder de vista que las ambiciones generalistas de su enfoque resultan de poca utilidad a nivel micro-

social. Dicho de otro modo, es perfectamente posible estar de acuerdo con Bauman en que las sociedades actuales tienen una compulsiva tendencia a fomentar el desapego y el rechazo al compromiso, aun sin asumir que esa levedad del contacto social es consustancial a todos los aspectos de la vida. Parece obvio, pues, que la variedad de situaciones humanas y territoriales en el planeta puede variar desde aquellas que encarnan la perfecta imagen del individualismo independiente y urbano del que habla Bauman hasta aquellas que conservan un fuerte halo de comunidad. Se puede decir, en este sentido, que el esquema de Bauman es demasiado monista, por cuanto disuelve toda diferencia en el fetiche conceptual de la fluidez, desatendiendo de ese modo las incoherencias y los rasgos socialmente contradictorios de la realidad. Al otorgar demasiado peso a las tendencias sociales destructivas de la modernidad, el pensador anglopolaco ensombrece aquellos resortes de la sociabilidad cercana nada evanescentes con lo que el hombre ha venido construyendo la consistencia misma de su humanidad.

Los conceptos de este autor, imprescindibles para elaborar un cuadro general de la ausencia o debilidad de los lazos humanos en la contemporaneidad, encuentran amplias confirmaciones, pero, a nivel micro-social, se topan con excepciones que restringen fuertemente su validez. Evidentemente estos conceptos deben siempre pensarse con arreglo al marco social concreto en el que se inscriben. El caso del mundo rural alberchano, como luego veremos, ofrece un panorama particularmente mestizo y ambiguo, en el que se pueden apreciar al menos dos formas de sociabilidad diferenciadas -una moderna, guiada totalmente por el principio competitivo del mercado, y otra arcaica, heredada del principio de comunidad- que se hallan presentes en el territorio al mismo tiempo y a veces incluso se interfieren mutuamente. Lo peculiar de esta circunstancia es que introduce en la estructura misma de las relaciones un grado de variedad tal que hace que determinadas pautas de conducta de base grupal o

comunitaria, que han persistido en el tiempo en buena parte de los municipios del agro alberchano, sean de todo punto inasequibles a los planteamientos baumanianos. Ello se debe a que las tesis de este autor no han sido concebidas para pensar los elementos de continuidad entre el presente y el pasado de las sociedades sino, por el contrario, para poder pensar la crisis social que se abre en los siglos de la modernidad.

En sus escritos la comunidad aparece siempre representada como lo perdido, como algo que “ha sido” -atendiendo a la famosa cita de Raymond Williams (cit. en Bauman, 2003: 9)- . Concebir la comunidad como una pervivencia o un residuo arcaico es una manera originariamente moderna de mirar las cosas. En el esquema de Bauman -como antes en el de Weber, Durkheim y tantos otros autores de los primeros tiempos de las ciencias sociales- late de fondo una tesis evolucionista y determinista. La contingencia y la fluidez de los lazos sociales se presentan en toda la obra del autor como el punto final de un proceso de largo alcance que arranca de un orden social anterior articulado comunitariamente, con relaciones profundas y duraderas.

Aun no cuestionando la validez de la tendencia fragilizadora de la que habla Bauman, es interesante recordar que la volatilidad del mundo actual no lo abarca todo. Puede que la inestabilidad y la inseguridad sean un rasgo esencial o consustancial de la sociedad capitalista tardomoderna que amenaza con devorarlo todo. Pero sea cual sea el estado de aislamiento y fragilidad social en el que nos movemos, apenas cabe duda de que en la actualidad los valores duraderos, las relaciones tradicionales cara a cara heredadas de un pasado comunitario-popular relativamente reciente, los lazos familiares y de vecindad y algunas estructuras de sociabilidad de origen premoderno o corporativo no han sido trituradas del todo por la actividad de mercado y perduran en el interior de las sociedades humanas.

A estas alturas del apartado resulta ya evidente que muchas de esas realidades duraderas han sido penetradas, sea entera o parcialmente, por valores de mercado, si bien el avance de las tendencias atomizadoras dominantes no ha conseguido de momento erradicarlas por completo. El historiador Ernst Nolte, inspirado en el original planteamiento de Ernst Bloch, emplea el concepto de “no simultaneidad” para hacer referencia a la supervivencia de funciones e instituciones provenientes del pasado en la sociedad actual. Las formas de institucionalidad pasadas de las que habla son los minerales duros de la historia humana. O, siguiendo sus propias palabras, son “un pasado que no quiere pasar” (Nolte, 2007: 71). Esto que plantea Nolte es muy diferente a lo que nos dice Bauman. El esquema del autor polaco -ya hemos apuntado esto varias veces- consta de dos fases, por las que supuestamente han pasado ya todas las sociedades avanzadas: una primera etapa pesada o condensada, que por abreviar corresponde con la estabilidad y permanencia de las relaciones en todas las zonas de la vida social, y una segunda etapa fluida, en la que ahora estamos siendo socializados, donde priman los lazos sociales inestables y poco duraderos, que, presuntamente, han sustituido por completo a la primera. Esta cesura de la modernidad entre sus dos fases es indudablemente necesaria para pensar las mutaciones sociales y culturales que el desarrollo de la sociedad de mercado ha suscitado a escala global. Pero llegados a cierto punto, el principio simplista de Bauman de la fluidez del presente y la solidez del pasado presenta limitaciones obvias, por su tendencia a ver en la liquidez moderna un rasgo propio de la vida social, omnipresente, coherente e inevitable. Bauman considera que no hay zona de la vida social ni acontecimiento diario que haya quedado a salvo de la inestabilidad del presente, que el desplome de la seguridad y el compromiso mutuo han dado origen a una identidad social y moral marcadamente individualista y

meramente electiva. Pero la liquidez de las relaciones sociales y el individualismo desenfrenado siguen teniendo afuera, indudablemente. Esto significa, entre otras cosas, que incluso en la Europa continental completamente sometida al mecanismo de mercado y sacudida por el debilitamiento paulatino de los lazos de compromiso, la ayuda mutua entre iguales y las obligaciones comunitarias perduran -con alcance y entidad variables- como un dispositivo proteccionista en el interior de la sociedad actual. Lo fundamental, entonces, es entender con Giner y Sarasa (1997) que siempre hay una comunidad, si bien esta en el curso de la historia humana ha adoptado formas sociales muy variadas, formas entre las que se puede apreciar una relativa continuidad aunque no todas compartan un mismo significado social. Que podamos hablar de una comunidad en sentido moderno quiere decir que la tendencia hacia el intimismo y la insociabilidad resulta siempre incompleta (algo que Ferdinand Tönnies (2011) supo ver con palmaria lucidez en los primeros decenios del capitalismo industrial). Valga anotar que este autor escribe su obra principal en el momento en que los sistemas seculares de solidaridad de la sociedad feudal europea se estaban desmoronando por completo y daban paso a una incipiente moral individualista.

El esquema de Tönnies se articula alrededor del contraste entre dos modelos de sociabilidad humana: el del comunitarismo cara a cara fundado en un sentimiento mutuo de reconocimiento y pertenencia, en el que los individuos son siempre reconocidos como miembros de una colectividad cerrada, que crea el marco cultural en torno al cual se define normativamente su identidad, y el del societarismo moderno donde prima el comportamiento individual autointeresado y las relaciones transaccionales entre individuos reflexivos. El punto esencial del planteamiento de Tönnies a los efectos que ahora nos ocupan es precisamente el conflicto entre ambas tendencias de socialidad humana. El autor germano piensa que este conflicto es el verdadero motor de la

modernidad. La sociedad moderna -desde su punto de vista- se encuentra siempre atravesada por dos movimientos institucionales opuestos. El primero se relaciona con el sometimiento continuo de las sociedades al mecanismo del mercado y el segundo con el crecimiento de la reciprocidad comunitaria sobre el sustrato del asociacionismo civil voluntario. Para Tönnies, las empresas cooperativas constituyen un ejemplo de organizaciones comunitarias fundadas sobre la base del libre acuerdo asociativo.

El principio de comunidad, entendido al modo que nos propone este autor, no es tanto un residuo moribundo de socialidad preindustrial cuanto una tendencia institucional contraria a los valores del mercado, que crece en las actividades civiles, las asociaciones colectivas y las organizaciones voluntarias. Este enfoque nos permite hablar de una forma sustancial de apego y reconocimiento mutuo que, pese a todo, permanece relativamente viva y estable en el interior de las sociedades liberales. De este modo, en el fondo de cualquier grupo social -ya sea primario o secundario-, podemos encontrar formas atenuadas de comunidad. Lo cual no quiere decir en absoluto que las instituciones comunitarias gobiernen todas las esferas de la vida, solo significa que para mantener en funcionamiento la rutina de la sociedad moderna se precisa de un cierto grado de comunidad –en forma de solidaridad y ayuda mutuas-. Por supuesto, el grado en que las personas cooperan dentro de una colectividad cualquiera puede variar notablemente en intensidad y alcance. Una comunidad de lazos fuertes es aquella en la que los miembros se sienten mutuamente unidos por un sistema de lealtades y dependencias que les obligan a colaborar. Una comunidad de lazos tenues es aquella en la que los integrantes pueden desligarse de sus compromisos y obligaciones mutuas con relativa facilidad. El alcance de la comunidad lo determina el tipo de solidaridad que urde los lazos que se contraen a nivel interno. La solidaridad universal suele ir asociada a una comunidad abierta e inclusiva hacia el otro, y la particular o restringida se relaciona con

tendencias corporativas orientadas hacia el grupo de parentesco y las redes de socialidad cercana. Ambas formas de solidaridad admiten multitud de variaciones: una comunidad puede aplicar un principio de solidaridad universal con unas personas y establecer criterios particularistas con otras.

El hecho de reconocer variaciones y rasgos contradictorios en el concepto de comunidad nos da la posibilidad de pensar y analizar la realidad social desde una mirada mestiza. De esta manera, podemos comprobar que en las sociedades reales hay al menos dos clases de valores: principios grupales y comunitarios que las personas aplican para servir y proteger a los suyos ante las contingencias de la vida, y valores de mercado que fomentan la competencia entre individuos. Este contraste entre el pensamiento mercantil y el principio comunitario, aunque cercano a la caricatura, viene a demostrar que las instituciones e intereses que gobiernan el capitalismo interaccionan de manera contradictoria con la comunidad. Como ya indicamos al comienzo mismo de este apartado, el capitalismo solo es viable si dispone de alguna forma atenuada u ocluida de comunidad, puesto que se necesita siempre un cierto grado de confianza mutua para vender e intercambiar bienes y servicios privados. Es a lo que Durkheim (1976) llama “bases no contractuales de los contratos”. Polanyi (2014), por su parte, cree que todas las sociedades humanas tienen una serie de instituciones comunitarias durables que las protegen de la destructividad del mercado.

A semejanza de Polanyi, Michéa (2002, 2007) subraya la idea de que el capitalismo crece y funciona parasitando formas sociales previas. A este autor le ocurre un poco como a Cohen: argumenta que el Estado y el mercado pueden arrinconar las formas comunitarias de reciprocidad pero nunca las pulverizan del todo, ya que ambas entidades se nutren de ellas. Hay, como ya hemos dicho, razones de estructura que impiden a las fuerzas del mercado gobernar de forma absoluta la vida humana. En

realidad, la propuesta de Michéa no es, ni pretende ser, novedosa. Su fuerza reside en reconocer que la comunidad no es un vestigio de un pasado remoto, sino la esencia misma de la actividad humana.

Fiel a Polanyi, Michéa defiende que la sociedad actual contiene una mezcla de civismo tradicional y valores modernos que mantienen y reproducen, sea parcialmente, el principio de comunidad. Es tentador despachar esta idea afirmando que el aparente triunfo de las instituciones del mercado en nuestro tiempo ha producido un cambio de valores de tal magnitud que no tiene apenas sentido seguir hablando de comunidad a estas alturas. Pero lo cierto es que la sociabilidad primaria de las sociedades modernas no se entiende sin obligaciones mutuas y lazos de generosidad. El concepto de comunidad tal como lo entiende Michéa tiene poco que ver con la densidad del mundo premoderno. Se trata, antes bien, de un modelo cuyo alcance se limita al orden de las relaciones dentro del grupo de los conocidos cercanos. La comunidad de la que nos habla el autor es fruto de la moral natural de la gente corriente: una moral que se espesa en los comportamientos de solidaridad y generosidad, en las disposiciones al don, la amabilidad y la gratitud, en la cordialidad vecinal, en suma, en una amplia gama de valores ordinarios que se manifiestan a menudo en multitud de facetas de la actividad humana. Considerado desde este enfoque, el concepto de comunidad se vuelve algo vago, pero al mismo tiempo funciona como un gatillo a la hora de evocar las actitudes colectivistas que perviven en la cultura popular. Estas actitudes las captura Michéa en la idea de “decencia” de Orwell. Cuando el autor emplea este concepto, se refiere a un principio moral electivo, propio de los segmentos populares, que suspende (parcial o totalmente) la competencia en el interior del grupo de afecto, fomentando el predominio del donativo sobre las relaciones mercantiles. Desde este punto de vista, la decencia es una virtud moral que refuerza la endogamia, en la medida en que se practica solamente

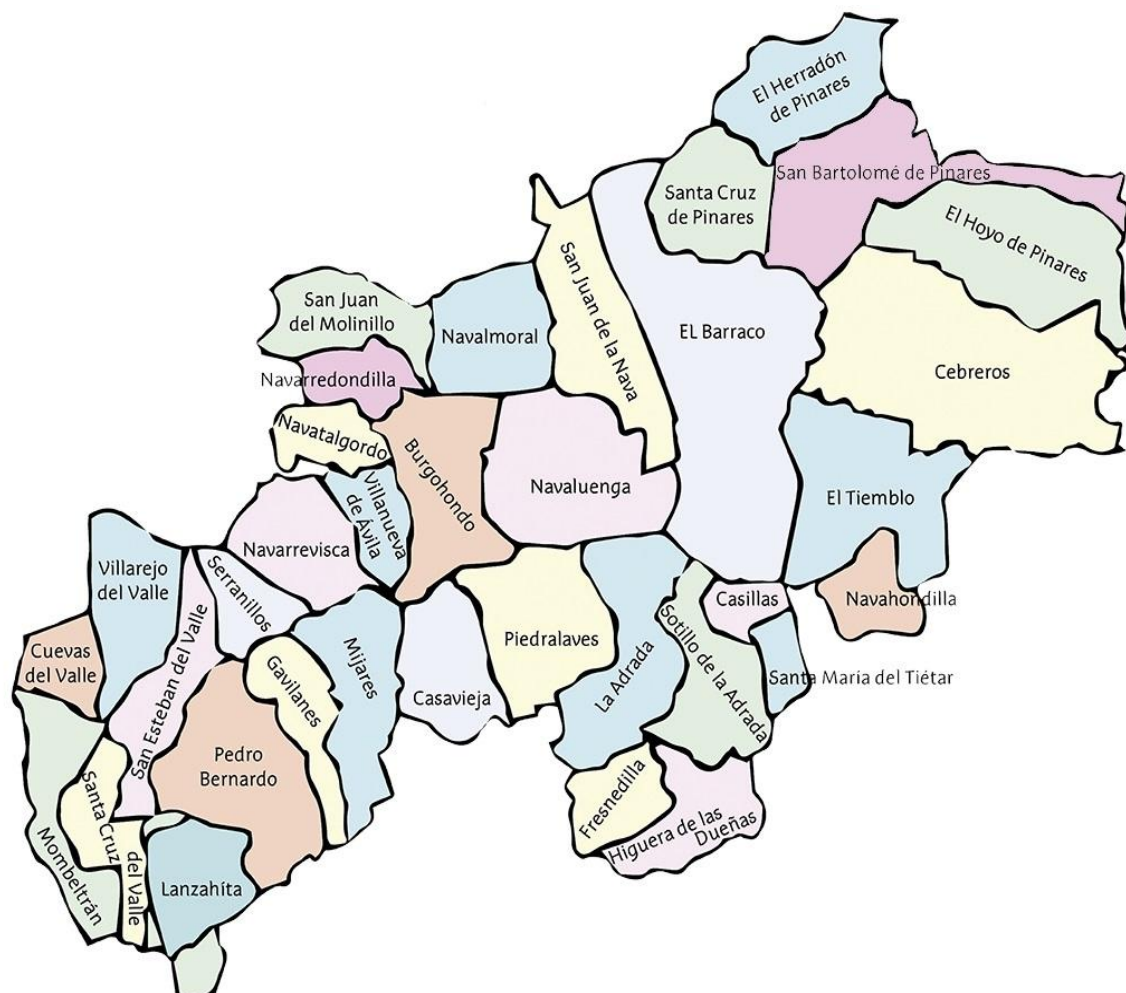
con amigos, parientes y conocidos cercanos, al tiempo que permanece restringida para el resto de miembros de la sociedad. Habitualmente -aunque no de manera invariable-, esta institucionalidad moderna del don no se aplica al desconocido, al forastero: con ellos no hay solidaridad ni obligaciones mutuas. Esto quiere decir que la decencia toma siempre una forma particularista. Dentro del grupo -familiar o de vecindad-, es frecuente que los miembros compartan o se hagan favores mutuamente, aunque no siempre sea de manera continuada en el tiempo. Fuera del grupo, esta base de generosidad y ayuda mutua a menudo desaparece e incluso, en algunos casos, se llega a convertir en desconfianza y hostilidad hacia otras personas o colectivos.

Para estudiar las transformaciones internas de la sociedad rural alberchana, es necesario adentrarse en los comportamientos, en las percepciones, en las experiencias, en los espacios de sociabilidad y en lo que, en definitiva, constituye la comunidad, entendida en sentido amplio. En este trabajo manejo una noción genérica de comunidad, que abarca no solo los lazos de amistad, familia y vecindad, sino los lenguajes, las instituciones y las relaciones de apoyo entre individuos y organizaciones. Para analizar todos esos aspectos se necesita atender a las experiencias cotidianas de la gente que habita la comarca alberchana. En este sentido, resulta de gran utilidad la microhistoria, por cuanto permite describir con todo detalle sus imaginarios, sus relaciones y sus identidades. El estudio que se presenta en esta tesis doctoral pretende incorporar ese enfoque para dar cuenta de los cambios sociales acontecidos en el medio rural alberchano desde mediados del siglo XX hasta la actualidad, y de la forma en que estos fueron experimentados por sus habitantes.

El territorio de estudio no se ha escogido al azar: el Valle medio del Alberche es una comarca abulense ubicada en la ladera norte de la Sierra de Gredos, que cuenta con rasgos comunes a otras zonas rurales de la meseta central. En este lugar se refleja como en tantos otros la estasis productiva, el sobreenvjecimiento y el vaciamiento poblacional del interior peninsular. La tasa de paro de algunos municipios supera actualmente el 26 por ciento (CESCyL, 2019). La mayor parte del empleo gira en torno al turismo residencial y las actividades de servicios. El 51,5 por 100 de los trabajadores se ocupan en el sector terciario (SEPEE, 2019). Las empleadas del hogar, los comerciantes y los hosteleros representan el 34,68 por 100 de la fuerza laboral. Los funcionarios del Estado son el segundo grupo en importancia, con 11.066 empleados (Randstad, 2019). La mayor parte de ellos trabajan en la capital abulense. Los salarios estables son mayoritariamente los de funcionarios y pensionistas. Las condiciones laborales y salariales del resto de los habitantes son precarias, marcadas por una elevada temporalidad, que afecta especialmente a las mujeres que rondan la treintena (CESCyL, 2019).

En vista de lo anterior, considero que el Valle medio del Alberche es un observatorio privilegiado para analizar las transformaciones productivas del agro castellano y sus repercusiones en el tejido social y comunitario.

Mapa de los municipios del Valle del Alberche y Tierra de Pinares



**PARTE I: UN PASADO CAMPESINO: LA SOCIEDAD
ALBERCHANA DE POSGUERRA (1940-1960)**



Introducción

En este primer bloque de la tesis, analizo de forma sumaria algunos rasgos clave de la sociedad campesina alberchana de posguerra. Primero, ofrezco un cuadro de conjunto de la estructura ocupacional de la comarca. Segundo, examino con brevedad las dificultades por las que pasaron los campesinos alberchanos al tratar de modernizar sus parcelas de minifundio. Tercero, describo algunos aspectos poco conocidos de la vida comunitaria de estos pueblos e intento mostrar sus zonas grises. Finalmente, presento algunas consideraciones sobre los cambios agrarios proyectados por la dictadura franquista y expongo el ambivalente papel del extensionismo en esta zona a partir de un caso concreto: la cooperativa conservera vegetal de Navaluenga.

Un vistazo crudo a la realidad productiva de las poblaciones rurales de la Sierra de Gredos en la posguerra

Agricultura

Hacia 1950, la actividad principal de los pobladores del Valle era la agricultura. Las condiciones ambientales de esta zona forzaban a que las familias campesinas plantaran sobre todo legumbres y hortalizas. Para ellas, para las que se ganaban el sustento roturando la tierra, las jornadas eran duras y escasamente rentables. Los bosques de pino y encina eran el complemento del parcelario alberchano, el lugar donde las gentes sencillas del campo recolectaban madera y setas. Las fincas de estos municipios se

concentraban mayoritariamente en las inmediaciones del Alberche, un afluente del Tajo que discurre por esta comarca, permitiendo la siembra de frutas y hortalizas en verano.

El perfil de los agricultores era muy variado. En las capas bajas se encontraba el subproletariado rural, integrado por medianeros, aparceros y propietarios muy pobres (Alonso, Arribas y Ortí, 1991), que en momentos puntuales eran contratados como mano de obra para la siega y el almacenamiento del trigo. En los estratos medios figuraban los labradores, que cultivaban de forma directa sus explotaciones agrarias. Y en los segmentos superiores estaba el campesinado privado, que se ganaba la vida labrando los terrenos de su propiedad.

En la Castilla rural de posguerra, la tierra era la principal fuente de riqueza. Ser jornalero o arrendatario en aquel tiempo implicaba pasar grandes penurias y estrecheces.

Actividad pecuaria

Durante generaciones la actividad ganadera fue de vital importancia para el Valle. Entonces, como ahora, algunos vecinos bajaban a sus animales de granja a las amplias dehesas de Extremadura en busca de pastos. Normalmente aprovechaban estos viajes para recorrer numerosas ferias y mercados ambulantes de ganado.

El ganado bovino era su principal medio de supervivencia, junto con gallinas y cerdos. Las reses proporcionaban alimentos y fertilizaban las fincas con sus excrementos. Los burros y las mulas en particular eran los animales preferidos para realizar las faenas del campo.

Sector secundario

La industria artesanal era otro sector de actividad de las gentes del campo alberchano. Dicho sector estaba formado por unos pocos talleres familiares cuya plantilla nunca superaba los diez operarios. El mejor exponente de este tipo de negocios era el molino maquilero. Se trataba de un lugar donde los vecinos iban a moler el grano de sus cosechas para obtener harina. En la Sierra de Gredos hubo al menos trescientos cincuenta y seis molinos maquileros (uno por cada ciento noventa y siete habitantes), cincuenta y cuatro de los cuales estaban situados en el tramo alto del Alberche y Tormes.

“[...] todo era centeno. Ese centeno para cosa de ganado. Se molía. Los molinos que lo molían. Y claro, y hacían harina y de ahí... También hacía el pan, la gente. Antes no era como ahora, que te lo traen ahí a venderlo. Antes cada uno amasaba pa sí solo. Quince o veinte panes hacían, y tenían a lo mejor pa quince o veinte días, según la familia que tuviera. Cosas de esas”. (E. Venancio).

Los talleres de zapateros, torneros y herreros estaban orientados al consumo local. La venta de productos artesanales al exterior, a Madrid particularmente, era ocasional. Todos estos negocios presentaban un semblante preindustrial. En ellos se trabajaba por encargo de los campesinos locales y empleando a amigos y familiares cercanos. Los maestros y oficiales se encargaban de administrar el negocio y manejaban los secretos del oficio. En el mundo del artesanado, las oportunidades de ascenso profesional eran nulas.

Muchos peones eran agricultores. Para ellos, las faenas agrarias eran una actividad complementaria, para las horas libres que les dejara el trabajo en el taller.

Los principales frenos al crecimiento del tejido industrial tradicional eran la falta de materias primas y la escasa productividad de los talleres locales.

Por aquel entonces la mayor parte de los habitantes del Valle buscaban su subsistencia en la agricultura. En general cultivaban lo necesario para satisfacer las necesidades familiares, y solo de modo secundario ahorraban un dinero para adquirir productos industriales con los que mejorar el rendimiento productivo de sus parcelas.

“Menos agricultores y mejor agricultura”: las pretensiones modernizadoras del primer franquismo en el Valle medio del Alberche

El gran cambio, no obstante, se produjo en 1950 -el llamado decenio bisagra-, cuando las autoridades franquistas dejaron de ensalzar en sus discursos la vida campestre para tratar de incorporar al mercado mundial a la vieja clase campesina. Esta etapa vino marcada por el abandono de la malograda doctrina del autoabastecimiento y la puesta en marcha de una serie de medidas encaminadas a modernizar la estructura productiva agropecuaria. Estas medidas se inspiraban parcialmente en las ideas del economista Bairoch (1973), que irrumpieron con fuerza en muchas facultades de ciencias sociales del Occidente capitalista. De acuerdo con este autor el atraso⁴ productivo de ciertas regiones rurales era el resultado de la ausencia de inversiones agrarias privadas.

⁴ Para evitar posibles malentendidos es muy importante aclarar que la noción de “atraso” o “subdesarrollo” posee aquí un valor puramente narrativo, y no se emplea, pues, como *deus ex machina* explicativo de la lentitud del desarrollo agrario peninsular (Pascual & Sudrià cit. en Naredo, 2004: 154). Para ampliar sobre el debate en torno al supuesto atraso secular de nuestra agricultura, consúltese el artículo de José Manuel Naredo (2004): “Reflexiones metodológicas en torno al debate sobre el Pozo y el atraso de la agricultura española”, donde se expone en detalle el célebre debate acaecido a este respecto en el n° 28 de la revista Historia Agraria.

Paralelamente surgieron otras voces (Kuznets, 1973) que reclamaban la necesidad de industrializar cuanto antes el sector agroganadero peninsular para adaptarlo a los nuevos tiempos.

El abrumador consenso en torno a esta idea vino a suavizar las diferencias entre distintas escuelas de pensamiento. Sin entrar en detalles sobre las discusiones acerca de las perspectivas de futuro del campesinado europeo, se puede decir que los intelectuales liberales y los marxistas se mostraban de acuerdo en considerar a la gente de campo un lastre para el desarrollo industrial de las sociedades modernas (Simpson, 1997; Domínguez Martín, 1996; Sánchez Albornoz, 1985).

Los medios rurales castellanos fueron los grandes perjudicados por el proceso modernizador del segundo franquismo. Con el definitivo despegue de la industria urbana manufacturera, Castilla se vio relegada a la insignificancia absoluta dentro del contexto peninsular. A partir de ese momento, la meseta castellana vino a consolidarse como un territorio abastecedor de la ciudad de Madrid.

Los problemas del minifundismo alberchano

Desde el comienzo de la contrarreforma agraria franquista, los campesinos alberchanos tuvieron grandes dificultades para ampliar el rendimiento de sus cultivos. Las razones eran tanto coyunturales como estructurales.

Razones estructurales

Las razones estructurales se derivaban de las condiciones ambientales de la Sierra de Gredos. Las diferencias altitudinales, el accidentado relieve, el marcado contraste de accesibilidad entre unas poblaciones y otras y el mal estado de los caminos destruyeron numerosas posibilidades de negocio con el exterior (Troitiño Vinuesa, 1990). Muchas localidades del Vallen eran (son) lo que se suele denominar Zonas Desfavorecidas⁵, es decir, lugares donde el clima es extremo y las cosechas tienen una vida muy corta. Pueblos que se levantan sobre abruptas laderas, que impiden el cultivo mecanizado.

En la mayor parte de ellos, a la altura de 1950, predominaba la autosuficiencia y el policultivo moderado. El modo de vida campesino de estas poblaciones se adaptaba completamente a los ciclos naturales de las estaciones. Para manejar la reja del arado, los labriegos alberchanos solo contaban con la fuerza de sus manos encallecidas y la ayuda de vecinos y parientes en momentos puntuales. En estas condiciones, la reforma estructural del entramado parcelario se antojaba complicada.

Otro factor a considerar es la estructura extremadamente minifundista de la propiedad agraria. Autores como Arriba (2010) han observado que este tipo de entornos son menos aptos para competir en el mercado mundial, ya que encarecen los costes productivos y reducen el beneficio percibido por los cultivadores. Por otra parte el minifundio ha sido y en parte sigue siendo un motivo de discordia permanente para los productores propietarios de fincas colindantes.

⁵ Ley 25/1982, del 30 de junio

Los enfrentamientos entre vecinos por las servidumbres y caminos de paso eran muy frecuentes, y a veces desembocaban en situaciones de una cierta violencia. Mateo, con la distancia, recuerda algunos de aquellos conflictos:

[...] yo me acuerdo que un vecino de la zona denunció a mi padre porque decía que él no tenía derecho a coger el agua. Fue a verlo, y a mi padre le pateó el trigo. Y aquí perdió mi padre, pero entonces fueron a Cebreros, y allí el que perdió fue él. Entonces la gente incluso llegaba a las manos o le daba al otro un azadonazo y santas pascuas.

Razones coyunturales

Las razones coyunturales se relacionaban con los efectos de la Guerra Civil sobre el campo alberchano. Los incontables destrozos causados por la contienda en la ciudad de Madrid provocaron la llegada de centenares de familias hambrientas al Valle. Los desplazados lucharon por su supervivencia reruralizando los municipios. De pronto, los pajares, las cunetas y los patios se convirtieron en espacios de cultivo improvisados. Cada palmo de terreno libre, era sembrado con patatas y legumbres. Este abrupto proceso dio lugar a un notable crecimiento del volumen de habitantes, que en apenas un lustro pasaron de los 7810 hasta los 12253. En medio de este aciago panorama, los plantadores locales estaban demasiado ocupados en sobrevivir como para adaptar aquel mosaico de actividades agrarias marginales⁶ a las exigencias modernizadoras del Estado franquista (Troitiño Vinuesa, 1987: 370).

⁶ Denominamos marginal a aquella explotación cuyo perímetro es inferior a 10 has. Normalmente las familias campesinas que eran propietarias de este obtenían ingresos adicionales empleándose en otras ocupaciones no agrarias.

Una tierra desprovista de valor

Dentro de este contexto se puso en marcha la Ley de Concentración Parcelaria de 1952, promulgada por el entonces Ministro de Agricultura, Rafael Cavestany. El contenido principal de aquella ley era agrupar varias parcelas dentro de una misma unidad de superficie para ampliar el rendimiento de los cultivos de subsistencia. Los municipios localizados en las depresiones del Valle fueron los principales beneficiarios de esta norma (Arriba, 2010). En zonas como Barco o San Miguel de Corneja se llegaron a concentrar unas 5000 Has de tierra cultivable. En el resto de la comarca el plan de Cavestany fue efectivo como propaganda, pero no tuvo un impacto relevante sobre el entramado parcelario.

Por aquel entonces, la tecnocracia franquista albergaba la esperanza de que el modo de vida tradicional que caracterizaba a los campesinos fuera sustituido por el del industrioso labrador. A diferencia de los jerarcas de Falange, los hombres del Opus no idealizaban las antiguas comunidades campesinas como depositarias de las esencias patrias. Para este sector, el tradicionalismo de la cultura rural representaba un lastre enorme para el desarrollo de la agricultura industrial.

Las nuevas fuerzas del Movimiento acariciaban el plan de espolear los instintos mercantiles de los agricultores peninsulares con el fin de sacar al sector primario de su inmemorial “atraso” y obligarle a competir en el mercado global. En ese sentido, su discurso resultaba contradictorio, porque, por un lado ensalzaba las virtudes de los hombres del campo y, por otro, sentaban las bases para el despegue industrial.

Pero las familias campesinas alberchanas no parece que quisieran modernizar sus explotaciones, y siguieron cultivando alimentos a la antigua usanza, sin usar

fertilizantes ni plaguicidas. Muchas de ellas araban la tierra con una yunta de asnos, sin ayuda de maquinaria alguna. Incluso quedaban arados romanos en uso, como puso de relieve Albert Klemm (2008), en su estudio sobre la cultura popular del medio rural abulense.

Por supuesto, hubo razones materiales de peso para que los habitantes de esta comarca siguieran labrando la tierra al modo tradicional. Cuando la productividad es baja, no compensa invertir en maquinaria especializada (Wharton, 1969; Wolf, 1974; Izquierdo, 1993). Lo explica Francisco, antiguo juez de paz de la localidad de Navaluenga, hoy jubilado:

[...] con un cachito de huerto pal consumo de casa, pues te sobra. Y luego lo que produce el trozo, pa venderlo, no se gana dinero suficiente. Con poquito que siembras, pues tienes lo suficiente, pero no da para meter maquinaria, ni nada de eso. No, porque no produce lo que tiene que producir.

La sociedad alberchana de la segunda mitad del siglo pasado presentaba otros rasgos que la emparentaban con el mundo campesino tradicional: primero, se caracterizaba por un alto grado de autosuficiencia; segundo, las familias campesinas no buscaban el lucro sino la supervivencia; y tercero, los miembros del grupo familiar trabajaban en la agricultura, la pesca y la caza para asegurar su sustento. Como en tantas otras sociedades preindustriales, la actividad de estas gentes se limitaba a la pura subsistencia (Chayanov, 1985; Weber, 1892).

Los campesinos locales cifraban su estatus en el patrimonio. Los terrenos agrarios vinculaban imaginariamente a varias generaciones de una misma familia. En ellos, los hijos varones no emancipados ayudaban a sus padres en algunas labores, con las miras puestas en recoger la herencia de todos sus bienes para mantenerlos junto a su linaje.

La unidad familiar y patrimonial formaba una estructura funcionalmente adaptada a las condiciones del medio. El trabajo de Tomé (1996), uno de los pocos investigadores sociales que han estudiado a fondo las formas de vida del campesinado alberchano, ha mostrado que los labriegos trabajaban en simbiosis con la naturaleza. Cada huerta, una vez finalizada la cosecha, se fertilizaba con las basuras y desechos de los hogares del Valle. Con la entrada del invierno, se celebraba la matanza anual del cerdo. Los asistentes a la fiesta salaban y adobaban la carne del animal sin desaprovechar ninguna de sus partes.

El trabajo comunal

En algunas zonas, muchos trabajos necesarios a la comunidad se realizaban colectivamente. Entre ellos cabe destacar el mantenimiento de los caminos, las reparaciones de las acequias y las canalizaciones, y la lucha contra los incendios, por nombrar solo algunos. Ninguna familia se escaqueaba a la hora de participar en las faenas comunitarias, salvo las pudientes, que trataban de hacerse substituir a toda costa.

El rendimiento de estas labores comunales era en general escaso (Gibson, 2001), aunque mucha gente reconoce que estas eran una buena excusa para reunirse, charlar y beber.

La pertenencia a una comunidad vecinal otorgaba el derecho a utilizar los bienes colectivos del territorio (Izquierdo, 2001). Las instituciones que regulaban el uso de los antiguos comunales alberchanos -bosques, caminos, pastos, cauces, etc.- se basaban en un conjunto de normas de acceso compartidas (Ostrom, 2011). Estos recursos naturales aseguraban los pastos para alimentar a las reses y la madera para calentar las casas, por

lo que eran esenciales para la supervivencia de muchos campesinos. Las dehesas comunales, por ejemplo, fueron de fundamental importancia en la vida de muchos aparceros. De hecho algunos autores las consideran un factor clave para entender la permanencia de los habitantes de determinadas zonas del medio rural peninsular (Contreras y Narotzky, 1997; Pascual, 1993).

Puede que estos vestigios comunales contribuyeran al sustento familiar, pero la tenencia de la tierra continuaba siendo el elemento axial de la estructura social alberchana. En 1960, ser el propietario de una finca daba un halo de prosperidad entre los trabajadores y familias humildes que habitaban en el Valle. Así lo describe Emilio, un campesino devenido constructor:

“[...] antes el que tenía dos o tres vaquillas suizas, un cacho prao y sembraba algo, ese ya era un pudientillo, ya la gente lo miraba de otra manera, porque, claro, ya no pasaba hambre ni nada. Era un pueblo atrasado y la gente, pues eso, un terrenillo y ya eras alguien, como el que dice”

Dado que la subsistencia de las familias campesinas estaba basada casi por completo en la agricultura, no todos los bienes eran propiedad de la comunidad. En esta zona los aprovechamientos fundamentales eran los pastos comunes, en los cuales las gentes del campo apacentaban su ganado. Normalmente esta actividad se realizaba por turno de forma colaborativa. Un ejemplo peculiar lo ofrece el sistema de rondas de los ganaderos locales, cuyo funcionamiento se basaba en un acuerdo por el cual estos mandaban a pastar al ganado a la dehesa comunal para cuidarlo por turnos, y de esta manera ahorrar tiempo en desplazamientos. En pueblos como San Miguel de Corneja, los turnos se sorteaban anualmente entre los ganaderos (Tomé, 1996). Para prevenir el sobrepastoreo se limitaba la cantidad de cabezas de ganado a 50 por cada vecino.

El derecho de uso de estos comunales estaba mediado por la pertenencia a un vecindario local. Para adquirir la vecindad era preciso residir en un municipio del Valle. En algunos los tratantes de ganado estaban excluidos de los recursos.

Otra actividad comunal importante era el abasto de madera para las construcciones rurales. De vez en cuando los hombres del campo organizaban grupos y cuadrillas para recolectar palos y troncos con los que formaban las estructuras de los corrales y refugios de ganado. En estos casos, la asamblea de vecinos, integrada por todos los jefes de familia, era la encargada de elegir el terreno para edificar las majadas. Como era costumbre, una vez terminada la obra, los propietarios del establo convidaban a comer a los operarios.

En la actualidad algunos autores consideran que la importancia de los bienes comunes tradicionales en un determinado territorio normalmente va ligada a la existencia de formas de trabajo colectivas (Beltran y Vaccaro, 2017). Sin embargo, la experiencia de los comunales alberchanos parece contradecir esta idea.

La comarca alberchana, como ya hemos podido ver, era una zona caracterizada por la coexistencia de la propiedad privada y comunitaria. Si bien la mayor parte de los esfuerzos de sus moradores iban destinados al mantenimiento de las explotaciones particulares. Los espacios comunales por su parte eran un soporte fundamental para otras actividades complementarias de la subsistencia familiar.

En este sentido, el patrimonio comunal no era un producto de la solidaridad colectiva, sino un instrumento creado con el fin de satisfacer las necesidades de los hogares

campesinos. Los vecinos usuarios, lejos de sacrificar sus intereses personales, realizaban un esfuerzo coordinado para mantener los recursos al servicio de su propia supervivencia. Sus comportamientos variaban dependiendo del contexto, de forma que cooperaban para mantener los aprovechamientos ganaderos, pero buscaban su propio beneficio en las faenas agrarias (Albó, 1985).

El cercamiento de los montes vecinales alberchanos

En aquellos tiempos, la dictadura de Franco se propuso privatizar los montes vecinales con el fin de abastecer a las empresas papeleras y de celulosa. Con este plan se daba continuidad al proceso de cercamiento de tierras iniciado durante la reforma agraria liberal del siglo XIX (Cabana, 2007). Siguiendo las directrices del gobierno central, las autoridades provinciales se aprestaron a repoblar los bosques de la comarca con diversas especies de pino. La labor reforestadora del franquismo dio empleo a multitud de parados y mendigos que pululaban por esta zona.

“[...] gracias que plantó Franco, por ahí, una tanda pinos. Los pinos que hay aquí, casi los puso Franco tos. Yo me tocó de ir a trabajar allá. Y como yo, pues así todos. Luego ya, en cuanto allí se acabó, pues qué tuve que hacer, pues venirme pa acá, pal pueblo otra vez. Allí estuve, me parece que fueron uno o dos meses. Íbamos por temporaíllas, ¿sabes? Íbamos a lo mejor... una vez sabías a donde había uno que sabía dónde había un trabajo, que estaban admitiendo gente, pues íbamos a donde podíamos, a donde lo había, que aquello era así”. (E. Cesario).

El trabajo de plantador era muy duro: los jornales pagados eran miserables y las contrataciones eran temporales, a veces por una semana, otras por un mes.

Los empleados del Patrimonio Forestal encontraron su particular cantera de peones en los desesperados adolescentes del Valle. Wenceslao fue uno de ellos. Este abuelo octogenario me contaba que los muchachos llegaban hasta los montes portando una azada al hombro y con un aspecto pobre y enclenque.

“[...] yo anduve plantando pinos”.

¿Y cuánto cobraba?

“Na. Cuatro perras. Una miseria se ganaba. Entonces se ganaba una miseria con to. Y eso, yo me fui con otros cuatro a plantar pinos. Andando. Andando me fui. En alpargatas, que daba pena verme. Escuchimizao. Pero te agarrabas a cualquier cosa con tal de no incordiar en casa y de poder comer”.

Muchos montes y dehesas de origen comunal fueron cercados para realizar repoblaciones. En Navaluenga, Navalosa y San Juan de la Nava, la titularidad de estos recursos fue otorgada a los respectivos ayuntamientos, pese a que algunos ingenieros del Patrimonio Forestal pusieran de manifiesto la importancia de los equilibrios agrosilvopastorales que proporcionaba el bosque comunal. En estos y otros municipios, se aplicaron restricciones a la caza y el apacentamiento de ganado y la recogida de madera fueron prohibidos.

En este contexto algunos ganaderos de la zona solicitaron al gobierno provincial que no cerrara los pastos y prados donde otrora apacentaban sus vacas. Estas reclamaciones fueron canalizadas por medio de la Hermandad Local de Agricultores y Ganaderos, que era el brazo sindical del franquismo en el campo alberchano. Este organismo estaba integrado por todos los campesinos locales, ya fueran propietarios, labradores o aparceros. Una de las funciones de la Hermandad era la de velar por el respeto de los derechos de propiedad en sus diferentes facetas (Del Arco, 2016).

Con este tipo de actuaciones, las Hermandades suscitaron no pocas adhesiones a la dictadura entre amplias capas sociales. Al recibir de ellas servicios necesarios, numerosos agricultores y ganaderos tomaron actitudes de consenso pasivo hacia el gobierno de Franco. Con estas palabras lo rememora Pedro, un antiguo cabrero de la localidad de Navalmoral:

“[...] la gente de la Hermandad hizo mucho por el pueblo, sobre todo por los ganaderos y los cabreros, cuando quisieron poner pinos por toda la sierra. Hubo muchos que se ocuparon de ir a Ávila cuarenta veces pa que no pusieran tanto pino. Esa gente hizo todo lo que pudo y no pusieron ni la mitad de los pinos que en un principio iban a poner. Porque ellos iban a donde tuvieran que ir pa que la gente pudiese tener el ganado. Ahora ya hay cuatro cabras, pero entonces esto estaba lleno de cabras, de vacas. Y ovejas. Y andaban todas pastando hasta que vinieron los del Estado con el tema de los pinos. Y la gente que vio aquello, pues claro, estaba agradecida y luego ya hablaba de otra manera de los de la Hermandad”

La comunidad desde dentro

La lucha por la vida: el recurso a la solidaridad comunitaria en la posguerra

Con el asalto a los aprovechamientos vecinales y la miseria de la posguerra se fue instalando el recurso a la solidaridad familiar para aliviar las estrecheces materiales. En aquel tiempo era frecuente que los allegados intercambiaran regalos de productos de sus respectivas huertas y despensas: un par de chorizos, tres zanahorias, unas patatas, unos garbanzos... Ante el hambre, ante la miseria, los alimentos regalados eran un complemento importante de la dieta familiar.

Estas redes de ayuda alimentaria estaban reguladas por el principio de reciprocidad difusa (Mauss, 1990; Godelier, 1996). Las familias daban el sobrante de comida a sus

vecinos y allegados, sin esperar que estos les hicieran regalos de valor equivalente a cambio (Prado y Noyola, 2016; Gygax, 2007).

Asimismo era costumbre invitar a almorzar a las visitas. Ya fuera en casa o en el campo, todo amigo o familiar, por muy lejano que fuera, era bienvenido.

Los utensilios de labranza pasaban de mano en mano entre vecinos y familiares. Alguna gente reparaba desperfectos en las casas de los conocidos de la localidad a cambio de modestos obsequios y convites. Los entrevistados coinciden en reconocer que todos estos actos de reciprocidad no eran solo un pretexto para estrechar lazos comunitarios, sino que resultaban vitales para sobrevivir en un contexto de escasez.

“[...] la cosa era ayudarse, sí, pero había que comer. O sea, te ayudabas para poder comer. Que si un cachillo tocino, que si unas patatas, lo que fuera. El caso era tener algo pa llevarte a la boca. Y sin eso, claro, la cosa hubiese sido mucho peor”

Este funcionamiento *en red* reforzaba la autosuficiencia de los grupos familiares al tiempo que actuaba como una cobertura protectora frente a la pobreza (Godbout y Caillé, 1992; Nicolas, 1986).

Aunque el largo decenio de los cuarenta y los cincuenta fue una terrible etapa para los campesinos pobres de la comarca alberchana, no fue tan terrible como para neutralizar la hospitalidad, la moral y la decencia de muchos de ellos.

Las infinitas privaciones de aquel momento activaron una solidaridad fuertemente grupal entre los habitantes del Valle que proporcionaba unos recursos esenciales para salir adelante. En la lucha por sobrevivir, los objetivos personales y grupales estaban entrelazados de manera inextricable. Ese entrelazamiento de las necesidades individuales y sociales daba un sentimiento de pertenencia y de unidad que cohesionaba

al vecindario (Collantes, 2005; Valcárcel, 1974). Lo cuenta Ana, ama de casa, nacida y criada en el municipio de Navatlgordo:

“[...] antes no había, y era como más familia tol mundo. En una matanza, todos. Si se tenían que ayudar al campo, pues también los padres, hijos, hermanos, a ayudar unos a otros. Te sentías, no sé cómo decirte, arropao, de otra manera. “¿Dónde vas a ir mañana? Pues voy a ir a tal sitio, tengo que hacer... Cuenta conmigo”. Unos a otros nos ayudábamos. Traías judías en las vainas. Se juntaban por la noche a desgranar judías, hasta las doce o la una. Y se iba de casa en casa. Echabas mano a una tripa de chorizo o al jamón y la jarra de vino, Y eso, “tú dame a mí y pon el jarro allí”. ¿Por los carnavales? Pues de casa en casa, comiendo y bebiendo”.

Las diversiones populares

Los rigores de la dura vida campesina se olvidaban en los momentos de ocio y esparcimiento nocturno. El principal pasatiempo de la gente corriente en el Valle en aquel tiempo era el llamado “bureo”, un entretenimiento barato centrado en la comida y la bebida. Para muchos matrimonios, el bureo era una forma de llenar el tiempo en el que no estaban ocupados con la azada y el trillo. Cantar y charlar era lo principal en las cenas festivas que las mujeres campesinas organizaban en sus propios hogares. Por aquel entonces, en los municipios del Valle era costumbre acudir a las casas de amigos y vecinos para permanecer en ellas toda la noche comiendo y bebiendo hasta alcanzar en ocasiones importantes estados de embriaguez.

Cuentan algunos testimonios que las familias sacrificaban parte de sus recursos en los bureos para mantener buenas relaciones con la gente de su entorno.

La mayor parte de los habitantes de los pueblos y aldeas del campo alberchano preparaban aguardiente casero fabricado artesanalmente y cosechaban su propio vino.

Las habituales reuniones familiares y amistosas en las casas y en las dehesas boyales, las verbenas, las fiestas patronales, los nacimientos, las bodas, etc. se celebraban con un gran consumo de alcohol y acababan en enormes borracheras (Rodrigo-Esteban, 2016).

“Día de agua, taberna o fragua”

Los campesinos locales aprovechaban la temporada de lluvias para acudir a la fragua a herrar a los animales de tiro, afilar las hachas o realizar remaches a las herramientas de labranza. Las relaciones entre el herrero y el cliente estaban marcadas por la confianza mutua. En la fragua y en otros talleres y tiendas de sabor artesanal, las familias de escasos recursos compraban a fiado. El vendedor aceptaba de buen grado porque las deudas admitidas amarraban una clientela fija y segura.

En otras ocasiones, los campesinos pobres pagaban en especie, con productos de su huerta, huevos frescos e incluso cabritos. Los comerciantes y artesanos de la comarca efectuaban descuentos cuando estaban necesitados de vender o el cliente era un amigo.

Las deudas, las discusiones por el regateo, las fianzas y los pagos adelantados muestran a las claras el ambiente de confianza que por aquel entonces predominaba en los comercios minoristas del Valle.

En tiempo de lluvias, el bar era una especie de refugio para los hombres del campo. Mientras esperaban a que amainara el temporal, algunos labriegos charlaban, cantaban tonadas populares o jugaban partidas clandestinas en una de las habitaciones interiores reservadas del local. Recordemos que en aquel tiempo los juegos de azar estaban perseguidos por el repertorio punitivo de la dictadura al ser tenidos por vicios que llevaban a la ruina a las clases populares.

“Guardianes de la moral”: el control de los espacios de sociabilidad local

La moral oficial del nacionalcatolicismo estaba muy imbuida de concepciones puritanas y ultraconservadoras de la vida privada, de la forma en que los individuos empleaban su tiempo de ocio. El primer gobierno de la dictadura consideraba una importante prioridad moralizar las costumbres y modos de vida de los sectores populares tras la “crisis de valores” de la etapa republicana. La Iglesia, partidaria de la causa golpista, aprobaba esto: muchos sacerdotes rurales se declaraban abiertos enemigos de los juegos y de las tabernas. Si a la dictadura no le entusiasmaban las tabernas porque incitaban al complot y a la inmoralidad, al clero le disgustaban porque apartaban a la gente de sus obligaciones religiosas.

Algunos comentaristas han afirmado que las tascas de los pueblos eran los lugares de confluencia de las noticias y de las informaciones que, junto al rumor, eran fundamentales para valorar el comportamiento cotidiano de los alberchanos ordinarios. Como otros muchos establecimientos, los bares estaban sometidos a una intensa vigilancia policial y ciudadana. La frecuente presencia de la guardia civil, uno de los principales organismos de control en el medio rural, mantenía a las tabernas bien equipadas de ojos que vigilaban las actitudes de los clientes (Del Arco, 2016).

Por su parte las gentes de a pie formaban un nutrido cuerpo de vigilantes y guardianes de las calles y las plazas de los pueblos. Tan temidos eran los uniformes y las sotanas como las miradas fisgonas e indiscretas que observaban tras los visillos el continuo trasiego de caras conocidas (Román, 2020).

El control sobre el comportamiento operaba por medio de una red de chismes, rumores, incentivos y sanciones sociales. Las murmuraciones que hablaban de que un individuo era agresivo o mentiroso fijaban un estereotipo de conducta que afectaba a la

imagen del mismo. Para muchos de aquellos campesinos, los desprecios y las burlas de la comunidad a veces eran peores que cualquier otra forma de castigo.

En su estudio sobre la vigilancia social en el mundo rural altoandazol, Román (2020) ha puesto de manifiesto que las sanciones informales de la comunidad local afectaban de manera especialmente acusada a las mujeres que, para ser aceptadas por su entorno, necesitaban mantener una imagen intachable. Las mujeres alberchanas en particular trataban de eludir los controles ejercidos en nombre de la moral oficial franquista y se esforzaban por parecer devotas y honradas, en gran medida por miedo al rechazo general. Si bien las presiones de la familia y la vecindad eran especialmente fuertes en los pueblos y aldeas del Valle. Allí las personas adeptas al Movimiento avergonzaban y criticaban a todo aquel que transgrediera las normas de comportamiento establecidas.

Las razones que llevaban a un vecino cualquiera a controlar los movimientos y las conversaciones cotidianas de sus pares eran muy diversas. En primer lugar, esto le otorgaba un cierto poder sobre el resto de la comunidad. En segundo lugar, le congraciaba con las autoridades locales, ligando su suerte al futuro de la dictadura. En tercer lugar, estaban a veces los deseos personales de venganza por viejos enfrentamientos y rencillas familiares.

Vecinos de moral intachable: la vida en manos del “otro”

En algunos municipios del Valle, las acusaciones y denuncias entre vecinos fueron habituales al comienzo de la guerra, pero no excluyeron otro tipo de solidaridades internas como la firma de avales y certificados de buena conducta a favor de los vencidos. Se trataba de informes suscritos por personas afectas a la dictadura que se

prestaban a dar fe del “buen comportamiento” de sus convecinos de izquierdas para evitar que los ejecutaran o los encarcelaran (Moya, 2018). Con aquellos escritos, los avalistas buscaban persuadir a los militares sublevados de la inocencia de los condenados. Un anciano nonagenario, de nombre Pablo, me contaba que en Navaluenga, al comienzo de la guerra, los falangistas no pudieron fusilar a varios vecinos porque resultaron ser conocidos de un influyente cacique local:

“[...] cuando entraron los verdugos, como yo los llamaba, y los sigo llamando: los nacionales. Que venían moros también; venían robando y matando. Aquí mataron a nueve, no, a diez. Y no hicieron más por Don Manuel Ubaldo, que era coronel, que estaba en Valladolid, y cuando venía, venía de veraneo. Y el padre de Pedro Tomic, era muy amigo suyo, se llevaban muy bien. Y cuando venía, comían juntos. Y le habían entregado una lista... Estuvo aquí el capitán Méndez Vigo, y le habían entregado una lista para todos los que había que fusilar. Y según estaban en casa, sentaos a la lumbre, le entregó la lista al padre de Pedro Tomic, que se llamaba León. Y la estaba leyendo, la lista. Y le dijo: “mire usted”, o “mira tú, yo siempre he votado a las izquierdas, y estos señores nunca se han metido en nada” y cogió la lista y la metió en la lumbre. Y acto seguido hizo un aval, diciéndole al capitán Méndez Vigo que dejara aquello estar”.

En la mentalidad de la familia del acusado estaba meridianamente claro que *su* comunidad estaba en *su* pueblo natal, y con ella, las viejas lealtades que muchas veces sirvieron para atenuar o eludir el castigo. Por ello, en los primeros instantes de la contienda, se buscaba el aval de alguna personalidad local importante con la que se mantuviera amistad: el cacique, el sacerdote, un militar, un guardia civil, etc.

La historia de Daniel, el que fuera alcalde de Navaluenga en tiempos del golpe, es igualmente impactante. Cuenta Pedro, oriundo de dicha localidad, que cuando los soldados republicanos tomaron la villa, Daniel intervino en defensa de sus convecinos.

Inmediatamente los militares le incautaron dos puercos cebados en represalia por lo ocurrido.

“[...] y el alcalde aquí era Daniel Varela. Y estando aquí los rojos, dijo: “aquí, aquí no se hace nada. Tenía dos cerdos cebones. ¿Sabes dónde se colgaron los cerdos? En la carnicería de tío Marcelo”.

Testimonios como el de Pedro o Pablo nos muestran que, incluso en los momentos de mayor conflictividad social, la solidaridad local puede intervenir para proteger a la vecindad frente a un ataque externo. Por el contrario, el colaboracionismo en los procesos de control de las poblaciones rurales alberchanas pone de relieve que las luchas internas y las identidades partidistas primaron sobre las viejas lealtades comunitarias.

Las sociedades rurales de posguerra quedaron fracturadas entre vencedores y vencidos. Lo asombroso del asunto es que al mismo tiempo se conservaron sentimientos de lealtad y arraigo territorial, por lo que ambos mecanismos actuaron a la par. El mero hecho de vivir en estrecha proximidad con gente muy semejante socialmente proporcionaba un sentido de comunidad, reforzado por ceremonias y rituales compartidos. Las festividades de orden religioso, las quintas o los enfrentamientos inter-locales reafirmaban la identidad local de diferentes y complejas maneras.

Asimismo, las capeas y las corridas de toros eran otra forma de socializar a los miembros de la sociedad rural, especialmente a los mozos, en los significados compartidos. Estos festejos congregaban a la altura de 1950 a cientos de espectadores en las plazas de los municipios del Valle. La importancia de las corridas de toros era tal que, cuando se cancelaban, la vecindad podía sublevarse. El altercado producido por el robo de un toro en Navaluenga resulta en este sentido particularmente instructivo.

“Navaluenga pide justicia”. Un conato de revuelta en defensa de las tierras comunes

Es 1977. En Navaluenga se celebra una tarde de toros muy especial que discurre con aparente normalidad hasta que aparece el tercer ejemplar de la corrida: un toro manso, esquivo en sus embestidas, que impide al torero encadenar sus pases y lucirse ante una plaza llena a rebosar. La mansedumbre del animal caldea el ambiente y hace estallar los primeros brotes de ira entre los asistentes, que exigen a la presidencia el cambio de ese astado por el sobrero. El presidente no cede ante la demanda de los espectadores, lo que de inmediato provoca una lluvia de abucheos e insultos contra las autoridades de la plaza. En ese momento, jaleado por la multitud enfurecida, un joven salta al ruedo para demostrarle al tendido, y en especial al usía, el escaso fondo de bravura del animal. Pero la cosa se tuerce cuando de repente, ante la indiferencia del matador, el toro embiste al muchacho y le arrincona contra el burladero, donde yace malherido sobre la arena hasta que, finalmente, varios de los presentes deciden bajar a la plaza para asistirle. Entretanto, acorralado por la muchedumbre, el diestro remata la faena de un plumazo y abandona la plaza *ipso facto*. Si no hay sobrero, nos llevamos al toro, clama la gente indignada. Pero a la presidencia, que sigue sin dar su brazo a torcer, no parece importarle demasiado lo que el pueblo haga o deje de hacer con el cuerpo del animal. Pasado ya un rato, en una especie de asamblea improvisada, los vecinos deciden utilizar un tractor para remolcar el cadáver hasta la plaza del ayuntamiento, ante la indiferencia absoluta de la guardia civil. Ya en la plaza la protesta va tomando forma de revuelta, y adquiere un sesgo netamente político. Unas dos mil personas reclaman el cese inmediato del regidor local al grito de “alcalde, dimite, el pueblo no te admite” y

“alcalde, atiende, la dehesa no se vende” (*El País*, 14-IX-1977). Ambas consignas apuntan hacia las causas del descontento vecinal: la venta masiva de las tierras comunales de la dehesa y del “Rincón” por parte del consistorio. Por primera vez en mucho tiempo, el pueblo entero se atreve a denunciar unos hechos cuyo origen se remonta a la etapa final de la dictadura, y se subleva para tratar de destituir del cargo a Segundo Martín, el alcalde en funciones al que todo el mundo considera responsable de la venta de esos terrenos a familias acomodadas procedentes de la capital, y al que también se acusa de boicotear permanentemente la convocatoria de elecciones libres para renovar la lista de miembros de la Junta Vecinal de la Dehesa.

Fotografía 1. Corrida de toros en Navaluenga en la revista *Posible*⁷



A eso de las ocho y media de la tarde, varias personas se disponen a abrir en canal el cuerpo de la res, mientras algunos vecinos irrumpen en el ayuntamiento para desplegar

⁷Fuente: propia sobre *Posible*, nº 141, 1977. Fotografía tomada el 6 de marzo de 2019.

un letrero donde se puede leer: “alcalde, berebere, el pueblo no te quiere. Navaluenga pide justicia” (*El País*, 14-IX-1977). En un momento dado, los mismos hombres que acaban de eviscerar al toro, cuelgan al animal de la fachada del ayuntamiento, junto a un cartel con el lema “así tenías que estar tú” (*El País*, 14-IX-1977), en una clara referencia al alcalde de la localidad. Hacia las nueve la gente abandona la plaza y decide ir a comerse el toro al “Riacho”. Allí el carnicero del pueblo descuartiza al bóvido a golpe de machete, mientras algunas personas preparan una hoguera para asar posteriormente la carne. Un poco como si de pronto el pueblo entero hubiese decidido celebrar un sacrificio totémico o algo parecido. A lo largo de la noche, el resto de la gente canta y baila sin descansar alrededor del fuego hasta pasadas las cuatro de la madrugada. Pero la cosa no queda ahí. Al día siguiente la guardia civil detiene a siete personas a las que se acusa de haber participado en las acciones de protesta de la jornada anterior. Al darse a conocer los nombres de los detenidos, las vecinas y los vecinos de Navaluenga deciden concentrarse en la plaza del ayuntamiento para reclamar su inmediata puesta en libertad y asumir colectivamente la responsabilidad de lo ocurrido. Así, en un escrito dirigido a las autoridades provinciales, se lee:

“Las responsabilidades de todo tipo que se deriven de los hechos acaecidos en la tarde del día 11 con motivo de los toros y de la manifestación ante el cuartel de la Guardia Civil, en la tarde del día siguiente, las asumimos los abajo firmantes, vecinos de Navaluenga, como hechos realizados por el pueblo en su conjunto” (Posible, 28-IX-1977).

Escritas en uno de los momentos de mayor inestabilidad y conflictividad social de nuestra historia reciente, esas palabras revelan a las claras la vigencia de un sentido de comunidad enraizado en el pueblo.

El robo del toro fue una de las protestas sociales de diverso tipo que estremecieron al agro peninsular en los setenta, desde las ocupaciones de fincas de los jornaleros andaluces hasta las movilizaciones de los agricultores castellanos y las huelgas de la leche en Galicia. En todo caso los motivos de aquel levantamiento se deben remontar no a los setenta, sino a los cincuenta para comprenderlos.

Como hemos ido viendo, durante la segunda mitad del siglo pasado se dieron una serie de cercamientos de montes y dehesas comunes que quedaron bajo la titularidad de los ayuntamientos del Valle. Las autoridades necesitaron la friolera de dos decenios para privar al campesinado local del uso de esos espacios comunales.

La venta de los terrenos de la dehesa navaluenguense puede ser considerada como el golpe de gracia a los bienes vecinales subsistentes en esta localidad. Es preciso dejar claro que el proceso especulativo que sufrieron estas tierras se enmarca dentro de la crisis generalizada del sector agroganadero tradicional y del desarrollo del negocio inmobiliario.

El modo de vida campesino estaba en su ocaso, era el amanecer de los servicios y del trabajo en el sector terciario, pronto volveremos a hablar de ello.

En aquel momento la pelea por el uso del suelo de la dehesa se jugaba en Navaluenga en un escenario estructuralmente inclinado a favor del uso recreativo-inmobiliario de este espacio. Algunos caciques locales, que apostaban por introducirse en el negocio del ladrillo, vieron en la venta de aquellas parcelas municipales una buena oportunidad para hacer montones de dinero. Como figuraba en un reportaje publicado en la revista *Posible* en septiembre de 1977, el ayuntamiento de Navaluenga solo puso en venta terrenos de 30.000 metros cuadrados para atraer a inquilinos de ciertos medios, entre los

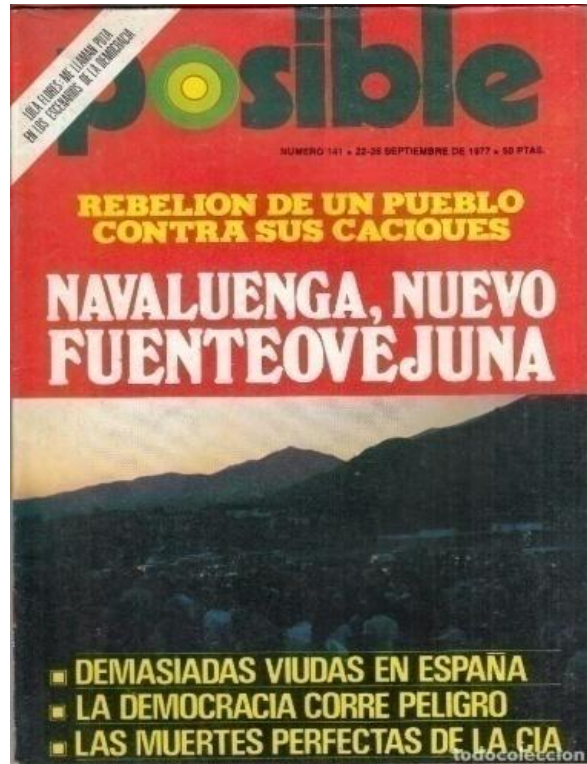
que se contaban abogados, cirujanos y otros profesionales liberales con residencia en Madrid.

Los navaluenguenses que durante la revuelta gritaban “alcalde, atiende, la dehesa no se vende”, y otros lemas similares, interpretaban la venta ilegal de las tierras como un atentado contra los intereses de la comunidad.

Conduciendo el tumulto estaba un grupo de activistas socialistas locales, pero fueron especialmente las gentes del lugar, que se politizaban por primera vez, quienes protagonizaron el levantamiento de 1977, cuando la villa de Navaluenga fue invadida durante cuarenta y ocho horas por decenas y decenas de antidisturbios. Javier, uno de los exprotagonistas de aquella jornada insurreccional, me contaba que algunos de los hombres y mujeres que participaron en ella luchaban por desahuciar del poder a los grandes propietarios, a los caciques y a todo lo que pudiera oler a nepotismo y fraude electoral.

“Lo de entonces, sí, hombre, yo creo que a lo mejor lo hicieron un poco, unos a lo mejor por politiquilla. Eh... Yo creo que sí. Entonces todos los alcaldes que ha habido aquí anteriores a la democracia, eran puestos a dedo por el Gobernador Civil y solía ser, pues, gente de derechas. Era la época de Franco, o sea que estábamos... No había cascao, o sí, sí había cascao ya. Pero vamos, que todavía aquellos de la UCD... Así que entonces ahí había un poquillo de politiquilla, de hartazgo de tanto pucherazo”.

Fotografía 2. Portada del n.º 141 de *Posible*



Una parte de los revoltosos pensaba que sublevarse en aquel momento significaba defender los derechos comunales, es decir, impedir que las autoridades municipales urbanizaran los terrenos de la dehesa.

Hay que recordar, en todo caso, que el expolio de los comunales alberchanos por los poderes locales comienza en la segunda mitad del siglo pasado, cuando los vecindarios pierden el acceso a los recursos del monte. En aquel momento, la dictadura de Franco consideraba que los usos colectivos eran arcaicos, injustos e irracionales. El progreso de los medios rurales pasaba por el abrazo de un agrarismo de mercado concentrado en el monocultivo, la compra de maquinaria y el uso intensivo de fertilizantes industriales.

El franquismo hizo una tentativa a gran escala por integrar a la agricultura de minifundio en los mercados internacionales, a fin de que el campesino poco a poco se convirtiera en agricultor, y en tanto que tal se entregara a la causa de la productividad. Era 1950, la tecnocracia del Opus iba ganando influencia en los mandos del Estado en perjuicio de la Falange. Los nuevos ministros buscaban normalizar el capitalismo hispano y conectarlo de nuevo con las grandes instituciones financieras internacionales.

En este contexto de apertura controlada de la Dictadura, el Opus estaba receptivo a las estipulaciones del Banco Mundial para mejorar la eficiencia productiva del sector primario. En un informe de 1962, el personal del banco recomendaba a las autoridades franquistas que reformaran la estructura del entramado parcelario e indujeran al campesinado a introducir insumos artificiales en sus cultivos (Díaz-Geada y Táboas, 2015).

Este paquete de medidas hizo aflorar las contradicciones del discurso agrarista y antiurbanita de la Dictadura. El falangismo acostumbraba a maldecir las ciudades corruptas y sin rostro y alababa la sencillez de la vida campesina libre del desarraigo, la inmoralidad y las rivalidades partidistas (Alares, 2010). Sin embargo a ciertos ministros “azules”, de mentalidad ingenieril, como Rafael Cavestany, les encantaba la maquinaria industrial, y abogaban porque los campesinos introdujeran nuevos procedimientos para cultivar la tierra y criar a sus animales.

La urgencia de atajar los problemas de funcionamiento interno del sector agroganadero peninsular hizo que la propaganda falangista dejara muy pronto de lado el enaltecimiento del campesinado independiente para pregonar a los cuatro vientos las ventajas de la agricultura industrial, inspirada en los principios de la llamada Revolución Verde (Iglesia y Táboas, 2020). Este nuevo modelo agrario, de origen

estadounidense, tuvo grandes repercusiones en las condiciones de trabajo del viejo mundo campesino. Sus planteamientos “modernizadores” aumentaron la dependencia de los trabajadores del campo respecto a un mercado de insumos controlado por grandes oligopolios multinacionales.

Las transformaciones productivas de la agricultura fueron impulsadas ante todo por el proceso industrializador de las principales ciudades -en especial Madrid y Barcelona- y por la creciente demanda de productos primarios en esos lugares (Naredo, 2004; Fernández Durán, 1996).

En septiembre de 1953, la dictadura del general Franco y el gobierno de los Estados Unidos firmaron los denominados Pactos de Madrid. En virtud de estos acuerdos fueron instaladas varias bases militares en suelo peninsular a cambio de apoyo militar y financiero. Entonces algunos ministros “azules” volvieron la vista hacia la potencia americana buscando un modelo de desarrollo agroganadero para el nuevo Estado autoritario (Carballo, 1977; Beiras, 1972).

En los meses posteriores a la firma del acuerdo con el gobierno de Eisenhower, un grupo de altos funcionarios del Ministerio de Agricultura, con Rafael Cavestany a la cabeza, viajaron a Estados Unidos para observar el funcionamiento del *Cooperative Extension Service*, un organismo gubernamental encargado de estimular la productividad de la agricultura.

Una experiencia frustrada de desarrollo comunitario: el ambivalente papel del SEA en el campo alberchano

En septiembre de 1955, era aprobada una Orden Ministerial por la cual se creaba el Servicio de Extensión Agraria (SEA en adelante). Entre los objetivos centrales de esta entidad destacaba el aumento de la productividad agraria, la mejora del nivel educativo en los medios rurales y la ayuda a los campesinos, a los que se trataba de convertir en agroempresarios (Sánchez de Puerta, 1996).

Los extensionistas abrieron un conjunto de sucursales en los campos de Castilla. Estas oficinas se establecieron fundamentalmente para instruir al campesinado en los procedimientos de la agricultura industrial.

Un instrumento utilizado por los extensionistas fue el de los campos de ensayo. En esos terrenos, los campesinos trataban de producir variedades de alto rendimiento para elevar la productividad de la agricultura local (Gómez Benito y Luque Pulgar, 2006).

Los pueblos en que trabajaban los agentes del SEA contaban con unas infraestructuras claramente insuficientes. Sobre esa insuficiencia se sustentaron los programas de desarrollo comunitario local. Vecinos y extensionistas colaboraron para pavimentar caminos, construir aceras y puentes, y organizar el sistema de abastecimiento y alcantarillado de aguas.

Los proyectos de desarrollo comunitario estaban financiados por la Junta Local. Entre los miembros de la Junta se contaban personajes muy influyentes y poderosos como el alcalde, el maestro, el sacerdote, el veterinario y el presidente de la Hermandad Local de Agricultores y Ganaderos.

Hay que mencionar que los extensionistas y los campesinos no siempre supieron colaborar. Los segundos planteaban sus demandas en materia de desarrollo a los primeros, pero muchas veces eran renuentes a cooperar en la mejora de sus municipios.

Los agentes del SEA recurrieron a los prejuicios predominantes en el Occidente liberal para explicar el comportamiento individualista de los labriegos. En ese sentido, las tesis de Bandfield (1970) sobre la personalidad y los valores del campesinado tuvieron bastante influencia en el SEA. Bandfield afirmaba que las gentes del campo desconfiaban de las instituciones gubernamentales, actuaban de manera fraudulenta y en general priorizaban los intereses privados a los de la comunidad (Alonso, 2016). Esta postura brotaba de las observaciones realizadas en los pueblos de la Italia meridional de posguerra.

La idea de que los campesinos eran individualistas y no se fiaban del Estado fue durante el siglo XX uno de los principios fundamentales del mundo europeo, necesitado de argumentos para justificar el etnocidio cultural de las sociedades rurales premodernas (Criado, 2014; Izquierdo, 2005).

Los extensionistas estaban convencidos de que era posible moldear el comportamiento y acabar con los particularismos. Por eso animaron a los productores locales a asociarse en cooperativas de toda clase. Muchos las consideraban un instrumento para el desarrollo de la industria en el medio rural y una forma de integrar a sus pobladores en el sistema.

La tentativa hecha por el Servicio en 1957 para formar siete cooperativas agroalimentarias de rango local en varios municipios del Valle dio, a juzgar por los testimonios de mis informantes, muy malos resultados. En estas entidades los socios no eran propietarios de los activos. Se dedicaban a negociar las condiciones de venta de los

productos con las empresas procesadoras. Las cooperativas trataban de poner un precio seguro a los bienes agrarios y de garantizar la seguridad del cobro a los plantadores locales. Aparte de eso, proporcionaban una serie de servicios y apoyos en cuestiones como cupos de fertilizantes, semillas, abonos, insumos industriales y seguros mutuos.

Fotografía 3. Fachada lateral de la cooperativa conservera vegetal de Navaluenga



Fuente: propia. Fotografía tomada el 13 de julio de 2019.

Las cajas rurales apoyaban a las cooperativas con fondos y servicios muy necesarios. A menudo, la compra de *inputs* agrarios venía favorecida por los préstamos a los productores, que se realizaban a través del Servicio Nacional de Crédito Agrícola.

Estas organizaciones aglutinaban a unos 85 socios. Todas ellas funcionaban bajo criterios corporativistas. En su interior, propietarios y aparceros actuaban como una

unidad social. El objetivo era reconciliar intereses y olvidar la lucha de clases. Los extensionistas eran ardorosos defensores de la paz social y de la importancia del derecho de propiedad. Su filosofía armónica buscaba trascender el conflicto social, centrando su atención en la ayuda técnica y profesional. Las cooperativas tenían, además, como uno de sus principales objetivos extirpar el “virus marxista” del agro peninsular (Gómez Herráez, 2003).

Hay que tener en cuenta que el cooperativismo no gozaba de un gran arraigo en el medio rural alberchano. Lo que significa que los productores agrarios estaban poco acostumbrados a cooperar (Tapia, 2012). De hecho, ni siquiera tenían grupos organizados en sus pueblos. Algunos autores (Aizpuru, 2017; Troitiño Vinuesa, 1987) coinciden en afirmar la secular debilidad del cooperativismo agrario en esta zona, en contraposición con otras regiones de gran tradición asociativa como Cataluña y el País Vasco. Históricamente las zonas vinícolas, aceiteras y, en menor medida, trigueras han sido lugares con un amplio tejido asociativo (Aizpuru, 2017). La preexistencia en torno a bienes e instituciones comunales de un abundante capital social, basado en la reciprocidad y la confianza mutua, también ha supuesto un poderoso factor de desarrollo para el cooperativismo agrario (Tapia, 2012). Pero, en los pueblos del Alberche, los cultivos predominantes a la altura de 1960 eran las uvas, las ciruelas y los melocotones y la propiedad comunal era en general escasa.

“[...] lo primero que hay que hacer es tener espíritu cooperativo. Eso de que todo es de todos... Y yo junto las vacas con las de los demás, pero aquellas siguen siendo mías. ¡No son tuyas, son de la cooperativa! Pues muy difícil, muy, muy difícil. Y entonces el principio de exclusividad, que es decir: exclusivamente, todo lo que estás produciendo va a la cooperativa, y ahí te lo van a clasificar. Eso es difícilísimo”.

En pueblos como Burgohondo, Navaluenga y Arenas de San Pedro, el desarrollo de las cooperativas agrarias se vio interrumpido por las irregularidades cometidas por algunos socios, que desviaban los productos con mejor presencia a la venta ambulante. Esto produjo tal desconfianza hacia las cooperativas locales que los productores decidieron disolverlas.

“[...] aquí (en Navaluenga) se sacaban cuatro y cinco camiones de judías verdes, en el verano. Te hablo de las cosas del verano. Y melocotones venían siete u ocho murcianos, siete u ocho, y se llevaban siete u ocho camiones diarios de melocotones. Iban a cargar a la cooperativa. Y la cooperativa fracasó porque las cosas no se hacen como es debido. Y empezaron a... Los mismos que eran socios, eran los que hacían las trampas. Lo bueno lo vendían en casa, a los que venían por ahí. Y lo malo lo llevaban allí. ¿Me entiendes lo que te explico? Los mismos de entre ellos. Entonces si eres un cooperativista, tienes que llevar todo y allí que se escoja. No, lo bueno lo escogían en casa y sacaban seis cajones de los buenos, que los vendían a un... a uno que venía por aquí con una furgoneta. Y lo otro se lo llevaban allí. Entonces eso terminó fracasando”. (E. Rafael).

Todos estos experimentos acabaron en un fracaso sonado. Por varias razones. Primero porque la normativa vigente obligaba a los socios de las cooperativas a respetar el “principio de exclusividad” consistente en prohibir la venta de productos a terceros (Contreras Hernández, 1978, 1985). Como consecuencia de ello, estas entidades perdieron competitividad. Y segundo porque todas ellas tuvieron importantes problemas de liquidez, que causaron retrasos en el pago de los anticipos a los socios (Gómez Herráez, 2003).

A pesar de todo los extensionistas pensaban que los labradores locales eran capaces de medrar y lo mismo afirmaban de sus tierras. En ese sentido, los servicios educativos del SEA fueron los que hicieron posible que algunos hijos de ganaderos y de agricultores, los pocos que pudieron acudir a las academias, se convirtieran en agroempresarios y

cambiaran la mula y la azada de sus padres por el tractor y el motocultor de la sociedad industrial moderna. Los alumnos de las academias eran simples adolescentes, muchos de los cuales abandonaban la escuela elemental para ayudar a su familia en el campo. Los ayuntamientos cedieron unos locales a la Agencia Comarcal del SEA para que impartiera las clases. Los agentes de desarrollo iban de pueblo en pueblo difundiendo toda clase de innovaciones agrarias para espolear la curiosidad de la juventud campesina. Muchas veces se animaba a los muchachos a realizar tareas colaborativas como rotular los nombres de las calles o trabajar en el ajardinamiento de los parques (Zamora, 2016).

“[...] les hablábamos del campo, de cómo se empezaba con dos cerditos, se les daba una pequeña ayuda, o con un pequeño choto, cómo labrar un pequeño huerto. Y entonces se les tenía, ahí, eh... ocupados, por decirlo así, después de acabar la escuela [...] porque ahí había un hueco entre el acabar la escuela y encontrar un trabajo en la ciudad. Había un hueco. Que si te quedabas allí, y empezabas, como te digo yo antes, con dos cerditos y otras dos...vacas, pues así podías continuar toda la vida. Desgraciadamente, algunos lo hicieron así, y ahí se estancaron, y los más espabilaos, pues arrancaron” (E. Cesario).

Una vez a la semana, se organizaban reuniones y charlas nocturnas para dar a conocer nuevos e innovadores procedimientos de cosecha y arado y de lucha contra plagas. Un extensionista abulense al que llamaremos Mario me contaba que las aisladas gentes del campo contemplaban los avances en maquinaria con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

“[...] yo recuerdo, por ejemplo, en Piedrahíta, pues cuando llegó el pastor eléctrico. Eso que ahora es una cosa... facilísima. Bueno, pues, ¿cómo se hacía? A la salida de misa, con un megáfono: ¡atención! ¡Ahora vamos a hacer una demostración de una cosa nueva para que no estéis cuidando las vacas en el prao! Y, ¿qué será? ¿Qué no será? Siempre con alguna casa comercial, en colaboración y tal. Entonces,

bueno, pues se ponía allí la batería, donde estaba el mercao, y se tiraba el hilo, y se ponían unas berzas y se esperaba a que fuera la ternera allí a comer... y cuando le daba el... Todo el mundo: ¡ala! Si le ha dado un calambre. Ya no se acercan. Mira. Y digo: no, mira, y después ya puedes quitar la batería y ya no se acercarán, solamente con que vean el cable. Uf, ¡qué bueno es eso! Bueno, eso es una demostración. Como los famosos polvos de Cooper, Celtia, donde tenían los guarros (cerdos) unos gusanos que les entran por la pata, la picadora... de una “hypoderma bovis”, que les entra por la pata y luego se les instala en la piel y se les hace una especie de grano, y ellos apretaban y salía el gusano blanco de ahí y tal... Bueno, pues cómo se les daba con esos polvos y se les daba con un cepillo y se quitaba todo. Bueno, pequeñas demostraciones donde ellos veían que estaban atrasaos. Y para ellos eso era un avance grandísimo. Grandísimo” (E. Cesario).

En abril de 1964 el ministro de Turismo, Manuel Fraga Iribarne, propuso que el Estado creara una Red Nacional de Teleclubs, siguiendo el modelo de los *fernsehstuben* nazis. Los teleclubs rurales eran locales de propiedad municipal en los que los vecinos miraban el televisor, charlaban y jugaban a las cartas. En aquel tiempo, muy poca gente contaba con el dinero suficiente para adquirir un televisor con el que asomarse al mundo (Martín Pérez, 2014). En 1958, el receptor solo estaba presente en unos 30.000 hogares (Abella y Cardona, 2008). Las diferencias entre el campo y la ciudad eran abismales. De acuerdo con el Primer Informe FOESSA de 1966, el 29 por 100 de los obreros industriales contaban con un televisor en sus hogares, mientras que entre las familias de clase media y alta residentes en el medio rural esa cifra se situaba en el 1 por 100. Y para remate, las emisiones de la Primera Cadena no llegaban a todo el territorio nacional (Martín Antón, 2017). En algunas zonas perdidas de Castilla, los problemas de imagen y sonido eran muy habituales (Montes Fernández, 2006).

A pesar de las dificultades, los teleclubs se convirtieron en el entretenimiento favorito de los pueblerinos. En algunos municipios, los vecinos se apropiaron de ellos desde dentro para representar obras de teatro, ver corridas de toros o bailar danzas regionales.

Los programas en blanco y negro de los televisores llevaban a esos locales los nuevos usos, valores y costumbres de la clase media consumidora. La publicidad bombardeaba a los televidentes con anuncios de coches, perfumes, detergentes, lavadoras, jabones, colutorios, y toda clase de bienes superfluos que hasta entonces eran consumidos exclusivamente por los sectores pudientes de la sociedad.

Los propagandistas del SEA aprovecharon el poder de convocatoria de los teleclubs para intentar reformar las costumbres de los plantadores. Los agentes encontraron en el cine documental agrario un gran aliado. En los teleclubs se proyectaban, cada noche, diapositivas y documentales que versaban sobre asuntos tan diversos como la puericultura, el uso de fertilizantes o la lucha contra los incendios forestales⁸. Una voz en *off* narraba los problemas de una comunidad rural y las soluciones a los mismos mediante el uso de los nuevos *inputs* industriales. Aquellas piezas audiovisuales, producidas por el Ministerio de Agricultura, presentaban a los extensionistas como una suerte de profetas del progreso, que trabajaban para elevar a las comunidades campesinas por encima de los rudimentarios estadios de las agriculturas precapitalistas.

“[...] y después llegó, más tarde, el teleclub. Y en los teleclubs dábamos las charlas. Pero eso no era competencia solo nuestra, claro. Y teníamos películas por ahí, que a lo mejor te puedes hacer con una película. En los teleclubs poníamos cine. Y muchas veces para atraerles con lo del agua, con esto o con lo

⁸ De entre un listado interminable, algunos de los más emblemáticos son: “Electrificación de los regadíos” (1968), “Lires” (1969) o “La mujer y la comunidad rural” (1972). Todos ellos disponibles en: https://www.mapa.gob.es/es/ministerio/archivos-bibliotecas/mediateca/mediateca/Dos_Torres_tcm30-89644.pdf

otro, pues se traían cosas que se habían hecho en otros sitios. Entonces se decía, por lo menos cuando yo empecé en Sotillo y tal: “esta noche habrá cine”. Con lo cual había más gente. El cine no lo habían visto en su vida. Llevaban su banquetita, y tal y cual. Y se les ponían unas películas... Por ejemplo, recuerdo, “Huelva forestal”, de los eucaliptos. Por ejemplo, una de Galicia, donde no se me olvida lo que había hecho una academia para distribuir el agua de riego en los huertos. Entonces habían cogido una lata de membrillo de esas grandes, la habían agujereao por los laos, y entonces el agujero era igual, caía el agua en la lata, y salía el mismo”.

Como sabemos, el extensionismo agrario aspiraba a convertir a los habitantes del campo en agricultores industriosos resueltos a cultivar la tierra con la mente puesta en explotar toda su fertilidad. No era la primera vez que se manifestaban tales intenciones. Ya en tiempos de Carlos III, Jovellanos hizo un brindis por el etnocidio campesino. Sus ideas cayeron en el olvido hasta que fueron rescatadas por el extensionismo franquista. Parafraseando al gran economista austriaco Joseph Schumpeter (2015:474), podemos decir que la Dictadura quiso culminar las aspiraciones de Serrano y Espartero y para lograrlo puso en marcha el SEA.

Debemos, sin embargo, tener en cuenta que los extensionistas fracasaron en la medida en que no pudieron cumplir su promesa de conseguir que los plantadores se modernizaran y permanecieran atados a la tierra. Las razones son fácilmente comprensibles. El intento de capitalizar las explotaciones se vio limitado por las condiciones físicas que rodeaban a la agricultura alberchana. Un relieve abrupto y empinado, un clima de fuertes contrastes térmicos y el pequeño tamaño de las parcelas hicieron que la agricultura local siguiera estancada en la era pretecnológica durante muchos años. Su mejora exigía una reestructuración parcelaria que ni los extensionistas ni los particulares podían llevar a cabo. Las actuaciones del SEA en esta zona fueron también una muestra del fracaso de la planificación desde arriba. La iniciativa para

constituir las cooperativas agrícolas de Burgohondo y Navaluenga no partió de los campesinos sino de los técnicos de las agencias de extensión locales. Fue en este sentido un proyecto gubernamental, que nació lastrado debido a la escasa tradición asociativa del campesinado alberchano. Las irregularidades cometidas por los socios pusieron punto y final a aquella experiencia en 1963. Los vientos industriales que soplaban por la capital durante este período supusieron el golpe de gracia definitivo para el SEA en esta comarca. Los extensionistas fueron incapaces de contener las riadas migratorias que comenzaban a dirigirse hacia las grandes ciudades. Por este motivo, muchas oficinas de extensión locales acabaron cerrando sus puertas en 1966.

PARTE II: DE LA TIERRA AL SUELO: LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO DEL TURISMO RESIDENCIAL



A mediados del siglo pasado el minifundio campesino estaba en franca decadencia. Los productores marginales del Valle eran incapaces de competir en un mercado agrario dominado por la agricultura intensiva. Las diminutas huertas locales no bastaban para sacar adelante una familia. La salida que comenzaba a despuntar era la marcha a las capitales industriales para encontrar un medio de vida, como sirviente, como trabajador industrial o como vendedor en unos grandes almacenes (Del Campo, 1988).

La sangría humana. Migraciones en la segunda mitad del siglo XX

“Madrid era una ciudad que se tragaba a la gente, un animal grande y voraz”

Rafael Chirbes⁹

Entre 1940 y 1960 dos millones de personas emigraron del campo a las ciudades y otros dos millones se fueron a vivir a Francia, Alemania y Suiza (INE, 2010). Las estrecheces del medio rural, los procesos de cercamiento de los espacios comunales y la falta de trabajo provocaron el abandono de numerosos pueblos y aldeas de la meseta castellana (Tezanos, 1983). La mayor parte de los inmigrantes procedentes de Guadalajara, Toledo, Ávila o Segovia eligieron Madrid como destino. Las casi 13.000 familias que habitaban en el Valle en 1950, se convirtieron en apenas 5.000 en 1960 (Troitiño, 1987).

Los descendientes de los campesinos alberchanos dejaron su pueblo natal para trasladarse a Madrid o a otras capitales europeas. En muchas ocasiones esto produjo un choque de mentalidades entre las generaciones de la posguerra civil, que se

⁹Chirbes, R. (1996). *La larga marcha*, p. 40.

incorporaron al trabajo asalariado en aquel momento, y sus padres, que siguieron trabajando y viviendo en la localidad que les vio nacer. Rafael, un campesino jubilado afincado en Navaluenga, recuerda:

“[...] yo estuve un año trabajando en Alemania, pero fue porque discutí con mi padre. Y discutí con él porque mi hermano estaba en Suiza y el dinero que ganaba era para él, claro. Y yo estaba trabajando pa casa. Y yo le dije a mi padre un día: “pero bueno, vamos a ver una cosa. Y esto, ¿cómo se come esto? Es que estoy ganando el dinero y estoy aquí trabajando pa él y pa usted también. Discutimos. Y dije ¿sí? Y cogí y me fui a Alemania”.

Hasta entonces los municipios alberchanos presentaron una alta tasa de estabilidad residencial y ocupacional. Sus vecinos vivieron en la misma casa o en la misma calle durante generaciones, trabajaron en oficios semejantes, y mantuvieron lazos profundos de parentesco y amistad con sus paisanos. Los Zancajos, los Pucheretes, los Gorgoritos, todos estaban emparentados. Las trayectorias de la gente eran muy parecidas: cuando se acercaban a la veintena, las muchachas y los muchachos del Valle preparaban las maletas para empezar una nueva vida en la capital.

“[...] entonces to la juventud se iba a Madrid, de camarero, de pescadero, de sirvienta o en alguna cosa por ahí. To los jóvenes se iban a Madrid. Bueno, venían los de Madrid y decían “¿sigues aquí en el pueblo?” “Sí, aquí seguimos” ¿Me entiendes? Lo raro era seguir en el pueblo en aquellos años. Lo raro era seguir en el pueblo, porque to la gente emigraba. Se buscaba, ya te digo, bien de camarero, o bien de esto, o bien de pescadero, cosas de esas. Luego ya la gente se ha establecido de otras formas, ¿no? Porque es así la vida, ¿no? Se han establecido de otras maneras. Unos se han hecho taxistas”. (E. José Manuel).

Muchos inmigrantes procedentes de la meseta comenzaban su aventura en los arrabales de Vallecas, Usera, Villaverde y Carabanchel (López Díaz, 2002). Los barrios de la corona metropolitana eran zonas al margen de la ley, donde chabolas y casas bajas brotaban como setas para alojar a las desesperadas gentes del campo (Moneo, 1967).

Eran viviendas modestas de una sola planta, construidas con materiales de desecho, donde se hacinaban familias de seis y ocho miembros. Las casas se levantaban con ayuda de amigos y familiares. Casi ninguna de ellas contaba con permiso de obras, por lo que a veces era necesario sobornar a la Guardia Civil para que la vivienda no fuera demolida (Ofer, 2010).

La lista de problemas de las barriadas iba desde la insuficiencia de alcantarillado, la escasez de alumbrado, las calles sin pavimentar, el insoportable hedor de las basuras, hasta la ausencia de equipamientos municipales como colegios o centros de salud (Diéguez, 1991).

Los nuevos habitantes de esos asentamientos realizaban trabajos informales. Algunos se dedicaban a la venta ambulante. Tapiceros, cacharreros y afiladores iban de casa en casa anunciando sus ofertas. Otros comerciaban con chatarra, utensilios de cocina y toda clase de bienes alimenticios que circulaban de estraperlo. Las gentes que se dedicaban a la busca algunas veces sobornaban a las autoridades para que los dejaran seguir trabajando en la calle (Ochotorena, 2017). Mantener un puesto de venta fijo en la acera, conseguir un empleo, alquilar una vivienda, todo entonces implicaba solidaridad mutua (Diéguez, 1991).

Las mujeres alberchanas, por su parte, encontraron trabajo de criadas o en puestos de venta ambulantes y en algunos casos recorrieron las calles del centro de la capital ofreciendo productos comerciales a cambio de algunas monedas. Por lo general, eran muchachas de corta edad y solteras, hijas de campesinos independientes que dejaban el hogar de sus padres para encontrar un primer empleo con el que reunir algunos ahorros.

Al cabo de unos meses, casi todas ellas retornaban a sus municipios de origen e informaban de la vacante a sus paisanas. Mercedes, nacida en Navalacruz en 1941 y llegada a Madrid en 1956, me relataba con estas palabras su paso por la gran ciudad:

“[...] me fui con un primo de mi padre el 13 de septiembre. Sí, el día 13. El 12 o el 13 me fui a Madrid. Y me fui como te estoy contando. Me fui el 12 o el 13, no se me olvida. Y el 24 hice allí los 14 años. De septiembre, del mes de septiembre. Y el día 24 hice los años. Los 14. O sea, yo me fui muy... Bueno, como yo mucha gente, eh. Amigas mías y mucha gente, eh. Entonces la gente se iba a trabajar a Madrid, la gente joven. Es cuando más se iba la gente a Madrid pa cambiar de vida un poco también. Y claro, pa ganar. Parece que trabajando en Madrid ya tenías un sueldo. Ya se... Ya te ibas tú un poco más... Que no aquí en el pueblo que no había... Lo poco que se sacaba era luego pa tol invierno ir tirando. Yo me fui, ya te digo, con un primo de mi padre, que tenía una churrería. Tenía una y luego puso otra. Y me fui con ellos. Y estuve allí unos años en su casa. Y luego ya estuve en otras dos casas. Pues sirviendo, porque entonces se llamaba, se decía “servir”. Entonces no era trabajar como ahora, o de *au pair*, o como ahora cuando se va la gente a Irlanda y pa allá. No, no. Entonces era “servir”. Se hacía la casa, la casa: fregar, lavar, que se lavaba a mano, eh, planchar... Yo bajaba a la churrería a ayudar. Fregaba la churrería... Los suelos, cuando se terminaba todo. O sea, que era la vida esa de más esclavitud. Aquí en el pueblo y también en Madrid. Yo estuve con un arquitecto, que éramos dos, que tenían cinco críos, niños y niñas. Era otra y era yo, éramos dos en la casa trabajando. Y luego ya me fui con otra, de esa casa luego me marché a otra que ganaba más. Eso me lo dijo una amiga mía, porque vino de fuera. Era un matrimonio joven con una niña. Y ya me pagaban un poco más. Y claro, yo también veía que era mejor ganar más, trabajando igual o menos. Y me marché a trabajar allí con la otra. Y luego ya me vine y ya me casé. Pero allí estuve interna. Interna, interna. Comíamos, dormíamos, trabajábamos... Entonces era estar fijas en casa. Entonces era estar interna. Y es más, se salía el jueves y el domingo. Es el día que tenías... El jueves por la tarde y el domingo por la tarde. Que eran los días, los ratos libres, porque a las diez tenías que estar allí... en la casa, porque claro, ya había que...”

Las casas donde estas muchachas entraban a servir estaban situadas en los distritos de residencia de las viejas clases medias y burguesas, como Retiro, Salamanca y Recoletos,

donde se concentraban los militares, jueces, abogados, artistas, cirujanos, periodistas y aparejadores. Las distancias que mediaban entre las humildes casas de sus pueblos de origen y las lujosas viviendas de los potentados de Madrid eran enormes. Avelina, que entonces rondaba la veintena, describe esas diferencias de esta guisa:

“[...] era todo muy distinto. Yo en el pueblo muchas tardes no iba a la escuela. Y las chicas a las que yo cuidaba tenían un profesor cada una. Aquí en casa tenías cuatro huevos y se mataba un gallo por las fiestas y por Nochebuena y en la casa de esta gente se merendaba chocolate todas las tardes. Y como te digo era todo... Nada que ver, vamos”.

Durante los primeros meses en la ciudad, resultaba fundamental la ayuda de las amistades y los allegados. En caso de necesidad, provocada por el hambre o la falta de empleo, paisanos y parientes se prestaban ayuda mutua con dinero, alojamiento, regalos alimenticios, etc. Los inmigrantes del Valle se informaban de las ofertas de empleo. En cierta manera esos lazos de paisanaje les ayudaban a afrontar las anomias de la vida urbana.

“[...] no, como de aquí, de los pueblos de por aquí alrededor, y de aquí mismo, pos se iban, nos llamábamos... Decíamos, oye, que ahora sí que están admitiendo. Y eso. Y cuando más querías acordar, pues de aquí del pueblo mismo, pues a lo mejor nos juntábamos diez o doce allí. Otros sitios a lo mejor iba uno solo o dos, y luego pues también llamaba a los del pueblo, y nos íbamos allá. Y una vez allí, te echabas una mano, claro. Porque, a ver, era gente del pueblo”. (E. Cesario).

“[...] yo me he salido de aquí a trabajar a los dieciocho años. Me he salío por ahí a trabajar a Villalba, a trabajar a la construcción. A la construcción. Eso porque me llevaron mis cuñaos, que estaban trabajando allí y luego ya me llevaron pa trabajar en la construcción con ellos”. (E. Demetrio).

Madrid les resultaba un lugar muy duro. Por eso al principio se mezclaban muy poco con sus moradores, que les miraban con desprecio y se burlaban de ellos por sus pintas de “paletos”.

“[...] entonces notabas desprecio, ¿me entiendes lo que te quiero decir? Ellos eran más que los del pueblo, claro. Ellos venían más de... con otro poderío ¿sabes cómo te digo? Como que eran de capital. Y aquí la gente del pueblo, era de pueblo. Los que eran de Madrid, pues tú verás, otro poderío porque eran de la capital. Y a mí no, pero a mucha gente los ha pasao, de decir: mira tú, el paleta este. Y te trataban de otra manera, no te trataban igual, ¿no?” (E. Avelina).

Los alberchanos procuraban mantenerse unidos a pesar de las distancias propias de la vida en Madrid. Por aquel entonces era costumbre pasear por la Cava Baja, donde se daban cita los vaqueros que iban a la ciudad a vender sus productos. En esa zona se situaban las antiguas posadas de San Isidro y San Antonio, en torno a las cuales se congregaban, cada domingo, las gentes de Navaluenga y alrededores. En aquellos lugares se retiraba la correspondencia, se fijaban citas y se intercambiaban informaciones y noticias.

“[...] toda la calle de la Cava Baja se llenaba de gente de los pueblos. Íbamos a vernos, a vernos, a vernos. Toda la calle se ponía llenita, de pueblo, sobre todo de Navaluenga. ¿Quedamos en la Cava Baja? Y todo el mundo quedaba en la Cava Baja y luego te ibas a donde fuera, o hablabas con quien fuera. Iba mucha gente por ver a la gente del pueblo. Era una alegría, porque estabas allí, pues muy solo. Estabas deseando ver al que fuera. Y cuando no, a ver a la familia”. (E. Avelina).

Con la llegada de nuevas familias, Madrid comenzaba a bascular desde el mundo de los oficios hacia un predominio cada vez mayor de los obreros fabriles y de las nuevas clases medias compuestas por oficinistas, vendedores y profesionales liberales (Ortí, 1987). Los emigrantes alberchanos saltaban de meros campesinos a empleados de rango

medio con vivienda propia. En verano, muchos regresaban a sus pueblos con regalos y dinero, y les contaban a sus paisanos lo bien que estaban fuera. Javier, un vecino de Navatalgordo, lo recuerda con estas palabras:

“[...] algunos venían aquí de vez en cuando y se creían que eran dioses. Que si coches, que si casas, un chalé y tal. Incluso el lustre ya era otra cosa, ya no era el curtido del campo, ya mejor arregladitos. Por lo menos el vestidillo que traían era más... más que aquí en el pueblo. Ya se veía otra cosa. Y la gente del pueblo, cuando volvía uno de fuera y se hacía aquí una casa, pues medio le idolatraba y, viendo esas cosas, pues te planteabas salir”.

Diferente era la realidad de aquellos que emigraban a Francia o Suiza en busca de un futuro mejor. Algunos como Isabel y Salvador encontraron su primer empleo en Lyon, ciudad en la que fijaron su residencia en 1960, pero este no fue el caso general. La mayor parte de los alberchanos se emplearon en trabajos duros, repetitivos y mal remunerados. Muchos volvieron del extranjero al cabo de unos pocos meses.

“[...] antes de todo esto, estuve en Suiza, en Ginebra. Allí los sábados no se trabajaba. Y entonces íbamos a trabajar con gente... Yo iba con uno que... el sábado y el domingo, y entonces uno de esos días me pagaba. Y otros, dormía allí en una casa que tenía vieja, en un sobrao, de mala manera, claro. Era muy esclavo aquello: había que lavarse la ropa... Y claro, también se ganaba algo de dinerillo, pero con arreglo a eso, costaba. Lo que pasa que no salías”.

El objetivo de estas migraciones temporales era conseguir algunos ahorros para abrir un negocio en el pueblo o iniciar una futura vida familiar. Los trabajadores alberchanos conocieron una existencia solitaria lejos de su tierra. Las largas jornadas laborales y el desconocimiento del idioma les impidieron hacer vida social e integrarse en la sociedad de acogida.

“[...] lo único el idioma, que no teníamos ni papa (risas). Yo me fui con un amigo mío. Este trabajaba, ya llevaba un año o dos allí. Y yo fui a través de él. Y llegué allí, y si llegué por ejemplo, hoy, al día

siguiente tuve que ir, porque no llevaba nada: ni pa cocinar, ni para afeitarme, ni pa nada, ¿no? Tuve que ir a la Micros, a Ginebra, a comprar la máquina de afeitar... Y entonces yo iba por allí, por la tienda (risas): “yo quería comprar una maquinilla...” Yo no tenía ni idea. Y sale una chica, dice: “ah, usted quiere una máquina de afeitar”. Digo: “¿de dónde has salido tú?” (risas) Y me compró todo. Que trabajaba allí en el sitio y era española, claro”.

El debilitamiento paulatino de los lazos comunitarios era la otra cara de la moneda del proceso migratorio. Los que se mudaban a la capital empezaban a espaciar sus visitas a la casa paterna. Era en Madrid donde se relacionaban a diario con gente inimaginable. El cambio de residencia aumentaba infinitamente las oportunidades de conocer a personas con diferentes acentos y costumbres. Los emigrantes entablaban relaciones a salto de mata en los bares, en las escuelas, en los centros de trabajo, en las tiendas y en sus nuevos barrios.

Con el tiempo, algunos decidieron cortar los lazos con su lugar de origen. Los efectos de ese proceso de desarraigo se dejaron ver en las segundas y terceras generaciones. Los descendientes de los emigrantes nacidos en el *baby boom* solo conservaban un difuso recuerdo de su infancia en el Valle, de las meriendas con los amigos, de los paseos en bicicleta y de los chapuzones en las tranquilas aguas del Alberche.

Los municipios alberchanos siguieron siendo lugares marcados por los movimientos migratorios, pero esto no se tradujo en un especial declive de las relaciones familiares. Ciertamente, los emigrantes siguieron estando vinculados a sus lugares de origen. La compra de residencias secundarias en el Valle facilitó la continuidad de las relaciones entre abuelos, padres, hijos y hermanos. Es lo que vamos a tratar de mostrar en el apartado siguiente.

“Las verdes praderas alberchanas”: el ascenso del turismo residencial en el Valle

Total. Tú y yo solos. Vegetando todos los fines de semana en esa mierda de chalet. Todos los puentes. Todas las vacaciones de Semana Santa. Arreglando la calefacción. Cortando el césped. Limpiando la piscina...

¿Qué piscina?

Pues la que terminaremos poniendo. Y un día te mueres. Y se te queda esa carita de gilipollas. Y en el último momento te dices: vamos. Vamos, vamos. Porque es que te han llevado al huerto toda la vida. Y nunca has hecho lo que tú querías. Estudia. Trabaja. Échate novia. Cásate. Cómprate un piso. Un chalet. Un coche. Y trabaja como un burro para pagar las letras, los colegios de los niños, el friegaplatos, la cortadora de césped. Y te das cuenta que has vivido para Seat, para Philips, para Banus, para Zanussi, para el Corte Inglés, para la confianza y su puta madre.

Las verdes praderas [película]¹⁰

1960 fue el año en el que más viviendas se edificaron en España (Naredo, 2010). A partir de esa fecha, amplios sectores de la sociedad comenzaron a experimentar una mejora significativa de sus condiciones de vida. Coincidió con las migraciones interiores, para las que hicieron falta nuevas construcciones que acogieran a las gentes del campo, y con la emergencia del turismo, uno de los grandes estandartes del desarrollismo franquista, junto a la industria.

En aquel momento en las provincias que rodeaban Madrid comenzaba a surgir una variedad de turismo muy determinada, que estaba resultando moderadamente rentable: un turismo residencial de media distancia, restringido a la temporada estival y los fines de semana (García González, 2009). Esta modalidad se desarrollaba, principalmente, en pueblos sin grandes extensiones de tierra cultivable ni recursos naturales. El aumento

¹⁰Las verdes praderas, película (1979). Director: José Luis Garci.

del poder adquisitivo del salario familiar y la mejora de las redes viarias contribuyeron de forma importante al desarrollo de ese tipo de turismo (Sánchez Fernández, 2003).

Los turistas residenciales eran emigrantes, hijos de artesanos y campesinos parcelarios, que una vez asentados en Madrid, aspiraban a construirse una segunda residencia en sus municipios de origen para huir de la ciudad (Rubio, Sánchez-Oro y García, 2013; García González, 2009). El reflejo de esas aspiraciones se puede rastrear en el cine. El botones devenido publicista de *Las Verdes Praderas*, de Garci, que adquiere una casa de verano en el campo para respirar aire fresco, lejos del bullicio y el ajetreo de la urbe, es una buena muestra de los deseos de una buena parte de la sociedad. La cinta convoca experiencias propias de las nuevas y emergentes clases medias: estatus y consumo aspiracional, confort y prosperidad, excursiones dominicales y barbacoas en un chalé con piscina.

A partir de 1960, las residencias secundarias comenzaron a ser patrimonio accesible de las clases medias y trabajadoras urbanas (Rubio, 1988). Las escapadas de fin de semana a la casa del pueblo se convirtieron en la nueva actividad de ocio de las familias de la periferia (Camarero, Sampedro y Oliva, 2012). Las aglomeraciones que causaba el crecimiento del Gran Madrid generaban en sus habitantes la necesidad de hallar reposo en entornos de mayor calidad ambiental. Durante el verano, los potentados de la capital marchaban hacia las playas del Norte. Muchas familias humildes, al no poder costearse una estancia en la playa, aprovechaban para ir de visita a su pueblo natal. Eran familias de emigrantes procedentes de Toledo, Ávila o Segovia. Gentes sencillas a las que Luis Carrero Blanco, entonces vicepresidente del Gobierno, denominaba “turistas de alpargata”, aludiendo a su escaso poder adquisitivo (Pousada, 2015).

Junto a los turistas de clase baja, llegaban algunas personalidades ilustres de la cultura como la actriz Lina Morgan, el periodista José Luis Pécker, el poeta Vicente Aleixandre, así como varios funcionarios estatales y profesionales de la medicina. La presencia de estos personajes daba un tono especial a las tierras alberchanas. Cuando llegaban al pueblo en sus coches de lujo, la gente les miraba entre respetuosa y admirativa:

“[...] antes venían cuatro personas. Venía este... el periodista, ¿cómo se llamaba? El... ¿cómo se llamaba? De la SER. Ay Dios mío. Si tiene un ese muy... Y venía en casa de la Eli, de la vecina esta de aquí al lao, a veranear. También un pintor muy famoso, que a mi tía le hizo una foto, mira, así en la reguera... Ay, ¡qué guapa la pintó! Y médicos venían. Pero muy poca gente. Venía gente selecta. Y la gentes, pues tú verás, loquita” (E. Avelina).

Del hambre a las ganas de comer

Las casas de los veraneantes estaban rodeadas de huertas, de cochiqueras. Los vecinos se quejaban del mal estado de las calles por las que los animales vagaban en libertad. Pero a partir de 1970 las cosas cambiaron. La puesta en valor de la tierra supuso un cambio trascendental para el paisaje humano y natural de los pueblos de la meseta (Aledo, 2016). El “turismo paisano” y el ladrillo se convirtieron en el motor del crecimiento de muchos de ellos. El ruido de los martillos y de los picos se hizo omnipresente. Pastores, herreros y molineros se vieron eclipsados por encofradores y carpinteros, fontaneros y electricistas, capataces y peones. Los eriales desaparecieron bajo un alud de cemento y las casas de piedra fueron sustituidas por edificios de perfil urbano destinados a los veraneantes (Naredo, 2000).

“[...] luego, cuando hubo el movimiento de la construcción, ya me dediqué a la construcción. He estado cuarenta y dos años de autónomo. En la construcción. Dando yeso. Según han venido las cosas, pues ha habido que ir cambiando, ¿me entiendes? Yo empecé en la construcción en el año 68, 69, porque ya me había licenciao, de la mili”. (E. Rafael).

Paralelamente, algunos ayuntamientos se decidieron a pavimentar las calles, construir aceras e instalar farolas para hacer posible la vida en los chalets de segunda residencia. Las calles de las localidades de tipo medio comenzaron a llenarse de bares, comercios y restaurantes. Burros, gallinas, cerdos y otros animales de granja fueron desapareciendo del espacio público a medida que los coches y las motocicletas conquistaban el campo.

Con el paso del tiempo, las viviendas secundarias superaron a las residencias habituales en varios municipios alberchanos. Uno de ellos fue Navaluenga, un pueblo con menos de dos mil habitantes censados, en el que las residencias de veraneo (2.281) eran casi el triple que las viviendas principales (996). Lo mismo sucedió en La Adrada que entre 1970 y 1990 duplicó su parque de viviendas secundarias hasta superar las 2.165¹¹. Mientras en la Sierra de Gredos las segundas residencias crecían un 339, 9 por 100, las viviendas principales disminuían un 22, 5 (Troitiño Vinuesa, 1990).

“[...] luego ya empezó a crecer el número de veraneantes y de casas. Ya se fueron haciendo casas, la gente alquilaba. O sea, ya fue otra, otra historia. Ya se fue viendo que esto iba... subiendo un poco. El pueblo no era... los cuatro del pueblo. Ahora vive más gente de fuera que del pueblo, aquí. O sea que hay más gente de fuera viviendo que del pueblo” (E. Julia).

¹¹ Estos datos pertenecen al Censo de Población y Viviendas, elaborado por el Instituto Nacional de Estadística (INE), en 2011; disponible en: <https://apps.fomento.gob.es/CVP/handlers/pdfhandler.ashx?idpub=BAW017>

El desarrollo residencial de los medios rurales trajo consigo un espectacular aumento del consumo. Agua corriente, bombillas, inodoros privados, televisores, calefactores, radios, neveras, cocinas de gas y toda una amplia gama de nuevos productos irrumpieron en miles de domicilios (Conde, 1994). Muchos de estos inventos revolucionaron el trabajo del hogar. Con la llegada de la lavadora, las mujeres dejaron de ir a los lavaderos y empezaron a hacer la colada en su propia cocina.

La convergencia entre los moradores del Valle y los veraneantes residenciales se produjo lenta pero inexorablemente. Pronto dejaron de existir diferencias apreciables entre las gentes de campo y las gentes de ciudad. Unas y otras se volvieron culturalmente intercambiables. Ya casi era imposible distinguir, por su indumentaria, un obrero de un agricultor. Hacia 1970, las mujeres enlutadas de las que hablaba Gerald Brenan en sus escritos eran casi piezas de museo. Novelistas, publicistas, cineastas y estudiosos del tema se mostraban de acuerdo en que el desarrollo urbano, el turismo, el acceso a una relativa prosperidad y el hedonismo consumista estaban erosionando viejas instituciones sociales del mundo rural como la Iglesia o la familia.

“[...] ya era otra cosa. El lustre, el curtido del campo... Era otro, otra cosa. Otro... Ya mejor arregladitas. Ya, hombre, por lo menos el vestidillo que traían era más... más que aquí en el pueblo. Ya se veía otra cosa. Y luego ya, luego ya no, porque luego ya hemos vivido más o menos todos por igual, eh. Que en eso sí que se ha notao un montón. Que se ha vivido todos... Luego ya lo ves, ropa, pues toa la gente tiene. Ya no notas los de fuera con los de aquí, y entonces se notaba un montón. Decíamos “los veraneantes”. Cuando venía la gente de fuera: “ya vienen los veraneantes”. (E. Julia).

Los habitantes del Valle, especialmente los hombres, frecuentaban cada vez menos las parroquias, aunque en general continuaban celebrando funerales, bodas, bautizos y primeras comuniones o participando en las procesiones durante las fiestas patronales. La

nueva sociedad alberchana se hallaba dividida entre un catolicismo practicante anclado en una moral puritana y una creciente pasividad religiosa, que comenzaba a abrirse paso entre las nuevas generaciones. La dictadura de Franco nacida para reimponer la fe cristiana frente al laicismo republicano estaba secularizando la sociedad a pasos agigantados (Fusi, 1985).

“La sangre tira”

En las ciudades, luego en los pueblos, surgieron nuevos modelos de convivencia familiar. En Castilla y muy particularmente en el Valle predominaban los hogares compuestos por un matrimonio y su descendencia y abundaban los unipersonales (García Sanz, 1997). La familia conyugal patriarcal, defendida a ultranza por la dictadura, era el perfil más habitual en que se distribuía la población abulense en la segunda mitad del siglo pasado. En provincias como esta, donde predominaban las prácticas de herencia divisible, los hijos abandonaban la casa paterna para construirse una propia en un terreno familiar hasta entonces agrícola. Algunos autores (Arriba, 2010), de hecho, consideran la transferencia de propiedad patrimonial un factor clave para la vinculación de los emigrantes con el territorio.

La tenencia de tierras era en sí misma un aliciente para el restablecimiento de las relaciones con la comarca. Pero este hecho, con ser importante, no hubiese favorecido este proceso de retorno sin la concurrencia de otros factores como el sentido de pertenencia o el mantenimiento de los lazos familiares. A los pueblos y aldeas del Valle volvían los que antaño emigraron, los que tenían familia allí o los que concebían el regreso como una forma de restablecer los vínculos perdidos. Eran los turistas residenciales, los antiguos emigrantes que se negaban a perder sus raíces, los que habían

construido sus viviendas unifamiliares para pasar las vacaciones estivales. Todos ellos se consideraban parte de la comarca porque pagaban puntualmente las tasas e impuestos municipales, conservaban cierta amistad con los lugareños y compartían de vez en cuando los chismorreos locales (Nogués-Pedregal, 2012). Allí eran conocidos por el apellido o apodo de su tronco familiar: los hermanos Ojirras, los hermanos Casillas, o los hermanos Coletas. Los vecinos se interesaban por ellos, por su vida en la ciudad y por su situación laboral y la de sus parientes, y eso les daba la oportunidad de mostrar que las cosas les iban bien.

La identidad de una parte importante de los retornados estaba profundamente localizada en sus pueblos de origen, enraizada en una serie de rituales y fiestas comunes, y ligada a los espacios de vida familiar y vecinal.

Cada vez era más frecuente que los ancianos vivieran solos, una tendencia que se ha mantenido hasta el presente. Este fenómeno era achacable, principalmente, al aflojamiento de los lazos familiares, desvanecidos en la muchedumbre de la gran ciudad como consecuencia del éxodo rural.

A pesar de ello los abuelos estaban habituados a recibir frecuentes visitas por parte de sus hijos desde Madrid. Una vez que estos fundaban su propio hogar, seguía operando una clara tendencia a residir en las proximidades de la casa paterna durante las vacaciones (Urrecho y Fernández, 2013; González, 2009). Padres, hijos, hermanos y nietos no habitaban ya bajo el mismo techo, pero funcionaban como una especie de familia pseudoextensa.

“[...] entonces la vida en la familia era totalmente distinto, era totalmente familiar. Si venías de vacaciones, no pasabas un día por delante de la puerta de tus tíos, que no tocaras a la puerta. Tú tenías, por ejemplo, un tío, que estaba solo en casa, y llegaban estas fechas y se le llevaban a su casa a eso. Y se

ayudaban igual que si vivieran todos en la misma casa. Entonces se vivía familiarmente ¿Me entiendes lo que te quiero decir?”. (E. Wenceslao).

Esta costumbre facilitaba el contacto habitual con familiares directos o parientes cercanos. Los hijos visitaban la casa paterna al menos una vez por semana. De algún modo, esta simbolizaba la unidad entre el cabeza de familia, su esposa y sus herederos, que vivían de forma independiente en sus propias casas, pero que utilizaban el tronco familiar como fuente de ayuda y solidaridad (Reher, 1996).

“[...] la gente tiraba siempre a lo suyo, ¿comprendes? A donde estaba su familia. Es lo que quería todo el mundo. A rabiarse. Cuando la gente ha trabajado tanto para levantar todo esto, ¿por qué? Pues porque les gustaba. Y porque aquí estaba tu gente. Si no salíamos de aquí. Y aquí, sin ir más lejos, se han casado mis tres hijos. No salíamos de aquí. No nos quedábamos na más que alguna vez en Madrid pa ir al Retiro, en invierno. Pero estábamos deseando venir al pueblo porque estaba la familia. Y aquí los críos con los primos, y con los primos, y pim pam, y pim pam.” (E. María).

Habían pasado ya treinta años desde el comienzo de la posguerra y la población local había envejecido. Ahora los emigrantes retornados acogían a sus padres o suegros para asistirlos en la vejez. En las familias numerosas, era también muy habitual que los hermanos se turnaran para cuidar de sus progenitores. Como resultado de esto, los hogares adoptaban estructuras cambiantes en función de las necesidades de cuidado y atención de los parientes. El nieto que pasaba las vacaciones en el pueblo con sus abuelos, el hermano soltero, la suegra viuda o el padre enfermo eran los que daban origen a sistemas familiares complejos (Reher, 1996).

La felicidad del rinconcito

A comienzos de los setenta, la casa de verano ocupaba un lugar importante en el imaginario cultural de las clases medias y trabajadoras urbanas. El adosado unifamiliar con terrenito aseguraba a sus inquilinos el disfrute de un merecido descanso, lejos del ajetreo de la ciudad (Santo, 2012; Izquierdo, 2008). Como el protagonista de *Las Verdes Praderas*, la famosa película de José Luis Garci, las familias que veraneaban en el Valle buscaban reposo en el campo. Las casas de vacaciones eran su templo, su fortaleza, su refugio. En ellas, las mujeres pasaban casi todo el tiempo encerradas en la cocina mientras los hombres realizaban chapuzas en el garaje. En las nuevas urbanizaciones de segunda residencia, la gente apenas se relacionaba con sus vecinos. Atrás quedaban las tertulias en las puertas de las casas; atrás, los ratos de lavar en las riberas del Alberche; atrás, los bailes, los refranes, los cuentos o las canciones populares. Ahora, desde principios de los setenta, comenzaba a extenderse entre los ciudadanos el deseo de gozar de la intimidad del hogar, de aislarse de su entorno y vivir aparte con su familia y sus amigos (Reher, 1996; Béjar, 1988).

La gente levantaba toda clase de barreras para proteger su privacidad. En las nuevas fincas residenciales se comenzaban a instalar alarmas y verjas cerradas. Si antes la frontera entre las viviendas y la calle era porosa (Gómez Benito y Luque Pulgar, 2006), a partir de los setenta, las casas alberchanas se convierten en unidades introvertidas y autosuficientes. La vida rural ya no se desarrolla en el exterior sino entre las cuatro paredes, con la familia y los amigos.

Durante años, el estado ruinoso, sucio e insalubre de las viviendas campesinas hizo de la calle el lugar de sociabilidad comunitaria por antonomasia. Cuanto más oscura y

exigua era una casa, cuanto peor ventilada estaba, más tiempo pasaban sus moradores en el exterior. Así, en los pueblos del Alberche, la calle era el informal cuartel general de la gente corriente. Las viviendas situadas en los cascos tradicionales convivían con un mar de descampados donde los niños alberchanos hacían de las suyas. Canicas, indios y vaqueros y otra vez canicas. Las amas de casa estaban acostumbradas a hacer la colada en el río, a cuidar en común a los hijos de las vecinas y a realizar mil y un recados en las calles, plazas y mercados de los pueblos. Ni ellas ni sus maridos habían incorporado todavía la tajante división entre espacio público y espacio privado. Los veraneantes, en cambio, la tenían perfectamente integrada. La mayoría diseñaban sus segundas residencias conforme a sus nuevas ideas de privacidad y confort. Este componente íntimo se manifestaba en asuntos tan banales como el nombre asignado a las villas o la construcción de piscinas, patios y terrazas para reuniones en petit comité.

Centristas, centrados y de centro

Con la llegada del buen tiempo, las casas de vacaciones se llenaban de visitas. Las familias de veraneantes adoptaron la costumbre de reunirse en torno a una barbacoa para charlar y pasar un buen rato. La política era un tema tabú en esas reuniones. Los asuntos ligados a la ideología eran vistos por los ciudadanos como una inagotable fuente de problemas, enfrentamientos y discusiones. El por qué de este rechazo hacia el mundo de la política se encontraba en el temor a la repetición de una nueva guerra civil. Las encuestas realizadas en 1970 ponen de relieve que la gente de a pie estimaba el orden y la paz por encima de valores como la justicia o la libertad (Morán, 1999; López Pina y

López Aranguren, 1976). Tras estas opiniones estaba el recuerdo de la guerra y sus matanzas, de la escasez de alimentos, del racionamiento y el estraperlo, del pan negro y las ollas de leche aguada. Tras una infancia de penurias y estrecheces materiales, la gente sencilla del campo empezaba a acceder a nuevas comodidades, priorizando el bienestar familiar sobre las orientaciones de principio.

Las poblaciones rurales y urbanas prefirieron dejar los asuntos comunes en manos del Estado y centrarse en progresar materialmente. El individualismo y el pragmatismo se fueron extendiendo entre amplias capas de la sociedad. Diversas investigaciones realizadas a lo largo del decenio de los setenta mostraron la absoluta indiferencia del campesinado ante los problemas colectivos (Brandes, 1976; Tolosana, 1966). Los extensionistas agrarios vieron dificultada su labor en algunas localidades por la renuencia de los vecinos a participar en los programas de desarrollo rural. Mientras, los presidentes de las comunidades de riego se quejaban del escaso compromiso organizativo de los socios. Estas actitudes se vieron reforzadas por factores como el analfabetismo y la nula cultura participativa de la sociedad rural (Hernández Burgos, 2012).

El deseo de poseer una vivienda, de llevar una existencia tranquila centrada en la vida privada familiar y de conservar una cierta estabilidad laboral tuvo un contundente efecto desmovilizador (López y Rodríguez, 2010). El contacto con la prosperidad, unido al miedo, hizo que mucha gente se refugiara en el silencio de su hogar. Los vecinos del Valle, salvo raras excepciones, interiorizaron el apoliticismo como la mejor manera de no enemistarse con nadie.

“[...] qué sé yo, los políticos, la política. De eso es mejor no saber na, porque luego pasa lo que pasa. Luego te enfrentas con la gente, con el vecino, con el otro. Pa eso es pa lo que vale la política. Yo, ya te

digo, de esas cosas no entiendo, de cosas de política y eso. Yo no entiendo de eso. Yo na más que nos venga to los meses, “venga a nosotros el torreino”. Y ya está. Y na más (risas)”. (E. Venancio).

Las organizaciones de encuadramiento de Falange padecieron en su momento las consecuencias del apoliticismo reinante (Hernández Burgos, 2012). Fue el caso del Frente de Juventudes y de la OJE, que a la altura de los setenta, vieron mermada su capacidad de influencia por la pasividad de una buena parte de la juventud rural. Estas organizaciones se las apropiaron los habitantes del Valle para organizar campamentos, juegos y competiciones deportivas (Quevedo-Rubio, 2018). Lo explica Antonio, ex alcalde de San Juan de la Nava:

“[...] bueno, antes, cuando Franco, había los del Frente de Juventudes. Entonces yo era del Frente de Juventudes, claro, íbamos a los campamentos. Y yo, pues... bueno, yo los llevaba a hacer campamentos, pero sin estar ellos apuntados ni nada, o sea, el único que estaba apuntado era yo. El caso es que yo tenía mi carné de falangista, así, hablando en español. Y yo tenía mi carné y entonces íbamos. O sea, yo organizaba: llegaba el tiempo de los campamentos, y mandaba gente a los campamentos, a excursiones... Bueno, eso, pues yo iba a Hoyos del Espino a los campamentos. Luego ya cuando ya era Delegado de las Juventudes, ya iba de instructor. Iba, me hacía un campamento, porque se hacían en julio y agosto. Se hacían cada quince días. Entonces yo iba en agosto, en el último grupo que se hacía, iba. Eso es lo que hacíamos. Y pues eso, organizar a la gente. Tuvimos un hogar a donde está ahora el hogar del jubilao; ahí la gente hacía fiestas; teníamos mesas de juegos, había parchís, dominó, cartas, cosas de esas. Se hacían cosas. Cosas pal pueblo, sí. Que las organizaba la propia gente. Esa organización estaba muy bien. El campamento lo teníamos limpio. Siempre lo primero que se hacía era limpiar el campamento. Los domingos ir a misa. Jugar al fútbol. En fin, lo que te quiero decir es que se hacían actividades y había vida de tos con tos”.

Los grandes propietarios rurales simpatizaron mucho con la tendencia de la Dictadura en favor del orden y la estabilidad y en contra del marxismo y la guerrilla antifranquista.

El resto de la sociedad tuvo una actitud pasiva y en general se avino a aceptar las cosas tal como eran (López Pintor, 1982). La mayor parte de los habitantes del Valle nunca militaron en las organizaciones falangistas de encuadramiento social (Rodríguez Ibáñez, 1987). Algunos ni siquiera estaban de acuerdo con todo lo que estaba haciendo la Dictadura, sin embargo se acomodaron a ella de mejor o peor gana.

Los planteamientos radicales de Falange no encontraron acogida favorable. La gente identificaba al Partido con las muertes y las desapariciones ocurridas durante la guerra civil y lo responsabilizaba de la crisis de subsistencia de los cuarenta. El deseo de la Falange de movilizar e ideologizar a la sociedad chocaba frontalmente con la indiferencia ciudadana (Ruiz Carnicer, 1993).

En 1970 la Falange fue renombrada con el apelativo de “el Movimiento”. Por entonces la Dictadura de Franco se había convertido en un sistema autoritario dominado por la Banca, los funcionarios, la Iglesia y la aristocracia latifundista, sin apenas elementos fascistas visibles (Paxton, 2019; Sastre, 1997; Huneeus, 1985). Arrinconada la Falange; agotados los mitos del anticomunismo, del Imperio y la Cruzada; cuarteado el carlismo por el proceso modernizador y el colaboracionismo de su vieja guardia, las autoridades franquistas elevaron el desarrollo a doctrina oficial del Estado, confiando en que el crecimiento del PIB y de los salarios apuntalaran el desapego hacia los asuntos colectivos (Fusi, 1985).

En ese contexto se produjo el asentamiento de un modelo de ocio evasivo, que buscaba distraer a la gente de sus fatigas y preocupaciones diarias (Alfaya, 2003). Los *mass media*, particularmente la radio y las televisiones, eran la base de esa cultura

escapista (Hernández Burgos, 2019). Las corridas de toros, los seriales y los combates de boxeo ocupaban casi la totalidad del tiempo libre de los ciudadanos. En un informe realizado en 1967 sobre el medio rural abulense se apuntaba que la radio era, al margen de las fiestas mayores, el principal medio de entretenimiento de sus habitantes (cit. en Hernández Burgos, 2019: 171). Benigno, antiguo sacerdote del municipio de Hoyocasero, recuerda que los vecinos solo buscaban programas musicales, folletines amorosos y algunos telefilmes.

“[...] aquí la gente siempre ha ido un poco a lo suyo. Yo recuerdo, cuando estaba aquí de sacerdote, y llegaron las primeras teles y las primeras radios, que la gente se juntaba y pasaba muchos ratos delante del televisor. Que si “Ama Rosa”, que si lo otro. Las radionovelas de entonces ¿me entiendes? Con eso la gente se entretenía”

Para las gentes humildes del Valle era un lujo contar con un televisor o un aparato de radio dentro de sus viviendas. Por eso la escucha y el visionado colectivo era bastante habitual, no solo en los hogares, sino sobre todo, dentro de los bares, donde decenas de personas se arremolinaban en torno a un receptor para seguir el desarrollo de una novela, un encuentro deportivo o una corrida de toros.

“[...] pues mira, cuando Franco la compré yo. Ya cuando... cuando estaba tan mal Franco, que dio un discurso en... en el Palacio de Oriente, ahí en la Plaza de Oriente. Fueron to las vecinas a verla a mi casa, allí, donde mi suegra. Fue la primera tele que compramos. La primera. Y allí fueron a verla, que era la primera del barrio. Y tú verás, aquello era una sensación de tener el cine en casa. Porque lo conocíamos de cuando íbamos a Madrid al cine, o aquí en el pueblo ibas una vez al cine cuando... Fíjate, de higos a brevas. Y... y luego ya cuando la teníamos en casa, pues fíjate, era una maravilla, una alegría, una cosa... Que era otro mundo. Ya parece que era otra cosa. Y cuando luego se murió Franco, y todo. Pues la tenía yo y otra vecina, que luego la compró. Fueron las primeras. Ya la había también en algún bar. En algún bar ya la habían puesto. Mu poco antes”. (E. Mercedes).

La radio y la televisión eclipsaron, pero de ninguna manera hicieron desaparecer las viejas formas de entretenimiento del medio rural, como la verbena, la taberna o el baile. A estas formas de ocio se unieron otras distracciones como el cine, el teleclub o la literatura de quiosco que introdujeron unos modelos de conducta bien distintos al autoritarismo de la dictadura y de las comunidades campesinas tradicionales. Delante de una pantalla, en una sala de cine o leyendo una novela de a duro, las gentes del campo entraron en contacto con ideas y discursos nuevos, que les permitieron empezar a pensar y comportarse de una manera distinta al orden hasta entonces establecido.

El desarrollo del transporte privado y la mejora de las redes viarias unieron estrechamente el agro alberchano al Gran Madrid aboliendo toda distancia material. A partir de ese momento, cientos de turistas residenciales comenzaron a abarrotar las carreteras que llevaban a las playas fluviales de los municipios de Navalosa, Burgohondo o Navaluenga. Playas atestadas por la presencia de veraneantes provistos de comida, dispuestos a refrescarse en las remansadas aguas del Alberche.

Fotografía 4. Los primeros veraneantes en Navaluenga, agosto de 1971



Fuente: propia. Fotografía tomada el 6 de septiembre de 2019.

Aquellos primeros visitantes llegaban arropados de la modernidad urbana que penetraba por todo el cuerpo social, sentando las bases de una cultura mestiza. El profesor Luis Moreno-Caballud (2017) se refiere a ella como una cultura agrourbana formada por vecinos que vieron sus pueblos anexionados a la capital con el ascenso del turismo residencial. Recordemos que los turistas no eran personas desconocidas. Eran antiguos emigrantes, hijos o nietos de campesinos, peones o artesanos, de clase trabajadora, que retornaban en vacaciones a su tierra natal (Cañada y Gascón, 2016). Gentes que portaban consigo su identidad y su cultura rural de origen, marcadas por un itinerario vital muy similar. Pseudourbanitas que comenzaban a disfrutar de los bienes de la entonces incipiente sociedad de consumo. Sus casas de verano ya contaban con dos, tres y hasta cuatro dormitorios y estaban equipadas con neveras, lavadoras y

cocinas de gas. Sus ropas estaban hechas con telas estampadas y de buena calidad. Sus coches rodaban por las calles y a las gentes del campo se les iban los ojos tras ellos, hipnotizados por su elegancia y rapidez.

“[...] eso fue la realidad de la vida. Eso, eso fue así, y no fue de otra manera. Empiezan los años 60. Empieza la construcción. Cuando el obrero se compra el Seat 600, que fue célebre. Aquello fue el coche del obrero. Y fue célebre. Y es cuando se empieza a vivir. Cuando España empieza a vivir. Y empieza la construcción. Era la etapa de Franco, que empieza un poco a levantar la mano. España empieza con el turismo. Y empieza a construir y la gente empieza a ganar dinero. Y empieza a gastar, y a gastar. Y a consumir. Venga a consumir. Y ahí es cuando la gente empezó, como suele decirse, a comer tocino. Fíjate esta palabra que te digo. Porque como ya la gente ya ganaba... Ahí ya se empieza a mover el tema. Nada que ver con lo que pasaba antes. Antes no había nada. ¿Me entiendes lo que te quiero decir? Ni los padres podían ayudarte, porque no había dinero, no había economía, no había. Bastante que te daban, que comías y... y pedías cinco pesetas y te las daban. Que entonces no había otra cosa. Pero aquello era de un atraso... Luego ya, como te digo, fue distinto totalmente. Casi todos se las buscaban, y ganaban su dinerillo. Entonces no había nada. Lo poco que se recogía era pa vivir en casa. Pa vivir en casa. Era pa vivir en casa. Y es que hacía falta. No es que no hiciera falta. Tú no podías decir he ganado un jornal y me lo he gastao. Podías hacerlo una vez. Pero no más. Si es que entonces se pasaban muchas calamidades. Pero luego ya la gente empezó que si a ir bien vestida... Que antes yo me acuerdo, de pequeño, yo iba con mi chaquetilla de lana hecha casera, que entonces se hacía todo casero, no se compraba ni na. Y muchas veces no había ni pantalones. No te digo más. Y no, luego no. Luego ya se veía a la gente con buenas cazadoras, buenos vestidos... Y abrigo totalmente. Y el cuido no era igual. Luego el cuido... ya me contarás. Entonces patatas pa comer y patatas pa desayunar. Los pucheros a la lumbre... Lo que había en el campo. Si se sacaba un carro o dos de patatas, pues pa tol año pa comer. Los pucheros de frejoles, de garbanzos... Lo que había. Y luego no, luego la gente se empezó a dar el lujo de ir a la carnicería y a los supermercados a comprar lo que hacía falta. O sea que lo del consumo dio un vuelco... En eso sí. Que no se termine, claro. Que sigamos pa arriba.” (E. Pedro).

“[...] ya distinto al pueblo, porque cuando eras joven, yo me acuerdo de niña, que venían las de Madrid por la fiesta, cuando venían y eso, y las veías distintas las que estábamos en el pueblo. Vamos, yo era más

pequeña. Era más pequeña, pero la gente mayor, yo me acuerdo: “ay, mira qué guapa”, “¡qué lustre!”, “¡qué guapa!”. Claro, era otra cosa. Otro cambio de vida. No era el campo, ennegrías y... vida de campo. Y de campo como antes, que no había ni coches, no había tractores. Era, pues, las caballerías pa trabajar la finca y todo a mano, todo manual. Se cavaba y pues todo distinto a la ciudad. Así pasaba, claro, que venían con el coche los de Madrid y todo el mundo alucinaba”. (E. Mercedes).

Los emigrantes y los turistas veraneantes contribuyeron a generar deseos en los habitantes del Valle de emular o reproducir el estilo de vida de la gran ciudad. Los consumos ostentosos de la clase trabajadora urbana fraguaron una idea de retraso en la conciencia de una buena parte del campesinado. Los muchachos y las muchachas del Valle empezaron a aceptar como modelos la indumentaria, el lenguaje e incluso el comportamiento de la juventud metropolitana. Hasta entonces las comunidades campesinas estaban orgullosas de sus tradiciones y costumbres. Sus integrantes miraban a los chicos de la capital, de los que se diferenciaban en numerosos aspectos, con una mezcla de asombro y desprecio. Ahora, por el contrario, la juventud alberchana abjuraba de su propio modelo cultural y trataba de asimilarse a los valores materialistas de las clases medias y trabajadoras urbanas, perfilados en el desarrollismo (Alonso, 1994).

El individualismo, la racionalidad y la eficiencia se convirtieron en los valores de la nueva sociedad de consumo. La prosperidad y el aumento generalizado de los recursos disponibles en cada familia (Aglietta, 1979) libraron al poder de ejercer su dominio mediante la fuerza como había sido el caso bajo la primera etapa de la dictadura franquista, la cual nunca pudo controlar todas las mentalidades ni eliminar las resistencias. Bajo Franco, las poblaciones alberchanas continuaban imperturbables y adaptadas a sus costumbres y valores tradicionales: el poder se limitaba a obtener de

ellas la aquiescencia verbal. Por el contrario, en 1970 -un lustro antes de la muerte del dictador-, la adhesión a los modelos impuestos por la nueva cultura del consumo era total e incondicional. Este era el resultado antropológico del *boom* económico de los sesenta que había conducido a España desde el mundo antiguo de la necesidad -con sus propias contradicciones: el terror y el control social pero también sus valores humanistas- a la pasividad ciudadana generada por la opulencia (Vega, 2011).

De “parientes” a vecinos

Durante el decenio de los sesenta y los setenta, casi todos los elementos de la cultura campesina alberchana tradicional quedaron tocados. El turismo residencial, las migraciones interiores y el nuevo e incipiente consumo de masas transformaron por completo la vida de la gente del campo. Desde el punto de vista de sus antecesores, y, si eran hijos de la posguerra, desde el suyo propio, ya no eran pobres. Una existencia menos miserable que la de su infancia pasó a “privatizarse” gracias al acceso a los nuevos medios de masas: la televisión hizo innecesario ir al cine, al estadio o a la plaza de toros, del mismo modo que la telefonía hizo innecesario ir a comadrear con las vecinas en la plaza o en el mercado (Hobsbawm, 2012).

“[...] se vive más independiente, eso sí. Ahí te digo que sí, que no es como antes que se vivía más... No había, pues... En una matanza, todos. Eh... si se tenían que ayudar al campo, pues también, los padres, hijos, hermanos a ayudar unos a otros. En eso sí. Ahora no. Ahora se ve que te quieres, y familia, pero no como antes. Antes era distinto. Más como... No sé, también como no había. Pues también yo creo que es por eso. Ahora cada uno vivimos a nuestro aire. Más... Más independientes. Date cuenta que antiguamente no había tele. No había nada. Pues la gente para pasar la noche, cenaban y en casa de unos amigos. Otros amigos, luego a la casa de otros. ¿Sabes cómo te digo? Que unos pa pasar el rato y hablar y tal, porque no había tele. Y ahora no te dan ganas ni de salir a la calle por las tardes ni por la noche, porque tienes la tele y te entretiene mucho. Y entonces totalmente distintos, vamos. Distinto. Si es que

entonces se ayudaban mucho unos a otros. La gente, sí. Y en el campo si te veías apurá, pues la gente, decías: tengo que terminar porque se está poniendo...a lo mejor de hierba, lo que se sembraba. Y te ayudaban, sí. Y tú luego ayudabas. O sea que era así, era mutuo”.

Mirando al pasado de su localidad, Antonio, el antiguo alcalde de San Juan de la Nava, admite que el uso indiscriminado del televisor ha potenciado el aislamiento de la gente mayor. Este hombre me habla de la nostalgia que sienten muchos de sus convecinos, no de la etapa de la posguerra, sino de la fortaleza y la unidad gracias a las cuales las comunidades campesinas sobrevivieron, de los recursos e informaciones que circulaban de estraperlo, del apoyo mutuo y de las estrategias de supervivencia que les unieron a todos. Cuando los habitantes del Valle progresaron económicamente, tales alianzas dejaron de ser necesarias. El contacto con la prosperidad separó lo que la necesidad había unido.

“¿Amigos? Ahora es muy difícil. Y en la época nuestra más. La gente se ha retorcido más. Ahora hay mucha independencia y no puedes tener mucha confianza con la gente, porque el que menos te piensas... mucha envidia. ¿Sabes que eso ha existido mucho, no? Eso es muy importante. Y gente... Hay mucha gente envidiosa. Si la gente prospera un poco, sabes, se va un poquillo por delante de ti, y tal, la gente coge mucha manía, mucha envidia. Y eso, claro, eso ya, eso distancia a las personas, ¿sabes? Antes es que había más nobleza en la gente. Aunque la gente se pegara, ¿sabes lo que te quiero decir? Se pegaran alguna hostia, pero luego se hacían falta unos a otros, se ayudaban. Había que ir a segar, y había que ayudarse la gente, ir a las fincas, esto y lo otro. Y la gente antes era como más noble, ¿sabes? Estábamos todos más en familia, y más... Cualquier amigo era más familia que ahora hermanos y padres y de todo. Porque entonces “coño, mi pariente tal”. Y eran parientes. No eran ni siquiera ni primos cuartos ni... “Mi pariente tal”, y como si fueran... Y luego eso fue desapareciendo. En el momento que la vida evoluciona, joder, es normal. La vida empieza a evolucionar, y eso cambia rápido totalmente. La gente antes se necesitaba, porque se necesitaban, y porque la gente era más noble. Pero la vida cambia, y ya a nadie le hace falta nada de nadie, ¿entiendes? Normal, eso es normal. En la vida... Eso es el progreso. Eso lo mata el progreso. Y esto (se refiere al dinero). Y eso es malo”.

“[...] yo creo que entonces sí era bastante más solidaria la gente. Esto ha ido cambiando con la llegada aquí de los primeros domingueros, luego los veraneantes, la gente que venía aquí a veranear, los que empezaron a hacerse las casas... Al principio la gente era... muy ignorante. Gente de pueblo y tal, y les daban a todos los que venían por aquí, que venían a veranear los hombres. Venían, alquilaban una casa, y la gente del pueblo, pues a lo mejor estaban viviendo en esa misma casa y les alquilaban una habitación. Y bueno, pues, daban todo: que si tenían manzanas, regalaban manzanas, que si tenían no sé qué, regalaban no sé cuantos. Luego ya la gente se fue ya picardeando un poquito más, porque vieron que no recibían nada por parte de los que venían. Venían de otra zona... Venían de la urbe [se ríe], de la ciudad... Y allí en la ciudad no regala nadie. Yo pienso. Y la gente de los pueblos es que se volcaba mucho con esa gente. Yo recuerdo que si a Chenchó, y a... yo qué sé cómo se llamaba esta gente, pues venían aquí y creían que eran dioses. La gente del pueblo cuando venía así alguno de... fuera y se hacía una casa o un chalet y tal... Luego ya se fue desvirtuando todo. Cuando ya encuentran aquí mucha gente, ya dirían... los de aquí ya espabilaron y dijeron, bueno, si queréis que os hagamos aquí esto, esto Cuesta tanto. Y ya por la cara y eso no...” (E. Javier).

Al igual que Antonio, Pedro, de Navaluenga, asocia el declive de las estructuras comunitarias con el acceso al consumo. Desde su punto de vista, la opulencia y la prodigalidad de algunos navaluenguenses despertaron el resentimiento y las envidias de sus vecinos. Las relaciones se envolvieron de desconfianza y sospecha mutuas. El hecho de que la gente llevara una vida desahogada hizo que la solidaridad intervecinal de antiguamente deviniera prescindible.

“[...] antes colaborábamos más unos con otros y nos veíamos más. Porque mira, las costumbres de antes, yo me acuerdo mi padre y mi abuelo, eh, los domingos iban a misa. Salían de misa y se daban una vuelta por su... tomándose unos vinos por ahí. O bien a sus bodegas o iban al bar, a tomarse un perro de vino, como decía mi abuelo. Y mi padre, le he visto yo con los vecinos, pues muchas noches se iba un vecino allí y charlaban y se bebían una jarra de vino, y tan a gusto, y se charlaba. Pero ahora no hay comunicación unos con otros. Ahora estamos totalmente independientes, cada uno va a lo suyo, porque

nos hemos hecho muy orgullosos, aquí todos tenemos mucho. Aquí nadie... eh... yo soy más que tú y tú a mi no me vas a enseñar nada porque yo me lo sé todo. Ahora somos todos muy independientes. Y eso es malo, lo que te quiero decir. Lo que está pasando ahora es malo. Eso es muy malo. Porque hoy no hay amigos ni hay nada. Hay mucho independentismo, somos muy independientes las personas. Y eso para las personas es muy malo. Y eso lo ha hecho el tener. Tanto consumo y tanta gaita”.

Algo similar opina Juana, de Hoyocasero, quien asocia la mejora del nivel de vida de los alberchanos con el retraimiento de la sociabilidad. Esta octogenaria dice que los contactos en las aceras han disminuido de forma considerable. Anteriormente, los campesinos locales pasaban la mayor parte del tiempo en la calle para huir de la incomodidad de sus casas. Los chiquillos jugueteaban entre ellos y pululaban por la calle libremente a cualquier hora. Los adolescentes bailaban y se cortejaban en las verbenas. Los hombres socializaban en las tabernas. Ahora, dice Juana, cada vez quedan menos bares y comercios abiertos en Hoyocasero: una segunda oleada de despoblamiento amenaza con aniquilar la vida social del municipio (Cantalapiedra (2019).

“[...] la costumbre de los bares se ha perdido mucho también. O sea, hay menos. Aquí hay tres bares. Uno se va a cerrar. Y aquí ha llegao a haber seis o siete bares. Y los domingos, y tal, se llenaban de gente. En cambio ahora... Para ir a echar la partida, la gente tenía que andar lista, para echar la partida. Ahora no. Ahora hay mucha gente que te tiras meses sin verlos. Como no pasen por aquí... Y yo soy de las que doy la vuelta al pueblo muchas noches andando. Me cojo, a pasear por el pueblo, a andar. Y me recorro todo el pueblo y no me encuentro con quien hablar de noche. Nada. O sea, todo el mundo está metido en su casa. Antes se hacía vida en la calle, había muchos críos, jugábamos en la plaza, salíamos corriendo, jugábamos a la liebre. Ahora no ves a ningún crío jugando por ningún sitio. Nada. Ni uno. Hay pocos, pero es que no juegan. Na más que con el móvil: pum, pum, pum... Y claro, cuántos problemas hay a cuenta de los móviles. ¿Cuánto acoso?”

Hace tiempo que la gente joven ha comenzado a emigrar a Madrid en busca de trabajo y oportunidades (González-Leonardo y López-Gay, 2019). Quienes se mudan a la capital son principalmente titulados universitarios, con edades comprendidas entre los 17 y los 26 años. En la actualidad, 4 de cada 10 personas con estudios superiores residen fuera de la provincia abulense. La mayor parte de ellas tienen su domicilio en Madrid, que ejerce como receptora de mano de obra cualificada de las regiones del interior peninsular (Camarero y Sampedro, 2008).

Actualmente, la gran ciudad acapara gran parte de la actividad empresarial y del empleo. Las multinacionales, las entidades financieras y las grandes empresas constructoras y de telecomunicaciones tienen su sede operativa en la capital. La provincia de Madrid, con apenas un 1,6 por 100 del territorio nacional, alberga el 13,6 por 100 de la población (Ivars y Gisbert, 2006). No olvidemos que el desarrollo de la ciudad del Manzanares se dio a costa del vaciamiento poblacional de las provincias agrarias del interior mesetario. La orientación de Madrid hacia el sector terciario requirió que otras regiones económicamente periféricas como Castilla se consagraran a la industria agroalimentaria y ganadera. De esta manera, la meseta castellana se convirtió en el “granero de España” (Carpintero, 2005).

En la actualidad, el 44,6 por ciento de la superficie regional está destinado al cultivo de remolacha y cereales (Carpintero, et. al, 2015). En Ávila, la superficie dedicada al cultivo de pastizales y herbáceos de secano equivale al 91 por 100 del territorio (Carpintero, 2005). Las exportaciones de biomasa y electricidad a la Comunidad de Madrid han acelerado el deterioro ambiental de esta provincia.

Mientras tanto, Ávila funge como centro vacacional de los turistas residenciales procedentes de la capital (Fresno, 2015). El 24 por 100 de las viviendas secundarias de esta provincia permanecen desocupadas la mayor parte del año (INE, 2011). En algunos pueblos ya hay más casas que personas. En total, 189 municipios no llegan a tener un habitante por inmueble residencial (Zuil, 2018).

Todos estos cambios han convertido al campo abulense en un lugar hostil para quienes lo habitan. Las personas entrevistadas sienten que sus redes de apoyo se han visto debilitadas por estas transformaciones. La nostalgia de un pasado campesino que en muchos aspectos fue muy duro pero que en el recuerdo resulta mejor, moral y socialmente, es muy frecuente (Simpson, 2008). Las generaciones nacidas en el decenio de 1960 deploran la supuesta pobreza relacional del presente y añoran la vitalidad y la solidaridad comunitaria de antaño (Béjar 1981; Maffesoli, 1996, 2004).

A pesar de todos los cambios que han experimentado las pautas de sociabilidad en el medio rural abulense, algunas instituciones y espacios comunitarios sobreviven en la actualidad. Veámoslo en el siguiente apartado.

PARTE III: CAMBIOS Y PERMANENCIAS EN LAS PAUTAS DE SOCIABILIDAD LOCAL



El fluctuante sentimiento de comunidad de los pueblos y aldeas alberchanos

“Y empecé a darme cuenta, entonces, de que ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y el riachuelo y el soto eran siempre los mismos, mientras las pilas de ladrillo y los bloques de cemento y las montañas de piedra cambiaban cada día y con los años no restaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro”

Miguel Delibes¹².

Introducción

A lo largo de este apartado quisiera indagar en las relaciones que vinculan a los moradores del Valle con el objeto de mostrar los denominadores comunes de la sociabilidad local. Soy consciente de que este es un tema complejo, por lo que solo aspiro a proporcionar un cuadro de conjunto de la amplia trama de redes que une a la gente, a las familias, a todos los grupos sociales que habitan en estas tierras. La finalidad principal de dicho apartado es la de analizar e identificar diferentes formas de comunidad, organizadas y casuales. Para ello se realiza un estudio desde abajo del funcionamiento cotidiano de los municipios de la comarca alberchana. Las materias que se abordan son cuatro: el chismorreio, el aire familiar que impregna las relaciones sociales y laborales, los rasgos del entramado asociativo y la vigencia del clientelismo electoral. Para recorrer este hilo de cosas, me he valido de una serie de situaciones tomadas de mis propias observaciones de campo.

¹² Miguel Delibes (2010), *Viejas historias de Castilla la Vieja*.

Contacto y espacios de encuentro

Se afirma a menudo que la cultura tradicional del medio rural ha perecido por el efecto combinado del urbanismo expansivo de los cincuenta, la mejora del nivel de vida, las migraciones interiores de las poblaciones campesinas depauperadas y la consiguiente escasez de mano de obra en las zonas agrarias (Atance, Gómez-Limón y Barreiro, 2006; Berkeley, 2005). Es verdad, el mundo rural actual no tiene nada que ver con la realidad campesina del siglo pasado. Toda la evidencia disponible indica que estos cambios trascendentales han alterado radicalmente la vida cotidiana de las gentes de pueblo (algo de lo que ya hemos hablado someramente en el punto anterior). Pero de ello no se sigue que el abigarrado entramado de interdependencias y solidaridades de la cultura rural peninsular haya sido pulverizado por el avance del proceso modernizador de la democracia de mercado (Hofstede, 2001). Ni tampoco se desprende que las clientelas caciquiles y las relaciones de patronazgo se hayan perdido en la noche de los tiempos a causa de estas transformaciones.

Los pocos estudios que han analizado los procesos de cambio y continuidad de las pautas de sociabilidad en los medios rurales vienen a corroborar que en muchos municipios intermedios sigue habiendo una gran vitalidad social (Pena-López y Sánchez-Santos, 2018; González y Moyano, 2007). El retrato habitual de los pueblos de la meseta castellana los presenta como lugares desiertos, pero algunos autores como Hofstede (1991) o Gilmore (1994) se muestran de acuerdo en caracterizarlos como espacios con una densa y funcional red de relaciones.

Las localidades rurales alberchanas gozan de una vida social informal relativamente intensa, centrada en las iglesias, en las puertas de las casas y en los comercios. En general sus calles rebosan vida con gente charlando animadamente en los bares o

comprando en las tiendas de primera necesidad. En todas partes encontramos a los vecinos paseando o vemos a grupos de conversadores ociosos sentados en los bancos de las calles.

Evidentemente hay grandes diferencias entre unos municipios y otros. No es lo mismo vivir en un pueblo perdido, con un vecindario que no llega a las 1000 personas en invierno, donde todo el mundo se conoce, que en una localidad de cinco o diez mil habitantes, donde en general escasean el contacto y la ayuda entre vecinos. Cada lugar tiene su propia red de relaciones marcadas por la densidad y el perfil de las poblaciones que lo habitan.

Las relaciones personales y de vecindad se caracterizan por la hibridez entre lo moderno y lo tradicional, entre el anhelo de independencia individual y cualquier forma corriente de solidaridad y apoyo mutuo. La vida social de muchos pueblos alberchanos no ha cambiado significativamente respecto a tiempos idos (González Canalejo, 2011). Algunas instituciones de corte comunitario que provienen del pasado han sobrevivido hasta hoy (Viana y Tomé, 2007). Los originarios de estos pueblos han continuado, en mayor o menor medida, con sus pautas de sociabilidad, con su manera de entender el mundo, aprendida en sus municipios de origen.

Uno de los factores que ha estado operando a favor de la estabilidad en el comportamiento de los habitantes de la comarca alberchana es la permanencia y el arraigo territorial (Viana, 2013; Bañales, 2002). Por lo general, las personas de edad que han nacido y crecido en la misma localidad no han abandonado las antiguas formas de sociabilidad informal. Son gentes como Felipe, un tendero que conoce bien el campo alberchano, y aunque habla de su Navalosa natal, sus observaciones se aplican igualmente a muchos otros municipios rurales de nuestro territorio de estudio.

Navalosa es un pueblo de unos trescientos veinte habitantes, aproximadamente. En esta localidad todo el mundo conoce a Felipe porque todos los moradores pasan habitualmente por su tienda de ultramarinos. Este establecimiento constituye un gran foro de conversaciones donde los clientes confrontan sus opiniones, comparten sus malestares e intercambian noticias e informaciones de todo tipo. Son en su mayor parte ancianos jubilados, amas de casa de familias populares y trabajadores del municipio a los que el tendero conoce de toda la vida porque son gente a la que se encuentra regularmente en la calle, o con la que fue a la escuela, o con la que comparte incluso lazos de sangre o de amistad. Sus caras son familiares para Felipe y su presencia le recuerda que las gentes de Navalosa siguen siendo las mismas, a pesar de los constantes cambios habidos en la localidad desde la segunda mitad del siglo pasado.

“[...] aquí, pues tú verás, los mismos de siempre, los que llevamos aquí to la vida. Ya te conoces. Te ves en to los laos. Sabes de este, del otro, del de más allá. To la vida juntos, muchos aquí pared con pared, pues tú verás” (E. Cesario).

La tienda de Felipe pone en contacto a diferentes tipos de personas, ocupadas en oficios similares, que viven de un modo muy parecido y a escasa distancia. Son en general gentes trabajadoras que se cruzan en la calle, se ven en la iglesia, coinciden en el campo o ante la puerta de sus casas. Estos encuentros no suscitan siempre sentimientos de felicidad. A veces ocurre lo contrario, que nacen envidias, recelos y enemistades entre vecinos, las cuales se dan asimismo entre municipios contiguos, muy parecidos socialmente, que mantienen una rivalidad secular (Kenny y Knipmeyer, 1991). Son innumerables los ejemplos a este respecto. Por todas partes encontramos disputas entre pueblos vecinos de la comarca. La convivencia entre ellos es fluida, pero hay un cierto resquemor entre sus moradores habituales, una animosidad hecha de

estereotipos y prejuicios calumniosos que se remontan a tiempos antiguos (Viana, 2010). Una vecindad recelosa y mordaz que contribuye a demarcar las diferencias entre los habitantes de un sitio y de otro (Moltó y Hernández, 2004).

“[...] eso siempre ha existido, ¿no? Ese pique, esa cosa de que los de Navalosa somos mejores que los de Hoyocasero, o los de Navaluenga sois mejores que los de Burgohondo. Eso siempre ha sido así, yo creo. Y es una tontería, pero está, está. Y lo ves en la gente” (E. Felipe).

Felipe cuenta que los serranos tienen en general poca privacidad. La habitual presencia de gente en la calle a diferentes horas hace que nada ni nadie pueda escapar de los rumores, los infundios y las difamaciones (Muñoz, 1995; Bernstein, 1971). Todo el mundo conoce los asuntos de todo el mundo. Sabe el nombre y apellidos de todos los moradores, la edad, el estado civil, el lugar donde trabajan, el salario que perciben e incluso los gustos y aficiones que tienen.

“[...] esto es un pueblo. Entonces aquí la gente siempre va a saber todo. Hasta el color de los calzoncillos, como yo digo. Se tiene menos intimidad. Haces algo y enseguida se sabe, en seguida la gente se entera de todo” (E. María).

Alguna gente disfruta mirando a los paseantes ociosos que caminan por las aceras, contemplando a las motocicletas y los coches que circulan por las calles, contemplando las constantes idas y venidas de las amas de casa y los trabajadores locales. Para todos estos viandantes, el sentido de la privacidad ha sido parcialmente violado. Las intimidades y las cuentas personales de cada uno de los pobladores de esta localidad alberchana son conocidas por todo el vecindario. Para autoprotegerse, algunas personas se retraen de mantener relaciones de confianza con sus paisanos, pues temen que estos les cojan envidia y difundan luego un rumor malintencionado sobre ellos (Brehm y

Brehm, 1981). Solo en casos muy puntuales, el temor a las maledicencias supera la necesidad de apoyo vecinal.

Este proceso de constante control se da frecuentemente en municipios rurales escasamente poblados, donde las amenidades son nulas, y donde la gente depende en gran manera de sus parientes y paisanos para su actividad diaria (Varela, 2021; Fernández, Augusto, Páez y Iglesias, 2001; Gilmore, 1994). En sus estudios sobre la vida rural malaya, James C. Scott (2018) sugiere que las gentes del agro manejan perfectamente las apariencias en las relaciones con sus vecinos. No se puede generalizar, pero lo que me ha permitido comprobar mi trabajo de campo es que los alberchanos no siempre dicen lo que piensan: a veces prefieren fingir respeto o amabilidad para tener relaciones tranquilas con el vecindario. Las actuaciones de la gente que habita en estas tierras van encaminadas a mantener las apariencias predominantes a nivel local. Se trata, en definitiva, de ofrecer una falsa imagen de uno para ocultar o camuflar todo aquello que pueda perturbar la convivencia vecinal (Pred, 1984).

En los testimonios de algunos entrevistados aparece de forma recurrente la necesidad de aparentar:

“[...] esta cosa de tener que aparentar siempre. Porque a ti te pasa algo malo y eso a la gente le da gusto ¿sabes? A la gente le gusta hablar de las desgracias de los demás. Ir con el chisme a la otra, a la otra y a la otra, en cuanto pueden ¿sabes? Es que parece que les gusta. Entonces, claro, cuando te ocurre algo malo, lo que sea, pues hay que tratar de disimular un poco, aunque la mitad de las veces pa na” (E. Mateo).

Este es el ambiente habitual en los entornos rurales donde la frontera entre el mundo de la comunidad y de la intimidad se ha difuminado por completo.

En una de las conversaciones de cierta hondura que mantuve con Felipe, mi interlocutor me contaba que las gentes del municipio regulan sus conductas de acuerdo con las normas y obligaciones impuestas por el propio vecindario. Los ojos de los mirones vigilan continuamente el movimiento de la calle para censurar o inhibir cualquier gesto o comentario fuera de lugar. Por lo tanto, no sorprende que, dadas las presiones ejercidas desde la vecindad, los hombres y mujeres que viven en esta localidad utilicen un discurso oculto que en general solo comparten con parientes y amigos cercanos (Guha, 1983). Antes que hablar con autenticidad, los oriundos prefieren ocultar sus pensamientos y opiniones ante los conocidos por miedo a las sanciones morales que estos puedan imponerles (Scott, 1997).

Si en la calle normalmente se saluda a los vecinos con respeto, a sus espaldas se les ridiculiza y se les critica abundantemente. En algunos casos, esos saludos ocultan deliberadamente un sentimiento de desprecio o rivalidad (Khare, 1984).

Guardar silencio: la vigencia del clientelismo político

En el medio rural alberchano, los poderes locales son un agente de control de primer orden. En parte ello se debe a las redes clientelares que dominan el mundo del trabajo. En distintos municipios de la comarca, los ediles dan empleo a numerosos paisanos a cambio de su voto. Las corporaciones municipales amparan a sus subordinados, les proporcionan toda clase de servicios, desde un permiso de obra hasta el asfaltado de una calle; la clientela, a cambio, les garantiza su total obediencia. Los representantes de los ayuntamientos han formado sus clientelas laborales entre empresarios del sector inmobiliario, trabajadores de las empresas de negocio al por menor, jubilados y

desempleados. Todos ellos sirven de diferentes maneras a los intereses de los patronos para mantener su negocio o su empleo.

“[...] aquí pa tener o pa mantener lo tuyo hay que estar a buenas con los del ayuntamiento, Que no estás a buenas, que tienes líos con ellos, que si política, que si hostias, ya se jodió. Ya entonces se jodió. Ya ni trabajo ni buen rollo con los vecinos, ni nada. O con ellos, o nada” (E. Demetrio).

Estas redes clientelares se nutren en gran medida de las adhesiones locales a la dictadura franquista que luego alimentaron el crecimiento imparable de la UCD castellana a mediados de los setenta (Barrio Aliste, 2013). Se trata de relaciones de intercambio que parten desde las autoridades locales y se anudan en los encuentros tras bambalinas de alcaldes y concejales con sus devotos (Luzón, 2007). En comidas en bares y restaurantes, en reuniones de partido, en charlas a puerta cerrada en el consistorio local, se adjudican licencias y contratos y se toman decisiones de enorme importancia sobre cuestiones de orden sociolaboral.

El patronazgo de los ayuntamientos trae consigo la discrecionalidad personal y fomenta el aplastamiento de la disidencia (Stinchcombe, 1991; Mintz y Wolf, 1974). En muchos casos, los partidos gubernamentales alteran las elecciones municipales para que el resultado no les sea desfavorable. Durante las citas electorales, alcaldes y ediles de los pueblos de la comarca hacen rutas, puerta por puerta, solicitando el voto a sus vecinos. Esta es una forma de presionar directamente a los electores que ayuda a comprender, al menos hasta cierto punto, la estabilidad del poder en los medios rurales del interior peninsular.

“[...] pues, mira, te voy a decir. En el año 78 fue. El día antes de las elecciones, echaron un reportaje en Televisión Española haciendo el entierro del cacique. Hicieron el entierro del cacique. Salió la caja y todo, iban todos al entierro, diciendo que ya no había caciques, que había muerto el cacique. Pero es que

al día siguiente fue las elecciones generales... Yo no sé si el cacique estaba preñado o qué estaba, que aquí en este pueblo había miles de caciques. En este pueblo había mil caciques y seguían haciendo lo que habían hecho siempre: na más que meter miedo y miedo y miedo. Y así llevamos toda la vida. Yo no he conocido otra cosa, vamos” (E. Emilio).

En esta zona, la paz social se consigue a cambio de un completo silencio en lo referente a las maniobras de los caciques. Claro que alguna gente le habla de frente al poder, pero son excepciones. En general, las familias contemplan en silencio los abusos de la camarilla de alcaldes que gobiernan con mano de hierro en esta comarca; algunas de ellas -muy pocas- se enfrentan al dilema de denunciar el chantajismo laboral, o llevarse bien con los poderosos para no quedar aisladas.

Los paisanos que trabajan para el municipio rara vez comparten abiertamente sus opiniones sobre el gobierno. Tampoco la gente mayor se atreve a criticar directamente los tejemanejes del caciquismo local. Nadie manifiesta su desacuerdo con los patronos por miedo a posibles represalias.

Si bien hay una disparidad entre lo que se dice frente a los caciques y lo que se dice a sus espaldas. En la relativa intimidad del hogar, los habitantes de los municipios alberchanos manifiestan su descontento, sus ideas disidentes, todo lo cual se oculta en presencia de los poderosos. Este discurso se compone de infinidad de gestos y conversaciones que confirman o contradicen lo que aparece en las situaciones ajenas a las relaciones de poder caciquil (Scott, 2018). Normalmente estas conversaciones se mantienen en lugares cerrados: en las casas y los edificios, en las comidas y reuniones de amigos, en los encuentros con parientes y conocidos y en numerosos espacios aislados donde la mirada vigilante del poder no puede penetrar.

En este ambiente de secretismo, un investigador siempre es mirado con sospecha. Habitualmente su presencia en la calle despierta recelos. Nadie duda de sus buenas intenciones, pero todo el mundo le observa con una mezcla de sorpresa y de temor, porque saben que si uno contesta a sus preguntas puede tener un problema con los detentadores del poder local. Para aplacar las suspicacias iniciales, es necesario ganar la confianza de los informantes. En mi caso, tuve la suerte de llegar a los pueblos alberchanos avalado por el apoyo de amigos, parientes y conocidos que habitan de manera continuada en estas poblaciones y me allanaron el terreno con una naturalidad envidiable. Esto me ha ayudado a elegir una muestra representativa de la sociedad rural abulense con la que he podido crear un ambiente de confianza desde el primer contacto inicial. Gracias a mis redes personales, he podido asomarme tras bambalinas para conocer de primera mano algunos de los componentes socioculturales del caciquismo rural. Sin embargo, cuando he realizado entrevistas sin que un amigo o conocido me presentara previamente al interlocutor, me ha sido muy complicado romper el manto de silencio que los caciques han impuesto en esta comarca.

El patronazgo es un sistema de relaciones complejo que condiciona la vida de muchos habitantes rurales (Clapham, 1982). Un modelo de conducta, a medio camino entre la anuencia, el disimulo y la prudencia, que inhibe el compromiso. El efecto desmovilizador de este sistema de gobierno se hace sentir en el ocultamiento del voto, en la pasividad hacia los asuntos colectivos y en el desapego popular hacia las instituciones gubernamentales, percibidas como una camarilla de amigos y conocidos que se reparten el poder y los recursos locales (Gómez y González, 1999).

“[...] aquí la cosa ha funcionado a base de caciques. Mira, el año pasado, fui yo al ayuntamiento, a hablar con este, con el alcalde. Y me dijo: “cuidao con lo mal que me quieres y tenga yo que...” Porque al

final es eso, si tú no eres de los de su cuerda, de los su grupo de amiguets, ya no hay favores ni hay nada. Hay sonrisas, hay buenas palabras y punto” (E. Francisco).

Algunos autores (Linz, 1980) consideran que el caciquismo ha sido superado por las nuevas condiciones de la sociedad rural peninsular. Este punto de vista confunde el cambio de las estructuras macro con las alteraciones de las pautas de sociabilidad y las relaciones de poder a nivel micro. Lejos de estar completamente subordinado a la coyuntura, el mundo rural alberchano tiene unas formas propias de sociabilidad informal que permanecen inalterables. El peso de una ruralidad introvertida y el relativo aislamiento de los municipios montanos de las principales corrientes culturales alternativas y contestatarias hacen de la sociedad alberchana en general un espacio impermeable al principio de equidad (González de Molina, 2011). Junto a esto, el medio rural alberchano presenta una amplia variedad de perfiles sociolaborales con propietarios de negocio al por menor y empresarios independientes del ladrillo cuyas contratas dependen del ayuntamiento, que son especialmente vulnerables a las coacciones de los poderosos. Atendiendo a estas condiciones materiales se puede entender en cierta medida que el caciquismo de esta comarca haya sobrevivido hasta hoy (Sanz, 1998).

La sombra del poder: política de clientelas y sociedad civil

En lo que se refiere a la manera en que el poder caciquil amplía sus adhesiones entre la sociedad civil, los elementos que se emplean son muy variados, intervienen en distintas escalas y conforman una red institucional con capacidad para penetrar capilarmente en el tejido social (Abbers, 1998). Esta red la integran actores tan distintos

como grupos parroquiales, congregaciones religiosas, patronatos y hermandades, clubs deportivos, bandas y coros, y, por supuesto, las distintas organizaciones locales. Actualmente hay 19 asociaciones en activo a nivel provincial, todas ellas lideradas por hombres y mujeres independientes de mediana edad que dedican las horas de ocio a realizar actividades puntuales para las poblaciones locales (Plan de Zona Rural, 2015). En algunos casos, esas actividades les han ayudado a ganar popularidad y reconocimiento entre sus vecinos.

Las gentes de las localidades alberchanas cuentan que las cabezas de algunas agrupaciones emplean su capacidad de influencia para canalizar la voluntad de los socios hacia las candidaturas de los partidos que gobiernan con absoluto control desde mediados de los setenta. Los presidentes de estos grupos cumplen el papel de intermediarios entre los caciques y las capas activas de la sociedad alberchana, de prohombres que tienen cierto poder y que prestan favores en su entorno inmediato en el cual cuentan con un notable apoyo (Scott, 1976). Muchos de ellos han constituido una red de encuentro a su alrededor que tiene la capacidad de movilizar diferentes recursos y organizar todo tipo de actividades comunitarias subvencionadas por el ayuntamiento: fiestas locales, comidas populares, charlas, talleres y salidas culturales.

“[...] aquí, por ejemplo, con la asociación de amas de casa, por ponerte un ejemplo, eh, pues han hecho lo que les ha dado la gana. Eso ha sido una máquina de captar votos, ¿sabes lo que te quiero decir? Organizan todo, que si fiestas, que si comidas, todo. De lo poco que hay en el pueblo, pues lo hacen ellas. Y al final la gente es de estómago agradecido, porque si te dan el trabajo y luego encima te montan la fiestecita, o lo que sea, pues la gente no es tonta” (E. José Manuel).

Los representantes de estas organizaciones son personas asimilables a las capas medias tradicionales de la sociedad gredense que mantienen muy buenas relaciones con

los representantes del poder local. Son por lo general maestros, sacerdotes, veterinarios o similares. Cada uno de ellos asume un papel de liderazgo fundamental en su localidad, aunque lo habitual es que, en el proceso organizativo, tales figuras solo acaben hablando con los alcaldes para conseguir sus favores. Las gentes del lugar cuentan que los presidentes de las asociaciones locales tienen dificultades para encontrar seguidores. Todo parece degenerar en micro comunidades que comparten las mismas ideas y se mueven en los mismos ambientes.

“[...] en estos rollos siempre están los cuatro o las cuatro de siempre. Muy amiguitos todos. Es gente del pueblo de toda la vida, y ellos se lo guisan y ellos se lo comen, ¿me entiendes? Montan cualquier cosa y sí, es pa tol pueblo, lo que tú quieras. Pero al final siempre están ellos llevando la batuta y organizando todo, todo” (E. Mateo).

El movimiento asociativo rural crea una urdimbre de relaciones densas y estables. Dado que parte de estas relaciones ya se han anudado con anterioridad, los participantes normalmente no tienen problema en interactuar con el resto de miembros del grupo. El hecho de que estos se conozcan acaba componiendo un sistema medianamente cerrado. Hay en todas estas organizaciones un entramado de relaciones consolidado que limita enormemente la entrada de nuevos socios.

El papel de las asociaciones en las dinámicas de desarrollo local

Evidentemente, hay profundas diferencias entre los modelos de capital relacional¹³ que crean unas entidades y otras. No es lo mismo que los miembros de una comunidad se asocien voluntariamente para dar fiestas o comidas, celebrar eventos deportivos o ceremonias religiosas, fundar grupos de lectura o defender el patrimonio cultural, a que se unan para participar en un sistema comunal de riego, poner en marcha una empresa cooperativa o formar una agencia patronal o un sindicato (Moyano, 2008; Herreros, 2001; Becker, 1962). Aunque todas estas instituciones emanan en parte de la confianza general, cada una de ellas propicia distintos tipos de capital relacional. En unos casos, el sector asociativo organiza actividades de todo tipo para ocupar los ratos de ocio de las vecindades rurales, en otros las iniciativas populares luchan por preservar las tradiciones religiosas locales. Los sindicatos y las cooperativas por su parte son asociaciones voluntarias formadas en la sociedad civil al objeto de democratizar el mundo empresarial de forma que los trabajadores participen directamente en las actividades de gobierno de las corporaciones.

Al margen del tipo de capital relacional que producen, todos esos colectivos tienen cierto potencial para contribuir al desarrollo de los medios rurales, aunque en proporciones variables (Moyano, 2001). Si bien es cierto que algunos procesos exitosos de desarrollo comunitario local han empleado el tejido asociativo para impulsar el emprendimiento laboral, no es menos cierto que estas agrupaciones sociales tienen en general una utilidad muy limitada a la hora de poner en marcha programas de desarrollo rural por cuanto hacen que la gente invierta su tiempo en organizar actividades

¹³ Entiendo por capital relacional los recursos intangibles que permiten a organizaciones y grupos secundarios la obtención de beneficios en virtud de unas relaciones basadas en el compromiso y la confianza mutua (Moyano y Garrido, 2003; Woolcock, 2000).

recreativas, culturales y religiosas, donde normalmente no tienen cabida los fines mercantiles (Moyano 2002, 2005). A menudo el capital relacional que producen estas instituciones no ayuda a fomentar el desarrollo de los entornos rurales. Que la gente que participa en ellas mantenga un firme compromiso con su comunidad puede ser inicialmente un factor positivo -en tanto que fomenta la responsabilidad social y el conocimiento mutuo-, pero con el tiempo esa red de lealtades puede convertirse en un factor de rigidez que impida a dicha comunidad dar un salto adelante en su desarrollo (Moyano y Garrido, 2003). Mientras que estos colectivos pueden proporcionar un espacio para el encuentro y la socialidad, no parecen un medio adecuado para generar el tipo de capital relacional que se necesita para impulsar proyectos productivos a nivel local.

Las asociaciones de este tipo ponen en valor las fiestas religiosas y el patrimonio cultural de los municipios alberchanos y sirven para reunir a sus habitantes en torno a una serie de rituales y actividades que definen en parte la identidad local (Cátedra, 2012). En general son actividades destinadas a compartir estrechamente, como bailes populares (los famosos rondones), concursos, juegos infantiles, procesiones y comidas. Aunque las celebraciones hacen aflorar un ambiente de comunidad, los alberchanos son como son y solo acaban charlando con sus amigos de siempre. En tales situaciones no hay vida social propiamente dicha, hay diferentes grados de *vida privada ampliada* (Jacobs, 2011).

Cada una de estas entidades locales se compone de distintos tipos de miembros unidos por toda clase de afinidades e intereses comunes. Quienes participan en ellas son principalmente mujeres de origen humilde -amas de casa y viudas pensionistas-, muchas de las cuales pasan de la sesentena. La presencia de menores de cuarenta es minoritaria, aunque he conocido a algunas de esa edad. No puedo dar cifras, pero las entidades que

concentran mayor volumen de socios permanentes son las hermandades, las comunidades de regantes y las asociaciones de amas de casa. En muchas localidades, algunos de los principales focos de cultura y religiosidad se hallan en manos de mujeres con una gran sensibilidad social. Las asociaciones agrarias suelen estar compuestas por ancianos pensionistas que dedican las horas libres a la crianza de animales y al cultivo de parcelas de entretenimiento. La mayor parte de los miembros de estas agrupaciones, por no decir todos, han nacido y se han criado en las mismas calles, han estudiado en las mismas escuelas, frecuentan los mismos bares, animan a los mismos clubes deportivos y, en algunos casos, mantienen grandes amistades (Cabezas, 2000).

Las mujeres rurales de mediana edad suelen trabar amistad en torno a grupos informales de aficiones, talleres y salidas para caminar, correr o andar en bicicleta. Habitualmente se animan unas a otras a participar en las distintas actividades que organizan las parroquias y las asociaciones de amas de casa. Hacer un esfuerzo para asistir a esos eventos no es una minucia para las mujeres con familias. Si para los hombres es complicado tener tiempo libre para tomar parte activa en los asuntos comunitarios, para ellas es imposible. A menudo las labores del hogar y el cuidado de los hijos y familiares ancianos o dependientes dificultan enormemente la asistencia a las actividades festivas locales.

“[...] pues yo, mira, no te voy a mentir. A mí me gustaría participar más en las cuatro cosillas que hay, porque no hay mucho. Pero en lo poco que hay sí que lo pienso, que me gustaría estar. Porque al final, quieras o no, vives aquí y está bien echar una manilla de vez en cuando. Pero es que no tengo tiempo. Entre unas cosas y otras, no te da tiempo a nada. Va una a mil por hora. Pero vamos, yo y todas, eh. Que hablas con cualquiera y te lo dice igual que yo, que no tiene tiempo de na” (E. Julia).

Uniformidad y monotonía cultural

Las asociaciones de mujeres y los centros parroquiales festejan numerosos eventos, desde actuaciones de bandas musicales hasta comidas de hermandad o meriendas comunitarias en honor a las distintas patronas de los municipios alberchanos. Estas celebraciones tienen ciertas resonancias campesinas derivadas del uso agropecuario de estas tierras (Sabe Andreu, 2000; Cabezas, 2000). Normalmente, las organizadoras de estas fiestas son las cabezas del sector asociativo, que cuentan con el apoyo del gobierno regional y de los ayuntamientos, aparte de algunos comerciantes y hosteleros. Por lo menos la mitad de estos eventos comunitarios se celebran durante los meses de verano, coincidiendo con la llegada masiva de los veraneantes a sus segundas residencias rurales (Arévalo y Cerezo, 1996).

“[...] esto, o un día se queda abandonao o va a ser na más que cosas de verano: que vengan aquí a vivir, porque tienen to las casas de verano, ¿sabes? Si no por otra cosa... Pues na. Y luego la juventud viene... Los gusta cuando las fiestas, eso sí vienen, pero luego ya no...” (E. Mateo).

Cuando las temperaturas serranas se vuelven secas y calurosas, miles de familias modestas y visitantes de todo tipo llegan hasta estos municipios procedentes de los barrios obreros y de las afueras de Madrid y estimulan, sea temporalmente, la vivacidad de estos lugares. Es una gran masa de gentes para un territorio semirural que depende de quienes vuelven una y otra vez de la capital para mantenerse a flote. Durante las vacaciones estivales, estos paisanos representan una enorme demanda diaria de bienes alimentarios y posibilidades de esparcimiento.

Sin embargo, no todas las localidades alberchanas presentan la misma capacidad para procurar una agenda de actos y servicios culturales proporcional a la demanda. En

tiempos hubo en la comarca unas pocas salas de cine, pero en el crudo invierno abulense solo las menguantes poblaciones locales ocupaban las butacas y al final bajaron la persiana. Eran las salas situadas en los municipios rurales de predominio residencial y, en concreto, el Cine Rueda, enclavado en Navaluenga, uno de los lugares de entretenimiento de la gente del lugar. Por aquel entonces, los habitantes de Navaluenga estaban encantados con ese pasatiempo. Empero para sus propietarios -una acaudalada familia de terratenientes hoy venida a menos-, el cine era un negocio ruinoso. En primer lugar porque buena parte de las localidades que circundaban el municipio se vaciaban a un ritmo acelerado y las recaudaciones se desplomaban. Por otro lado los oriundos ya no iban al cine con tanta frecuencia ni tampoco esperaban con tanta ansia el estreno de las cintas. Fue entonces cuando las salas rurales se convirtieron en un recuerdo del pasado para muchos habitantes de la comarca.

Fuerzas de decadencia: carencia o escasez de servicios

Hoy hay en estos municipios menos formas de ocio popular que antes, si contamos los espacios deliberadamente creados para entretener a la gente corriente (Moyano, 2000). Por supuesto en los pueblos perdidos de la sierra no encontramos bibliotecas, centros culturales, ludotecas ni salas de lectura. Estas localidades llevan tiempo atrapadas en una espiral de decadencia. En general no resultan demasiado atractivas debido a su muy reducida oferta cultural y a su escasa densidad comercial. Para muchos urbanitas, estos lugares representan la senilidad que se abate sobre un territorio pobre y agotado en el que los negocios a duras penas se sostienen o desaparecen con el tiempo. Son, en definitiva, los entornos rurales absorbidos por la gran ciudad, que han asistido, impotentes, al desmantelamiento de una parte sustancial de su modelo productivo en un

plazo de medio siglo. El desolador ambiente de estos espacios aburre mortalmente a sus moradores porque, como dice Jacobs, “lo moribundo es aburrido” (2011: 129).

“[...] no ves que casi todos los que vivimos aquí somos mayores, y las hijas pues están trabajando en Madrid, y claro, un bar, una tienda, o lo que sea, pues necesita... Y al final no queda na, y tú verás, pues ¿qué te queda? Ver un poquillo la tele y aburrido que se pasa uno el día, la mitad de las veces” (E. Cesario).

De esta forma, mientras las cabeceras de comarca y las ciudades de provincia han acaparado buena parte de los servicios y del empleo, las localidades serranas se han convertido en desiertos comerciales y culturales. Ello obliga a la gente del lugar a coger el coche para hacer la compra en los grandes supermercados (Cardon, 2009). En la comarca, apenas hay autobuses que comuniquen los pueblos con la capital abulense. Algunos estudios (Camarero, et. al., 2009) han puesto de manifiesto que cerca de la mitad de los ancianos de esta provincia no disponen de un coche propio y por tanto dependen de la ayuda puntual de sus familiares o de sus vecinos y ocasionalmente de conocidos y amigos.

En pueblos intermedios como Burgohondo, alguna gente ha creado recientemente grupos para compartir coche y economizar combustible. En lugares remotos como Navaquesera, la llegada de las bajas temperaturas en invierno hace que los mayores se dispersen. Buena parte de ellos se trasladan a Madrid poco antes de Navidad para reunirse con sus familias distantes.

“[...] en cuanto viene un poco el frío, tos corriendo se van pa Madrid. Vienen los hijos y se los llevan pa allá. Porque, claro, aquí en cuanto hiela un poco, ya no hay nadie por la calle a ninguna hora. Y expuesto a caerte, o a cualquier cosa, y a ver a quién llamas luego” (E. Rumana).

En casos de necesidad, no es raro que la gente preste su coche a un pariente o un amigo cercano. En general se trata de todoterrenos y camionetas totalmente machacadas que llevan decenios circulando por caminos en mal estado y carreteras secundarias con el pavimento agrietado. Estos viejos cacharos requieren infinidad de reparaciones, por lo que habitualmente las llaves se mueven de mano en mano entre amigos y conocidos.

“[...] yo he llegado a prestar mi coche, el que coche ese que has visto ahí en la puerta al entrar, a gente conocida. Y sé de gente que también lo ha hecho por aquí, porque pa cualquier cosa le hace falta a alguien y tú a lo mejor lo tienes ahí medio muerto de risa. Y es un poco hoy por ti mañana por mí, no sé si me entiendes. Que igual hoy yo te dejo a ti el coche, o lo que sea, y tú otro día, pues me ayudas con el seto o me das unas lechugas, yo qué sé. Eso por aquí se hace mucho” (E. Wenceslao).

Droga. Los cuerpos que no aguantan

En algunas de mis salidas de campo, me he topado con grupitos de gente ociosa arremolinados ante la puerta de un garaje a pie de calle. Normalmente son ancianos, con todo el tiempo del mundo, algunos parados de mediana edad que enlazan empleos transitorios y enjambres de chiquillos a bordo de sus ciclomotores o de sus furgonetas de carga, que matan el tiempo deambulando de un lado a otro sin un destino claro. El ambiente es sociable, pero los semblantes de estos hombres revelan un aburrimiento mortal. A menudo sus encuentros en los garajes y talleres de reparaciones se alargan durante toda la jornada. Continuamente se forman corrillos de conversadores. Algunos ya mayores presentan un aspecto bastante descuidado, con chaquetas acolchadas, botas viejas y pantalones de faena. Otros sujetan en la mano una lata de cerveza de medio litro y un cigarro mientras discuten de caza con los habituales del taller. Los parroquianos saludan a los paseantes que, ocasionalmente, se entrometen en sus conversaciones.

Quienes frecuentan estos lugares trabajan de manera estacional en los bares, restaurantes y negocios minoristas de las localidades del valle. La gente de los pueblos alberchanos comenta que algunos recurren al menudeo de droga para completar sus mediocres ingresos. De tanto en tanto, los diarios provinciales dan algunas noticias sobre el tema¹⁴. En El Barraco y sus alrededores, mientras el empleo se estanca y los salarios apenas alcanzan para llegar a fin de mes, la superficie destinada al cultivo de marihuana en las estribaciones de la sierra y la venta de todo tipo de estupefacientes no paran de aumentar. Aunque, a decir verdad, es relativamente inusual que los paisanos se pronuncien sobre un tema tan delicado (y si lo hacen, lo corriente es que midan cuidadosamente sus palabras y sus gestos). Las evasivas a este respecto son un modelo de comportamiento con el que me he topado a menudo en las entrevistas. La gente calla aunque sepa muchas cosas.

“[...] aquí todo el mundo sabe que hay quien hace esto [se refiere al tráfico de droga], y luego igual tiene una casa rural o trabaja en la obra, o lo que sea. Pero aquí hay quien lo hace. Mucha gente, vamos” (E. María).

Casi nadie en estos pueblos desconoce el nombre o el apodo de los traficantes de droga. En algunos casos, las diferencias materiales entre estos y la gente que prefiere mantener una vida alejada de la ilegalidad son particularmente visibles. Quienes comercian con droga normalmente viven de manera ostentosa: grandes fiestas, joyas, coches deportivos, ropa cara. Muchos de sus clientes habituales son camareros, cocineros, pinches, limpiadoras, en definitiva, gente ligada al sector hostelero desde

¹⁴ Europa Press, “Detienen en Navaluenga a ocho personas que introducían cocaína y speed en la comarca”, 20 Minutos 19-XII-2015; Cadena Cope “La Guardia Civil desmantela un laboratorio ilegal de droga en Navaluenga”, 31-I-2020; Europa Press, “Dos detenidos en El Barraco (Ávila) cuando transportaban más de un kilo de marihuana en una furgoneta”, 28-I-2020; Europa Press, “Detenidos por comprar pastillas para convertirlas en droga”, 11-X-20218.

hace tiempo a la cual los camellos saludan con cordialidad por la calle. La dureza de estas profesiones con horarios maratonianos de fin de semana favorece el consumo de algunas sustancias estimulantes para hacer humanamente soportable la rutina laboral (EADDES, 2019). En algunos bares y pubs de la comarca, los turnos son largos y agotadores. Los empleados normalmente dedican su tiempo libre a descansar para recuperar el desgaste de la vigilia. A la larga, su vida social queda completamente anulada.

“[...] yo salgo poco. Con amigos y eso, salgo poco. Alguna vez a tomar algo, pero ten en cuenta que trabajando en esto de la hostelería, aquí, en verano, al final te quedan cuatro ratos, y la mayoría de las veces estás tan reventao que no te apetece salir. A mi muchas veces lo único que me apetece es quedarme en casa y fuera” (E, Lucas).

Durante los meses de verano, un camarero trabaja unas doce horas diarias. Su sueldo oscila entre novecientos y mil euros. Las plantillas de los bares y restaurantes de la comarca normalmente cuentan con menos de cinco empleados, la mitad de los cuales son hombres. En estos espacios al igual que en los comercios familiares, no suele haber enfrentamientos relevantes entre propietarios y asalariados debido a la nebulosa distancia que separa el capital y el trabajo. En la mayor parte de los casos, el jefe de la tasca trabaja codo a codo con sus empleados. Cuentan que algunos propietarios de discotecas comparten sus ratos de ocio con el personal de barra. De vez en cuando el empresario y los trabajadores salen juntos a tomar un trago a los bares de los pueblos. A menudo la naturaleza desenfadada de esas situaciones hace que las borracheras y el abuso de sustancias estimulantes se normalicen hasta el punto mismo de convertirse en una actividad recurrente para algunos camareros.

“[...] esto no se puede decir, porque no se puede decir, pero aquí la gente sale con los jefes, y se pone hasta el culo. Y que sí, que luego buenas caras y lo que quieras, pero el día de antes, la noche de antes, te ha visto todo el mundo hasta arriba de todo. Y cuando digo de todo, es de todo” (E. Lucas).

La actitud de muchos de esos empresarios con sus trabajadores es marcadamente paternalista. Sus relaciones laborales tienen siempre un punto de arbitrariedad. Se discute cara a cara por un aumento salarial, por un puente festivo o por el horario de trabajo. De esta manera los empleados muestran su lealtad hacia el negocio a cambio de concesiones. Las contrataciones en este sector normalmente son temporales. El proceso de reclutamiento de la plantilla depende de las recomendaciones. En los bares de pueblo, como en tantos otros negocios de corte similar, buena parte del personal es familiar o amigo del propietario y todo el mundo lo sabe (Hadjimichalis y Papamichos, 1990). El jefe y los empleados viven en estrecha vecindad y muchas veces sus casas dan pared con pared. Sus hijos, si los tienen, asisten a la misma escuela y a menudo juegan juntos en los parques y en las aceras de las calles. Toda esta trama de relaciones estrecha el contacto del capataz con sus obreros, hace que ambos se sientan parte de una misma comunidad, hace que la frontera entre la vida laboral y la vida cotidiana se difumine parcialmente (García García, 1991).

En el resto de comercios al por menor sucede algo similar. En bastantes casos, el propietario del local y los trabajadores establecen relaciones de deferencia personal que se mantienen a lo largo del tiempo. Es habitual que el empresario y su familia asistan a los bautizos, comuniones y bodas de los hijos de los empleados. Esas muestras de paternalismo llevan a los obreros a adoptar una actitud sumisa y servicial ante sus superiores (Sierra, 1990). No hay protecciones sociales, descansos, permisos laborales. Todo ello se negocia de manera informal con los patrones.

Bajo el paraguas del Estado. Rentistas sin autoestima

Los bares de la comarca son el principal espacio de ocio masculino y uno de los pocos pasatiempos disponibles para los alberchanos. Durante las horas de trabajo, la barra de estos establecimientos se llena principalmente de oficiales y peones de obra que se detienen para almorzar. Por las tardes, cuando hay menos movimiento, las tascas congregan a ancianos solitarios y ociosos que ven los toros o juegan a las cartas con los amigos. Esas personas ofrecen una muestra de los problemas con los que conviven las poblaciones rurales de la meseta norte desde la segunda mitad del siglo pasado: envejecimiento, desempleo y despoblamiento (Del Rey, Cebrián y Ortega, 2009). Algunos clientes son hombres de mediana edad que combinan las prestaciones de paro con el empleo ocasional y de temporada. Otros malviven gracias a las pensiones de los abuelos. Otros hacen montones de dinero con la puesta en alquiler de sus parcelas e inmuebles. La suerte que han tenido esos rentistas es que sus municipios nunca han llegado a estar completamente desamparados. Son pueblos del piedemonte gredense, situados a unas dos horas de distancia de la capital, que se han especializado en el turismo rural. La mentalidad rentista y el monocultivo de apartamentos rurales han transformado un entorno agroganadero en un espacio de descanso y disfrute para el Madrid migrante (Troitiño, 1987).

A diferencia de lo que sucede en los grandes centros urbanos, donde los salarios son la principal fuente de ingresos, en estas localidades el principal medio de supervivencia son las pensiones de vejez. El cheque de la Seguridad Social, el patrimonio acumulado y el ahorro particular son las tres patas de este modelo. En esta comarca ha triunfado como en otras zonas de Castilla un modelo de rentismo encarnado por el pensionista

que vive humildemente de las magras aportaciones del Estado y de los alimentos que le producen sus campos de cultivo (Oliveira Baptista, 1998). El perfil del jubilado alberchano es el de un ciudadano demandante de actividades de corte cultural, religioso y deportivo. Las mujeres en particular participan a menudo en este tipo de iniciativas. Los hombres, por el contrario, presentan dificultades para ocupar el tiempo libre. Algunos, no todos, abusan regularmente del alcohol. Otros se contentan con cultivar sus huertas, cuidar de sus animales e ir al bar para jugar la partida.

Muchas de estas personas se presentan como humildes trabajadores y campesinos, propietarios de terrenos y contribuyentes poco dados a plantear exigencias al poder en materia de ayudas y prestaciones. Tanto hombres como mujeres manifiestan estar agradecidos por la seguridad material que les ofrecen sus retiros.

La otra cara de la moneda es que los jubilados y muy especialmente los que habitan en zonas aisladas se ven penalizados en el acceso a la sanidad (Collantes y Pinilla, 2011; Herranz, 2002). Como plantea Renau (2018) en su estudio sobre el abandono de los medios rurales, las administraciones del Estado se han desentendido de toda responsabilidad a la hora de cubrir las carencias en servicios e infraestructuras de distinto tipo. En muchos asentamientos rurales que yacen escondidos en la sierra abulense, una urgencia sanitaria puede implicar un desplazamiento de una hora hasta el hospital provincial por una carretera de curvas de horquilla con el pavimento agrietado (Escribano, 2012). En algunos municipios como Navaquesera no hay bancos ni farmacias. Ello obliga a muchos ancianos a trasladarse a vivir con sus hijos o a ingresar en una residencia, aunque los mayores algunas veces se niegan obstinadamente a abandonar sus hogares. El resultado es que las amistades y relaciones entre vecinos se descomponen a medida que la movilidad residencial aumenta.

“[...] todo cerrao, todo abandonao, sin servicios, sin na, pues tú verás. Se acaba yendo la gente, se acaban marchando. Pero te hablo de gente de toda la vida, que igual se va con los hijos o lo que sea, ¿sabes? Así que yo qué sé, aquí, lo que se ve. Cada vez menos de todo” (E. Rumana).

Los pensionistas del campo alberchano comparten algunos rasgos comunes. Suelen ser gente muy ahorradora, dada a vivir de manera austera y con cierta tendencia a la inercia. Los varones carecen de aficiones y sienten un hondo desafecto por los asuntos colectivos, mientras que las mujeres se preocupan muy mucho de estimular la vitalidad del agro. Esposas y viudas se convierten en el punto de arranque de las relaciones comunitarias. Las amas de casa tejen redes de confianza y control en muy diferentes terrenos. Por ejemplo, en el mercado de verduras de los viernes, las vecinas hacen sus compras y hablan de banalidades. Muchos grupitos de amigas se juntan para desayunar en el bar al menos una vez a la semana. En ese entorno de afinidad y afecto, afloran con frecuencia las confidencias, las envidias y los cotilleos. Asimismo hay quienes colaboran activamente en las parroquias y en algunos de los pocos centros de auxilio que hay actualmente en la comarca. En uno de ellos, el comedor del centro de jubilados San Pedro Bautista, situado en la localidad Villanueva, algunas voluntarias de pelo cano junto con la asistente social y la cocinera organizan desde repartos de comida a domicilio para las personas ancianas y dependientes hasta actividades culturales y de ocio.

“[...] no, porque mira, aquí y ahora, tenemos... Luego nos pusieron un comedor. Estamos yendo, nosotros mismos estamos yendo al comedor. Aquí, vamos, como dicen, casi los que somos. Ya vamos unos cuarenta y tantos. Y han estao yendo... Y ahora ya no porque, como dicen, no habemos gente, pues... ha habido hasta cincuenta. Allí. Y es lo que nos ha valío, el comedor este, ¿sabes? Hay que pagar, pero... bueno”. (E. Cesario).

A veinte minutos de Villanueva, en el municipio de Navaluenga, un grupo parroquial de unas seis mujeres de avanzada edad colaboran en diferentes actividades de ayuda social, impulsadas por el cura del pueblo¹⁵. Por su carrera laboral y su nivel formativo, son principalmente gente de clase media y acomodada. Entre las feligresas hay esposas e hijas de militares, antiguas maestras y enfermeras. Todas ellas trabajan mano a mano con los servicios sociales para mejorar la vida de los necesitados y en especial de algunas familias migrantes del municipio. Juntas han puesto en marcha donaciones de ropa y una despensa solidaria para hacer frente al hambre y la pobreza de muchos hogares. Estas mujeres ayudan a unas cuantas familias pobres a hacer la compra y gestionar todo tipo de papeles y formularios. En contraste con esa actitud diligente, los varones se preocupan muy poco por los padecimientos ordinarios de la gente sin recursos, de los inmigrantes venidos principalmente del Caribe y Marruecos a los que la miseria ha empujado por el camino de la informalidad. La desidia parece ser un rasgo predominante en los ancianos pensionistas de la era campesina.

“[...] estoy enfermo. Sí. Bueno, me operaron de cáncer hace diecisiete años, de próstata. Me dieron radioterapia. Treinta y dos sesiones. Pero, me acuerdo que me dijo el médico, de esto no vas a morir. Y son diecisiete años ya, lo cual quiere decir que eso no se ha reproducido, ¿no? Pero por lo demás... Quiero decir, estoy, estoy un poco bajo de forma, estoy un poco bajo depresión. Por eso me cuesta darte... me cuesta hablar. Bajo de ánimo, sí. Un poco depresión, sí, sí. Aquí te encuentras más solo. En una ciudad te encuentras más arropado, primero por la medicina en general y por... y por las personas. Y que vivía en comunidad, eh, con otros sacerdotes. Había más vida comunitaria”. (E. Ignacio).

“[...] no, es que ya, es que de verdad, es otro mundo tan distinto al que vivimos nosotros, felices en aquel tiempo, en aquel mundo, pero luego, no porque este sea peor, sino porque uno no está adaptado, ¿entiendes? Porque ya le superan las situaciones, la abertura que hay, todo estaba más organizado. Ahora

¹⁵ Los curas, al igual que los veterinarios y enterradores, son figuras muy conocidas y unidas a los espacios del poder local.

está organizado, pero de otra manera, claro. De una manera que no te encaja a ti, claro, porque no lo has vivido, ¿no? Entonces... Todo eso, y uno que ha sido muy activo, pues claro, te hunde. El ver que vas perdiendo los contactos, las relaciones, te aíslas, por la necesidad, porque no conectas, no, físicamente, psíquicamente... En fin, todo eso es muy importante.” (E. Cesario).

Hastío, ociosidad y aburrimiento

-¿Nos movemos?

-¿Nos movemos adónde?

-Vamos a movernos y ya veremos.

Nicolas Mathieu¹⁶.

Pero no solo los hombres de edad se sienten hastiados. De igual manera, muchos adolescentes se encuentran sumidos en la abulia. El perfil de esta franja juvenil es el de un muchacho de clase trabajadora, con bajo nivel educativo, que a menudo crece en la ociosidad y se niega a emigrar a Madrid para buscar en la gran capital las oportunidades de empleo que su pueblo les niega. Estamos hablando de chavales que siguen los pasos de sus padres y empiezan a rondar los bares desde muy temprana edad. Muchos son hijos de empresarios y comerciantes demediados, mientras que otros muchos proceden de familias con empleos parciales que subsisten gracias a las ayudas sociales y a las redes de apoyo familiar. La mayor parte de ellos dedican su tiempo de ocio a vagar sin rumbo por la calle o a estar sentados en un banco, a veces charlando y a veces en silencio.

La imagen de un enjambre de chiquillos de corta edad reunidos en un parque a media tarde con litronas y altavoces o la de un chaval en sudadera, ataviado con un mono de

¹⁶ Nicolas Mathieu (2018), *Sus hijos después de ellos*.

faena o en ropas de camuflaje, con tatuajes y cortes de maquinilla en la ceja, recorriendo las calles en motos o coches de segunda mano es muy habitual en las localidades con alta densidad poblacional.

Aunque algunos de estos pueblos han ganado en equipamientos deportivos, lo cierto es que la principal actividad de ocio juvenil es *no hacer nada* (Corrigan, 1979). Se trata de rellenar las horas libres con conversaciones banales sobre una gran variedad de temas. Paseando o reunidos en corro, los grupos de chavales se entretienen contando alguna historia sobre noviazgos, experiencias sexuales, infidelidades y problemas familiares. No hay reuniones callejeras entre amigos sin alguien relatando con el mismo entusiasmo de siempre los pormenores de uno de los habituales botellones que se celebran los fines de semana.

En estos territorios lo habitual y rutinario es pasar el tiempo charlando con los amigos o la pareja. Esta es una sencilla manera de luchar contra el aburrimiento, un sentimiento muy presente en la juventud rural alberchana que viene dado por la carencia de ofertas de ocio y el bajo nivel de asociacionismo.

El asociacionismo deportivo, tejedor de redes sociales

Las excepciones a la regla de la debilidad asociativa vienen principalmente de las peñas y las agrupaciones deportivas (Plan de Zona Rural, 2015: 48). En una comarca con cada vez menos habitantes, con una anemia cultural aguda y una escasa oferta comercial, con pocas posibilidades de empleo y ocio juvenil, los adolescentes, junto con algunos adultos que rondan o superan la cuarentena, organizan desde pachangas

callejeras en los parques hasta partidos *amateur* en los campos de tierra o en las precarias pistas polideportivas.

Asimismo, han puesto en marcha liguitas en las que los equipos de las localidades participantes compiten cada fin de semana. Entre las secciones deportivas que pelean en este torneo provincial se encuentran F.C. Navaluenga, C.F. Burgohondo, F.C. El Hoyo de Pinares, C.D. Las Navas, Deportivo Arenas C.F., C.F. El Tiemblo y C.D. Navatagordo. En total 15 conjuntos con unos 3000 abonados.

El grueso de las plantillas de estos clubes son vecinos. Gente de todos los escalafones sociales, nacida y criada en el agro abulense. Algunos tienen su residencia en Madrid y vuelven los fines de semana al pueblo para jugar el partido con los colegas. Otros, muchos menos, viven de forma permanente en el campo y, aparte de dar patadas a la pelota en los campeonatos, dedican sus ratos libres a gestionar los clubes y a acondicionar los campos (Abejón, 2016).

Hablamos de chicos acostumbrados a los vestuarios de aspecto cutre, a los campos embarrados, a las pistas con el pavimento agrietado y a la falta de presupuesto y materiales. Chavales de todas las edades y condiciones que cada domingo encuentran en el terreno de juego un lugar donde poder compartir tiempo de ocio y aficiones (Uribarri, 2018).

Da igual si se trata de una localidad poco poblada y carente de trabajo como Navatagordo, o de un asentamiento rural con cierta vitalidad como Navaluenga. El hecho es que, cada fin de semana que hay partido, los campos se abarrotan de amigos y familiares que animan a sus paisanos mientras beben cerveza y entonan canciones futboleras para ambientar el encuentro.

El valor de esos acontecimientos se lo da la gente. Son los ayuntamientos y los propietarios de negocios los que patrocinan y financian en parte a los clubes. Son los entrenadores los que organizan los partidos, y son los jugadores los que realizan esfuerzos de todo tipo para acudir al campo.

“[...] al final todo es cosa de todos. Aquí todo el mundo arrima el hombro. Es una cosa del pueblo, ¿sabes? Muchos pueblos en esta región se están muriendo. Entonces esto es un golpe de aire fresco, que creo que es importante para que continúe, continúe la vida aquí” (E. Óscar).

A menudo las liguiillas regionales sirven para que los futbolistas aficionados creen lazos de afecto con sus colegas de vestuario y a su vez se relacionen con gentes de otros pueblos con las que no se cruzan a diario en la calle.

Por muy anodina que parezca, la trama de conexiones que genera el deporte base es el sustrato que conforma la experiencia cotidiana de mucha gente joven y adulta.

El funesto destino de los clubes. Nuevos movimientos migratorios en los pueblos alberchanos

Una de las grandes dificultades con las que se encuentran muchos de estos clubes es la marcha de una parte importante de la juventud a las capitales en busca de oportunidades laborales y formativas. En esta zona es complicado reclutar a chavales dispuestos a integrar las plantillas de los equipos rurales sin que al cabo de un tiempo acaben emigrando. La proximidad con Madrid que en tiempos hizo que gran parte de los pueblos de esta comarca disfrutaran de determinados equipamientos, como acceso a carreteras y redes de alcantarillado antes que muchos otros lugares de la meseta, es la

fuerza gravitatoria que atrae en masa a los emigrados del campo abulense. Algunos autores (González-Leonardo y López-Gay, 2019) consideran que el progresivo acortamiento de las distancias entre la ciudad del Manzanares y las provincias colindantes ha tenido un poderoso efecto succionador de habitantes provenientes del medio rural gredense.

Para un sector importante de la juventud alberchana, Madrid es un espacio de anonimato en el que toma una importancia clave el consumo de servicios. En marcado contraste con la apariencia moribunda de sus lugares de origen, la gran urbe alberga numerosas salas de fiesta, clubes nocturnos, bares, restaurantes, cines y toda clase de locales comerciales donde comprar o ver cosas.

La mayor parte de los chicos que vienen a la ciudad cuentan con la ayuda de numerosos paisanos y familiares que les proporcionan techo y les llevan a pasear por los escenarios capitalinos de los que tanto han escuchado a hablar a sus amigos urbanitas. A diferencia de sus abuelos, que apenas salieron del pueblo en su juventud, estos chavales viajan a Madrid usualmente para comprar ropa o disfrutar de la fiesta nocturna.

A pesar de que han nacido y se han criado en el campo, su modo de vida tiene muchas semejanzas con el de la juventud de origen urbano. Cuando uno se pasea por las calles de ciertos municipios alberchanos, se queda asombrado por la uniformidad de estilo en la vestimenta de las y los adolescentes. Las mismas marcas de ropa, los mismos gustos musicales, el mismo corte de pelo e incluso los mismos patrones de actitud y lenguaje.

De un tiempo a esta parte, la juventud alberchana ha adquirido un aire que la mimetiza con los chicos de barrio que veranean en esta zona desde que apenas levantaban un palmo del suelo. Esa uniformidad es un reflejo tardío del desembarco de la cultura metropolitana en los medios rurales.

El brillante estudio del investigador Marc Badal (2018) acerca de las convulsiones que padece el campo peninsular demuestra que las fuentes de identidad de las viejas culturas aldeanas han desaparecido. Uno de los efectos de ese cataclismo es el nacimiento de una cultura juvenil hermafrodita en la que las diferencias entre lo rural y lo urbano se han difuminado. Hoy, por primera vez en la historia, mucha gente tiene la posibilidad de habitar en el campo sin renunciar a los modelos culturales de la ciudad (Camarero, 1993).

Quienes emigran de los pueblos en no pocas ocasiones lo hacen solo por cambiar un poco de aires, por escapar del aburrimiento, porque su tierra natal no les ofrece una vida de ocio tan intensa como la de las grandes ciudades. Ello no obsta, evidentemente, para que mucha gente joven deje su pueblo natal por otros motivos bien conocidos como hacer un ciclo formativo, estudiar en la universidad o conseguir un empleo acorde a su nivel de estudios, aunque sea precario y mal pagado (Moral, Arellano y Díez-Pisonero, 2018; BreLOT, Grossetti, Eckert, Gritsai y Kóvacz, 2010).

En el fondo todo el mundo sabe que los que se quedan en el Valle no tienen esperanzas de mejorar su futuro. Madrid al menos ofrece la promesa de que hay posibilidades de hacer carrera (Moreno Mínguez, 2003).

En la serie de entrevistas que he realizado a chicas y chicos de la comarca aflora permanentemente la idea de que las calles del gran Madrid son una fuente inagotable de entretenimiento comercializado, a la par que el lamento por el lento pero continuo declive de la oferta de actividades en la provincia abulense.

El consumo individualizado en cualquiera de sus formas es central para la identidad de la juventud rural. En un contexto de creciente precariedad en el que el empleo no configura la identidad del sujeto, la esfera del ocio y del tiempo libre modelan la

experiencia de los muchachos y muchachas de este valle. Este es un hecho fundamental porque supone un cambio de signo generacional. Mientras las cohortes de nacidos en la posguerra se contentaban con ir de bureo y jugar a las cartas con los amigos, las nuevas generaciones quieren cosas semejantes a las que desean muchos de sus colegas de la ciudad, quieren dinero para ir de fiesta, motos, coches y ropa de marca.

C.D. Navatalgordo. Un epicentro de vida y actividad comunitarias

Con la huida de la juventud, algunos espacios deportivos han bajado la persiana. En ciertas localizaciones de baja densidad, los estadios, animados en otro tiempo, se encuentran en estado de abandono. Hierbas y matorrales crecen sin control en las mortecinas explanadas formando una espesa capa; las barandillas del lateral se oxidan; los vestuarios tienen un aspecto destartado: hay manchas de humedad en el techo y las pintadas cubren las paredes desconchadas. La pintura blanca de los arcos se ha empezado a desprender y el sol y el fuerte viento que sopla en la sierra han deshilachado poco a poco las redes del fondo. Los chatarreros de la zona vienen de vez en cuando a buscar metales entre los montones de basura y escombros que se desparraman por los descampados.

La gente de estos moribundos lugares ha respondido al abandono de las instalaciones de maneras muy distintas. Algunos se han rendido y han aceptado la decadencia del entorno como una consecuencia inevitable del proceso migratorio campo-ciudad. Los hay que han encontrado en el deporte base un efectivo parche contra el despoblamiento. El mejor ejemplo es el de Navatalgordo, una diminuta localidad de apenas dos centenares y medio de habitantes, ubicada al noroeste de la sierra de Gredos y

tradicionalmente aislada, en la que un grupo de paisanos de diferentes edades han hecho renacer al equipo local de entre las cenizas a las que le redujo el éxodo rural. La mera existencia del club ha favorecido el retorno al municipio de los descendientes de emigrantes locales que cada fin de semana se amontonan en la carretera para asistir al campo.

Los torneos sirven para fortalecer amistades entre los vecinos. Navatalpedinos mayores y menores participan en ellos como organizadores y como jugadores y se encargan de poner el campo a punto. Cada tarde que hay partido, las procesiones de jubilados, comerciantes y familias recorren la antigua carretera que conduce hacia el estadio, en los confines del municipio. Van equipados con fiambreras y bufandas del Navatalgordo; algunos preparan una barbacoa al otro lado de la barandilla lateral del campo, otros beben y fuman mientras comentan el encuentro. En el curso de esas conversaciones, algunos socios ya mayores demuestran un amplio conocimiento de los avatares del club. Los enfrentamientos con la gente de la vecina localidad de Navarredondilla se evocan con frecuencia, al igual que los apodos y las relaciones de parentesco entre los jugadores. Con tales historias, los ancianos demuestran su pericia en el dominio del capital cultural propio del vecindario.

El terreno donde se celebran habitualmente los partidos es un modesto campo de tierra, asentado en lo alto de un cerro, que se embarra cuando llegan las lluvias. Hay una grada algo destartalada y unos pocos barracones que se usan como vestuarios. Al fondo, en el horizonte, se ven sucesiones de parcelas y solares alfombrados por arbustos y zarzales que alternan con naves abandonadas y casas que amenazan ruina.

El equipo cuenta actualmente con 460 socios, el doble de los habitantes censados en el pueblo: pagan 200 euros para tener una butaca permanente en la grada y reciben a

cambio una camiseta con el distintivo del club. El resto de sus ingresos proceden de las donaciones voluntarias de algunos comerciantes y de lo que proporciona la cantina que flanquea la puerta principal del campo.

De los once tipos que cada domingo se lanzan a la cancha, la mitad viven de manera permanente en Navatalgordo, y la otra mitad tiene su primera residencia en Madrid. Todos ellos han aprendido a disfrutar de este deporte, jaleando a sus padres y a sus abuelos desde la grada. Ahora pretenden emularlos, luciendo con orgullo el uniforme del equipo. Camiseta de color naranja con cuello negro y pantalones negros por la rodilla con medias a juego.

El hecho de que los jugadores tengan lazos de familia con su pueblo ha sido fundamental en el enraizamiento del club. Tal circunstancia ha hecho que el conjunto navatalpedino se convierta en un foco de vida comunitaria y en un referente identitario a nivel local. En este como en otros casos, los grupos primarios tienen una importancia tanto operativa como emocional. Recordemos que la actividad asociativa de la gente joven del Valle es muy baja y que el terreno de juego es uno de los pocos espacios donde entran en contacto varias generaciones. El sentimiento de grupo y las lealtades de familia han creado la argamasa para refundar un equipo popular unido por la pertenencia a un mismo lugar.

La experiencia de jugar en el equipo y defender sus colores se vive como un pasatiempo placentero. La gente de Navatalgordo, amante como es de su tierra, siente un orgullo real por el renacimiento del club, reflejo del campanilismo local. El sentido identitario que tiene para los naturales de este municipio, vivan donde vivan, once chicos pateando una pelota es verdaderamente conmovedor. Poco importan sus triunfos

deportivos, su estilo de juego individual y colectivo, ellos encarnan y defienden el porvenir de la apartada y menguante localidad de Navatalgordo.

Recapitulando

En este apartado he querido trazar un bosquejo de las pautas de sociabilidad formal e informal de los habitantes del medio rural alberchano. Para ello, he analizado un conjunto de situaciones cotidianas que son expresivas de la densa red de relaciones que se desarrollan en el interior de los pueblos intermedios de esta comarca. Las observaciones realizadas durante mis encuentros con los pobladores del Valle reflejan la persistencia de formas sutiles de comunidad con centro en las parroquias, en los bares, en los talleres, en los ultramarinos, donde coinciden habitualmente todos los vecinos. Las mujeres en particular cumplen un relevante papel en la vida social y comunitaria de muchas de estas poblaciones. Ellas constituyen el grueso del tejido asociativo local. La mayor parte de las organizaciones de mujeres se fraguan en torno a las iglesias. El problema con esas entidades es que son muy vulnerables al dominio de las redes caciquiles, por lo que normalmente solo ejercen de mera comparsa. Si a esto se une el miedo a la disidencia y la indiferencia general ante los asuntos colectivos, se comprende la dificultad que encierra el construir una red de asociaciones que sea capaz de impulsar el desarrollo comunitario local.

Entre la gente joven predomina el asociacionismo recreativo y deportivo. Clubes como el Navatalgordo sirven para que generaciones de abuelos, padres e hijos tejan lazos de lealtad y construyan una identidad comunitaria de base territorial (Cabrita, Rosado, Vega y Serpa, 2014). Con todo, la vida cultural y asociativa del mundo rural

alberchano es muy escasa y no satisface las expectativas de las nuevas generaciones, que dirigen sus miradas hacia los espacios de ocio de Madrid y de otras capitales de provincia cercanas.

En general, a lo largo de este apartado, he intentado demostrar que con el envejecimiento poblacional y la crisis generalizada de la agricultura ha emergido una sociedad rentista y dependiente. Rentista, porque los ingresos de sus clases pasivas provienen, en parte, del cobro de alquileres. Dependiente, porque una parte significativa de los moradores del Valle obtienen su sustento de la ayuda privada y de los subsidios estatales.

Es en parte debido a ese marasmo que ha comenzado a crecer un fuerte malestar entre algunas gentes del lugar. En el apartado siguiente analizo con detenimiento los contenidos subjetivos de ese malestar.

Los muchos malestares y el precio de la periferización rural

En el pueblo, las gentes maldecían de la soledad y ante los nublados, la sequía o la helada negra, blasfemaban y decían: “no se puede vivir en este desierto”.

Miguel Delibes¹⁷.

Las causas del abatimiento de los alberchanos son diversas y tienen que ver con factores como el despoblamiento, el sobreenvjecimiento o la pobreza material. Otro factor relevante es el relajamiento del tejido social y comunitario. Un informe del CESCyL de 2019 demuestra que los habitantes de los asentamientos remotos del medio rural castellano tienen menos amigos y vecinos que hace tres decenios. En municipios como Hoyocasero, Villanueva o Navaquesera, las personas entrevistadas no contaban con amigos con los que poder sincerarse. La mayor parte de ellas vivían solas en sus domicilios. En esta zona, las viviendas unipersonales, que actualmente representan el 22 por ciento del total, no han cesado de crecer desde mediados del siglo pasado. El censo refleja a sus inquilinos con un perfil semejante: hombres, ancianos, solteros o viudos, inactivos y con un nivel educativo bajo o muy bajo.

La longevidad se ha traducido en el aumento de la independencia residencial de los mayores y, por lo tanto, en el incremento de las viviendas ocupadas por solitarios. Los hogares con una sola persona predominan sobre cualquier otra forma de residencia en los pueblos de menos de 1000 habitantes. Alrededor de un tercio de los vecinos de la estepa abulense residen actualmente en este tipo de municipios. Ávila es una de las

¹⁷ Miguel Delibes (2007), *Las ratas*.

provincias con mayor proporción de hogares unipersonales constituidos por hombres solteros (Doblas, Conde, Bracho, Requena y Boyer, 2001). Muchos solteros rurales se sienten solos, desvinculados. Y muchos recurren al alcohol para mitigar el dolor emocional de la soledad, como indica esta nota de campo fechada el 4 de diciembre de 2018:

Hoy, al caer la tarde, he estado observando durante un buen rato a los parroquianos del bar “La Casona”, de Hoyocasero. Todos, por supuesto, eran varones de edad media o avanzada; unos con empleo, otros en paro o ya jubilados. Hombres con el semblante abatido, que consumen grandes cantidades de alcohol para huir de su propio pesar emocional. Es el caso de Mariano, apodado “El Correcaminos”, uno de los 262 vecinos que residen actualmente en Hoyocasero. Mariano empezó a trabajar, con 12 años, como aprendiz de cantero. Más tarde, con 20 años, se trasladó a Alemania para emplearse en los altos hornos. Allí pasó dos años tras los cuales decidió volver a su pueblo natal para casarse con su mujer y formar una familia. Su esposa falleció a causa de una fuerte hemorragia tras el parto, dejando a Mariano atrapado en una profunda soledad. Cuando le pregunto cómo afronta el día a día, me contesta que ha comenzado a perder la esperanza:

[...] pensando mucho las cosas, muy triste. El corazón triste siempre. La vida esta es una pena. Y la soledad, pues, en la vejez mu negra. Aparte aquí hay mucha gente sola. Mayores que yo hay muchísimos. Unos en matrimonios, pero el resto solos.

El de Mariano no es un caso aislado. No muy lejos de su casa, en la escondida villa de Navaquesera, viven Rumana y Santiago, un matrimonio de octogenarios que hasta hace poco se han dedicado a criar ganado vacuno. Anteriormente, hacia 1960, Rumana y Santiago emigraron a Madrid en busca de nuevas oportunidades de empleo. Durante su estancia en la ciudad, Santiago tuvo un accidente mientras trabajaba en las obras del Metro, que le produjo un problema de disartria. Más tarde, en 1969, regresaron a su Navaquesera natal para establecerse definitivamente con sus dos hijas. Hoy Navaquesera es un municipio rural con apenas 21 censados, sin bares, comercios ni servicios. Es lo que se llama un “desierto alimentario” (Truchero, Castaño y Rato, 2013).

La subsistencia de los vecinos depende de los vendedores ambulantes que pasan por su pueblo cada semana. “El carnicero viene los martes, de Navarredondilla; el pescadero, de Madrid, viene los lunes. Estamos surtidos”, dice Rumana con sencillez.

Las empinadas calles de Navaquesera carecen de unos ojos que velen por el bienestar de los vecinos. La seguridad de las casas depende, pues, de las visitas rutinarias de los vendedores ambulantes.

“[...] yo cuando el pescadero, el panadero vienen al pueblo, lo agradezco mucho. Lo agradezco. Porque vienen y hablas un poquillo. Vienen a verte. A ver si te has levantao. Y así ¿Se han levantao? Digo sí, aquí ando. Y se agradece todo”.

En esta localidad no hay escuela, ni banco, ni farmacia, ni centro de salud. La escuela, en particular, estuvo abierta hasta 1972. Santiago fue uno de los pocos alumnos que pasaron por sus aulas en tiempos de Franco. El de Navaquesera recuerda que en aquel momento la educación de la prole no era una prioridad para las familias pobres del agro.

Como muchos de sus vecinos, Santiago tuvo que dejar el colegio a una edad muy temprana para dedicarse al campo (Reher, 1996).

“[...] Ahí están las escuelas, pero cerradas. Dejé de haber niños. No hay más que uno. Un niño hay y tiene que ir ahí, a Navalosa. Así que, tú verás, qué plan de negocio hay. Y claro, no habiendo muchachos, pues los pueblos van a menos. Y a menos. Este era un pueblo hermoso, pero claro, se ha ido en ir la gente. Y a ver qué pintan aquí. Ande se gane la peseta. Yo la verdad que fui poco a la escuela. El maestro me pegaba. En vez de enseñarme, me pegaba. Y todo pa enseñarme na más que las cuatro reglas y a leer un poquito así. Tú verás”.

Sus hijas, Daniela y Sonsoles, por el contrario, pudieron ir a la universidad a estudiar Derecho y Turismo respectivamente. Sonsoles, la mayor, es oficinista, y Daniela trabaja en el ayuntamiento de Getafe. Ninguna quiere irse a vivir a Navaquesera. La falta de empleo, la escasa densidad poblacional y las deficiencias en equipamientos y servicios espantan toda intención de mudarse allí.

“[...] no creo [que vuelvan], porque el ganado es muy, muy esclavo. Y la gente joven ya se ha hecho a otra cosa. Y ya el campo no lo quieren, a ver. Y eso que mis hijas saben algo, aunque sea poquillo, de esto. Pero han aprendido a trabajar fuera y lo ven mejor que aquí, en el campo. Y es que el campo es duro, porque es duro de verdad. Y hay que tener mucho... Entonces la gente joven no quiere estas cosas. Las cosas de campo, nada. Ya nadie quiere trabajar, aunque pasen hambre en las capitales”.

Santiago y Rumana se sienten solos y desconectados. A pesar de ello, Santiago prefiere no tener trato con ninguno de los vecinos de Navaquesera, porque no se fía de ninguno.

“[...] es que no tienes confianza. La gente no da pie a ello. Yo con tos los que viven en el pueblo no tengo confianza, porque son unos tontones. Y hablan mal de ti. Por eso no me hablo con ellos. No me hablo con nadie. No los trago”.

La falta de confianza en los otros a menudo causa retraimiento. Cuando nos sentimos aislados, tendemos a malinterpretar como amenazas a personas y situaciones inofensivas. De este modo, caemos involuntariamente en un círculo vicioso de sospecha, celos y resentimiento, que agrava el sufrimiento de la soledad (Laing, 2017). Santiago, me cuenta, sufre insomnio desde que se siente solo.

“[...] es muy triste la vida. Yo hay muchas noches que no duermo. Con los nervios... Yo digo, son nervios, que me ponen... Al despertarme y acordarme de cuatro vacas que ha tenido uno y al no tenerlas ahora, ni tener nada”.

Santiago se jubiló hace quince años tras toda una vida al pie del ganado. Desde entonces su estado de ánimo ha sufrido un cambio preocupante. Santiago-el-ganadero se ha convertido en Santiago-en-su-casa, y en su interior ha surgido una angustia mental que parece imposible de aliviar.

“Lo ha pasao uno mal, pa ganar cuatro duros. Trabajando con vacas, con ovejas, con burros y con to. Muchas calamidades. Lo hemos sudao. Ir a los labraos, y quitando piedras como un desgraciao pa que ahora esté to perdido. Perdido. Lleno de piornos, que no se puede ni andar. Y ahora encima se siente uno un estorbo. Andas en casa todo el rato, aburrido, triste, como si fueras un mueble”.

Rumana, por su parte, se siente sola, desvinculada. Sincerarse con alguien le aliviaría ese hondo sentimiento de soledad, pero en el pueblo hay cada vez menos gente con la que poder charlar. Esta octogenaria lamenta que el pueblo que la vio nacer se haya ido quedando sin habitantes. En estos momentos su única compañía es el barrendero que pasa por Navaquesera a diario.

“¿Sabes lo que queríamos? un poquito de... de compañía. Y no hay na... un poco de compañía. Y hablar de esto, y de lo otro. Pero como no hay con quién. Te tienes que aguantar. Y luego da la cabeza muchas vueltas. Y esto, y lo otro. Quiero decir, si hubiera más gente en el pueblo, pues ya sales con una señora, hablas con quien sea. Pero a ver, ahora, ahora no está este vecino, ¿y a qué vecino voy yo? A esa señora que dentro de dos días se va a Madrid, que se la llevan los hijos. Y sí, viene un señor, un chico joven a barrer la calle, como si fuera un... vigilante. To los días viene. Ahora no, ahora está fuera. Viene a verte y habla un poco contigo, y, oye, es de agradecer. Porque si no es muy triste, muy triste, no ver a nadie es muy triste”.

Como muchas personas mayores de la zona, Rumana busca establecer un lazo mutuo y profundo de confianza y afecto con las gentes de su entorno inmediato. De momento tiene parte de sus esperanzas puestas en la llegada de nuevos habitantes a Navaquesera.

“[...] lo peor que no venga algún vecino, alguno por ahí a vivir. Que no venga gente. Si to las casas... Es bonito el pueblo, sí. Pero todo cerrao. Pues qué bonito sería alguna casa más, abierta. Así que, claro, pero están en Madrid. Eso sí, luego en el verano venimos todos”.

Otro caso similar es el de un hombre al que llamaremos Manuel, nacido en San Salvador en 1979, y actualmente residente en Navaluenga. Hijo de una familia de agricultores, en 2002, Manuel vino desde El Salvador a Madrid huyendo de la violencia de las pandillas, tras recibir una amenaza de muerte por acostarse con la hermana de un pistolero de la Mara Salvatrucha. Desde entonces siempre ha trabajado en bares de manera eventual, primero en la capital y desde hace apenas un decenio en Navaluenga.

Manuel improvisa cada día la forma de sobrevivir: un día por un jornal en la recogida de las cosechas, otro por lo que obtiene como ayudante de poda en los jardines de Navaluenga. En este municipio las oportunidades de empleo dependen de las redes de

conocidos y el boca a boca. Manuel, por ejemplo, subsiste gracias a los trabajos ocasionales y el techo que le proporciona Julio, un anciano jubilado, soltero y sin hijos que lleva tiempo ayudando al del Salvador a dejar la bebida.

Manuel se emborracha casi a diario. El poco dinero que gana, lo gasta en vino o aguardiente. Es habitual verle completamente curdo deambulando por los bares del pueblo. Cuando no consigue aliviar la pena con el alcohol, recurre a las drogas ilegales. La idea es calmar la angustia y el dolor.

En el Valle, son muchos los hombres que, como Manuel, sufren de alcoholismo. El abuso de sustancias adictivas lleva camino de convertirse en un grave problema para los medios rurales peninsulares. Algunos estudios muestran que la gente de pueblo supera a la de ciudad en porcentajes de consumo. Actualmente, se calcula que el 35,6 por 100 de los castellanos son bebedores habituales (EDADES, 2019). La pregunta es ¿tiene algo que ver esta necesidad de echar mano del alcohol y otras sustancias con la soledad y el abandono de las poblaciones rurales? Algunas investigaciones vinculan la pérdida de apoyo familiar y la falta absoluta de relaciones como dos de las culpables del consumo abusivo de alcohol (Eisenberg, 2016, 2018; Ehrenberg, 1999). Alberdi y Matas (2002) consideran que la vida resulta especialmente complicada para aquellas personas en las que estas circunstancias se solapan. Caso de Manuel, que carece de respaldo y apoyo social en el municipio.

La soledad emocional y el consumo de alcohol y drogas suelen venir de la mano. Autores como Holtzman (1998) muestran que el uso de sustancias está relacionado con la fragilización social. La pérdida de solidaridad y apoyo familiar incide en el aumento de la probabilidad de beber y consumir drogas ilegales. Cuanto más angustiada y aislada está una persona, mayor es la probabilidad de que se vuelva adicta a las drogas. De

algún modo, el alcohol y las sustancias psicoestimulantes ocupan el vacío que ha dejado la desarticulación de las redes comunitarias en algunos pueblos del Alberche.

Manuel afirma que lo peor es tener lejos a la familia. En Navaluenga se siente aislado y desubicado. A diferencia del resto de migrantes latinoamericanos que habitan el municipio, Manuel nunca participa en las actividades y competiciones deportivas que se organizan a nivel local.

Son algunas historias, pero se podrían citar muchas más. Se calcula que actualmente el 48,8 por 100 de los abulenses consume tranquilizantes y antidepresivos (BDCAP, 2020). Las prescripciones de medicamentos como el Prozac se han incrementado en Castilla un 27,7 por ciento desde 2009. El correlato subjetivo del abandono del rural abulense parece ser el sufrimiento, la soledad, la miseria existencial. La provincia abulense es una de las que más población pierde (un 0,6 por ciento de su censo en 2020), una de las más envejecidas (el 26,06 por 100 cuando la media nacional es 19,2) y la que mayor paro sufre de toda la comunidad (alrededor de un 16 por 100) (SEPE, 2020). Los medios rurales abulenses se encuentran atrapados por un círculo vicioso de abandono económico, de falta de oportunidades laborales y de emigración juvenil selectiva. Este panorama desolador abre un enorme interrogante sobre el futuro a largo plazo de los pueblos y aldeas del Valle medio del Alberche.

Conclusiones

Hemos llegado al final del viaje. Tras haber analizado los cambios sociales y estructurales de la sociedad alberchana desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad y haber etnografiado diferentes aspectos de la vida social de esta comarca, es el momento de exponer las conclusiones a las que he llegado.

Este trabajo se ha dividido en tres partes. En la primera, he tratado de analizar y describir con todo detalle el funcionamiento del mundo campesino tradicional y la tentativa del franquismo de “modernizarlo” y adaptarlo a los nuevos tiempos. En particular, he mostrado que los habitantes del Valle trataron de salvar la escasez de la posguerra mediante el apoyo y la ayuda mutua. Los alberchanos sobrevivieron gracias a todo tipo de intercambios y acuerdos colaborativos, apacentando a su ganado en los montes y dehesas comunales, intercambiando zapatos por zanahorias, o carne por garbanzos, participando en los trabajos de la comunidad, construyendo las casas y los establos con ayuda de los vecinos del pueblo, etc. Las gentes del campo recurrieron a la ayuda casi diariamente para el cultivo de las parcelas, para el cuidado de las tierras y espacios comunales, el aprovisionamiento, etc. Los testimonios de quienes vivieron en primera persona los “horrores del hambre” nos hablan de una sociedad en la que las reuniones familiares y amistosas tomaban un tiempo considerable, la gente se prestaba ayuda mutua, se cuidaban unos a otros en caso de necesidad, las familias intercambiaban regalos alimentarios y la vida se desarrollaba, sobre todo, fuera de casa, en las calles, plazas y fuentes de los pueblos.

Para los entrevistados, la posguerra fue un momento de profunda vinculación social. Los actos de generosidad y apoyo mutuo pueblan los recuerdos de sus vidas de entonces. La experiencia de la crisis alimentaria de posguerra es ambivalente, e igual que hizo estragos en la comarca alberchana, también quedó grabada en la memoria de muchos de sus habitantes como un momento de solidaridad comunitaria sin fisuras. La solidaridad se concentraba en los grupos primarios, particularmente la familia y los amigos. El sentido de unidad y de pertenencia a una comunidad, junto a los lazos de parentesco y amistad, jugaron un papel crucial en la lucha de los alberchanos por su supervivencia cotidiana. Los testimonios recuerdan de forma recurrente ese sentido de unidad y ayuda mutua, y el aflojamiento de los lazos comunitarios que se produjo a partir de 1970, cuando los habitantes del Valle entraron a formar parte de la nueva sociedad de consumo.

La historia de las comunidades campesinas alberchanas lo tiene todo. Hemos visto solidaridad y ayuda mutua: los sistemas de rondas, los circuitos de reciprocidad informal donde circulan cosas cotidianas (alimentos, herramientas, utensilios de todo tipo), las redes de favores entre vecinos. Y hemos visto asimismo el agobiante clima de vigilancia y castigo al que se vieron sometidos los vencidos durante la posguerra. Las gentes de a pie colaboraron con las autoridades franquistas en las tareas de vigilancia y denuncia de las conductas estimadas inmorales. El control social de los comportamientos prohibidos fue particularmente fuerte en los municipios menos poblados de esta comarca. Allí muchos vencedores fiscalizaban la vida privada de sus paisanos censurando la conducta de aquellos que quebrantaban el orden moral tradicional defendido por la dictadura.

Este primer bloque se cierra con el estudio de la tentativa hecha por el Ministerio de Agricultura de Rafael Cavestany para modernizar el campo alberchano. Cavestany fue

el creador del SEA, organismo fundado en 1955 con el objeto de estimular la competitividad de las diversas agriculturas peninsulares. Por esas mismas fechas se promulgaron las Leyes de Concentración Parcelaria encaminadas a reorganizar el entramado parcelario de las zonas de minifundio. Mucho esfuerzo y mucho dinero del Nuevo Estado franquista fue invertido en estos planes que, tal y como hemos visto, tuvieron un impacto muy limitado en el Valle. Los programas de desarrollo rural del SEA no supusieron ningún cambio en lo que se refiere a la apuesta de la dictadura por la mecanización de los cultivos y la capacitación de los agricultores. Los campesinos siguieron cavando al viejo estilo y produciendo variedades locales para su autoconsumo. La agricultura en esta zona estuvo lejos de ser rentable a pesar de los esfuerzos de los extensionistas para mejorar la eficiencia y productividad de los cultivos. Las acciones educativas agrarias se produjeron de arriba abajo y generaron un profundo complejo de inferioridad entre las gentes del campo. El extensionista era el sujeto activo y sus conocimientos trataban de sustituir a los del campesinado mediante pautas de trabajo pretendidamente universales. Los planes de desarrollo rural no alcanzaron en modo alguno sus objetivos proclamados de avivar el instinto mercantil de los campesinos y romper la tendencia al autoconsumo. Fueron, no obstante, la tentativa más ambiciosa de la dictadura de Franco de penetrar en el interior de las comunidades campesinas tradicionales para moldear sus comportamientos.

Los agentes de desarrollo rural no supieron inculcar valores capitalistas en la gente del campo alberchano, es decir, fueron incapaces de materializar el cambio de mentalidades con el que Cavestany había fantaseado. Visto desde la actualidad, el intento del ministro de mejorar el rendimiento de las explotaciones de minifundio parece más claramente condenado al fracaso de lo que debieron pensar los ingenieros que proyectaron aquel

plan de reforma para acabar con las deficiencias estructurales de la agricultura del norte y noroeste peninsular.

Aparte del SEA, otras organizaciones como el Frente de Juventudes o las Hermandades de Labradores y Ganaderos, cumplieron funciones divulgativas, cooperativas y colonizadoras. El SEA y la Falange albergaban la esperanza de que la pertenencia a dichas organizaciones fortaleciera el apego de los alberchanos al proyecto de la dictadura pero sucedió lo contrario. En la mayor parte de los casos, las acciones de los extensionistas y las actividades del Frente de Juventudes, aunque contaran con el entusiasmo de los vencedores, suscitaron la indiferencia del grueso de la sociedad alberchana.

Los habitantes del Valle no participaban en los asuntos públicos, pues a unos hombres y mujeres que vivían en la miseria y cuya tarea había sido siempre la de roturar la tierra y cuidar del ganado poco les importaba cuál fuera el contexto social y político en el que tenían que realizar esas labores. A la gente corriente no le interesaban ni los campamentos, ni las excursiones, ni los experimentos cooperativistas. Resultaba difícil encontrar a alguien dispuesto a involucrarse en las plataformas abiertas por la dictadura y a participar en la vida pública alberchana. Los oriundos de la comarca tendían más a centrar sus esfuerzos en sobrevivir y cuidar de sus familias.

El fracaso de las iniciativas del Régimen en esta zona fue contemporáneo del auge del turismo residencial, asunto que he abordado en la segunda parte de este trabajo. 1970 fue el gran momento de la segunda residencia en el medio rural alberchano. En esta comarca las viviendas secundarias se construyeron como residencias de vacaciones para los antiguos emigrantes que retornaban al pueblo con sus hijos y nietos durante los meses de verano. El apego de los alberchanos a sus identidades comunitarias (familia,

pueblo, vecindario) hizo que nunca se desvincularan del todo de sus lugares de origen e invirtieran sus ahorros en la compra de una segunda vivienda en el campo. Los propietarios de terreno vislumbraron en el mercado residencial una suculenta oportunidad de negocio y se lanzaron a edificar casas de verano en parcelas hasta entonces semiagrarias. El acceso al consumo de masas, el desarrollo de los servicios y la llegada de los primeros veraneantes aceleraron las dinámicas de corrosión del mundo campesino tradicional. Los habitantes del Valle trataron de asimilarse a los valores de la gran ciudad; se volvieron egoístas, desconfiados, llenos de anhelos pequeñoburgueses. El acceso a nuevas comodidades modificó el estilo de vida en esta comarca que, a lo largo de los años, se aproximó en muchos aspectos al del mundo urbano. Los elementos del perfil identitario de los alberchanos pasaron a ser el coche y la vivienda familiar en propiedad, una parcela dedicada a la huerta y una cultura de consumo aspiracional. Las nuevas pautas de sociabilidad y consumo se difundieron a través de los medios de comunicación de masas; a través de los teleclubs, cuya capacidad para difundir nuevos valores e ideales se hizo evidente en los años sesenta; a través de los contactos personales del turismo residencial de origen madrileño, que diseminaba cantidades cada vez mayores de veraneantes en bikinis y *shorts* por los pueblos y aldeas del Valle. El turismo residencial y la nueva cultura del consumo minaron la legitimidad del orden social aceptado hasta entonces, tanto porque las gentes del Valle abjuraron de su propio modelo cultural, como porque las estructuras familiares y comunitarias que lo sustentaban se vieron erosionadas. A diferencia de las organizaciones de encuadramiento social de la dictadura que no fueron capaces de arañar la conciencia de los alberchanos, el desarrollo y el consumo, mediante los medios de comunicación y la residencialización del campo, no solo la arañaron, sino que la transformaron para siempre. Nunca la faz humana y la vida social de los municipios se habían alterado tan

radicalmente como en la era que comenzó bajo el influjo de la reconversión turística del territorio. A partir de ese momento los pueblos intermedios del Valle se transformaron, paulatinamente, en recintos dedicados a residencia y esparcimiento. Todos ellos se convirtieron en zonas rurales más transitadas que habitadas, con una cierta tendencia a la pérdida de población y al envejecimiento social.

A los municipios de esta comarca se viene a salir de bares, a visitar a la familia o a refrescarse en las playas fluviales del Alberche, pero para estudiar, trabajar y para las rutinas de la vida cotidiana, los veraneantes eligen los barrios populares y castizos de la capital, donde residen la mayor parte del año. El Valle del Alberche se ha visto perjudicado por el efecto frontera con Madrid. La gran ciudad acapara actualmente recursos, que atraen a la población de las provincias colindantes. La agonía demográfica de estos territorios ha contribuido a debilitar su economía. Algunos pueblos del Alberche, que comenzaron a perder población en los sesenta, han ido languideciendo poco a poco. Este declive desincentiva a la juventud a permanecer en su lugar de origen. Quienes emigran a la gran ciudad suelen ser jóvenes con estudios de nivel secundario que salen de sus pueblos con la idea de ir a la universidad o encontrar un primer trabajo. Las nuevas generaciones de emigrantes viven fascinadas por las posibilidades de ocio y consumo que Madrid ofrece, lo que evidentemente contribuye muy poco a generar un ánimo favorable a la permanencia de la juventud en el territorio. Los que se resisten a abandonar los pueblos son los jubilados y los jóvenes poco cualificados que trabajan de camareros, fontaneros o peones de la construcción. Los alberchanos que viven del turismo y las pensiones, y que llevan décadas sufriendo las consecuencias de la despoblación y el abandono.

En pueblos de montaña como Hoyocasero o Navaquesera el día a día es difícil. Estos municipios ya no cuentan ni con escuela ni con centro de salud, ni tampoco con

farmacia ni oficina bancaria. Los habitan personas mayores. Muchas viven sin compañía y se sienten emocionalmente aisladas. El aislamiento de esta gente se manifiesta en forma de depresiones, insomnio e irritabilidad. La mayoría de los pueblos de montaña de la zona del Alberche están agonizando. Es en estos lugares donde el futuro de los aldeanos parece más sombrío. De la crisis demográfica al alcoholismo, pasando por la soledad y la falta absoluta de servicios, los pueblos remotos del Alberche son un foco de estancamiento y decadencia.

Otros municipios como Navalunga, Burgohondo o Navalosa conservan una cierta vitalidad comunitaria. A través de una serie de ejemplos tomados de mis propias observaciones de la vida rural cotidiana, he tratado de demostrar que esta sigue estando atravesada por relaciones y conductas de apoyo mutuo, generalmente vehiculadas las mujeres. En la experiencia del día a día, existe un comunitarismo difuso, un sentimiento de pertenencia a la comunidad local de nacimiento, reforzado por tradiciones y rituales comunes, una ética de buena vecindad, un sistema bastante bien implantado de clientelismo-patronazgo electoral y un rico circuito de intercambio de favores, contactos, informaciones y bienes alimentarios.

Los municipios del Alberche cuentan con un tejido asociativo pobre y poco reivindicativo, constituido por organizaciones festivas, religiosas y deportivas. El funcionamiento de estas entidades viene marcado por un triángulo de factores: personalismo, control caciquil y escasa cultura participativa. La vigencia del caciquismo en esta zona imprime su sello en el miedo y la apatía de la gente, en el desapego hacia la participación pública y en los silencios y el doble discurso de los alberchanos. Los caciques locales, como he apuntado en el primer bloque de la tesis, han sido hasta hace poco los principales responsables de la colonización urbanística del medio rural alberchano: la construcción de miles de chalets unifamiliares adosados para veraneantes

y emigrantes retornados. La pervivencia de los municipios de esta zona se debe fundamentalmente a la vinculación patriolocal que la población estacional mantiene todavía con ellos. La pregunta que quizá cabe hacerse es qué pasará cuando los jóvenes alberchanos emigrados, que generalmente tienen dificultades para acceder a una vivienda, ya sea a través de la compra o el alquiler, tengan que mantener el patrimonio familiar acumulado durante los años del *boom* inmobiliario. Del futuro de mi generación depende la supervivencia de esta tierra.

BIBLIOGRAFÍA

ABBERS, R. (1998), “From clientelism to cooperation: Local Government, Participatory Policy and Civic Organizing in Porto Alegre, Brazil”, *Politics & Society*, 26, 511-537.

ABEJÓN, E. (19 de abril de 2016), “Fútbol popular, reinventando el fútbol de la gente”, *Contexto y acción*, 60. Recuperado de <https://ctxt.es/es/20160413/Firmas/5244/futbol-popular-aficionados-control-democracia.htm>

ABELLA, R. y CARDONA, G. (2008), *Los años del NO-DO*, Barcelona: Destino.

AGLIETTA, M. (1979), *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*, Madrid: Siglo XXI, 1979.

AIZPURU, M. (2017), “Sindicalismo agrarista y nacionalismo vasco (1933-1936)”, *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*, 38: 259-287.

ALARES, G. (2010), “El vivero eterno de la esencia española. Colonización y discurso agrarista en la España de Franco”, pp. 57-80 en *Colonos, territorio y Estado: los pueblos del agua de Bardenas*, A. Sabio Alcutén (coord.), Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

ALBERDI, I. y MATAS, N. (2002), “La violencia doméstica. Informe sobre los malos tratos a mujeres”, *Colección Estudios Sociales*, Barcelona: Fundación La Caixa.

ALBÓ, X. (1985), *Desafíos de la solidaridad aymara*, La Paz: CIPCA.

ALEDO, A. (2016), “Turismo residencial y vulnerabilidad en el interior del Levante español”, en *Turismo residencial y gentrificación rural* ed. por E. Cañada y J. Gascón, Valencia: Pasos.

ALFAYA, J. (2003), *Crónica de los años perdidos. La España del tardofranquismo*, Madrid: Temas de Hoy.

ALONSO, L. E. (2016), “Fraude: del familismo amoral al hogar público”, *Actuarios*, 39: 8.

ALONSO, L.E., ARRIBAS, J.M. y ORTÍ, A. (1991), “Evolución y perspectivas de la agricultura familiar: de “propietarios muy pobres” a agricultores empresarios”, *Política y Sociedad*, 8: 37.

ARÉVALO, J.M. y CEREZO, Y. G. (1996), “Extremadura”, en M. Fernández (coord.), *Etnología de las comunidades autónomas*, Madrid: Doce calles/CSIC.

ARGUEDAS, J. M. (1959), *Las comunidades de España y del Perú*, Lima: Universidad Nacional.

ARRIBA, J. M. (2010), *El Alto Tormes: transformaciones recientes en la comarca de El Barco (Ávila) y perspectivas de desarrollo sostenible en un área de la Sierra de Gredos*, Zaragoza: UNED.

ATANCE, I., GÓMEZ-LIMÓN, J. A. y BARREIRO, J. (2006), “El reto de la multifuncionalidad agraria: oferta de bienes privados y públicos en el Sur de Palencia”, *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 210, 200-251.

AVALLONE, G. (2017), “Migraciones y relaciones de poder en la agricultura global contemporánea: entre actualidad y ruptura de la herencia colonial”, *Relaciones Internacionales: Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica*, 36, 73-92.

BADAL, M. (2018), *Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino*, Logroño: Pepitas de Calabaza.

BAENA, C. V. (2003), *Identidad jornalera y cultura del trabajo en el olivar de Bujalance. (La mirada etnobiográfica como espacio interdisciplinar en la investigación social)*, Tesis doctoral, Madrid, UCM.

BAIROCH, P. (1973), “Agriculture and Industrial Revolution, 1700-1914”, en *The Industrial Revolution. The Fontana Economic History of Europe* ed. por C. M. Cipolla, Londres: Fontana Books.

BANDFIELD, E. (1970), *Las bases morales de una sociedad atrasada*, Madrid: Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, 1970.

BAÑALES, J. L. (2002), “Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano (1900-1950)”, *Historia Contemporánea*, 24, 11-58.

BARCO, E. (2019), *Donde viven los caracoles. De campesinos, paisajes y pueblos*, Logroño: Pepitas de Calabaza.

BARRIO ALISTE, J. M. (2013), “De los problemas a los retos de la población rural de Castilla y León”, *ENCRUCIJADAS. Revista crítica de ciencias sociales*, 6, 117-128.

BAUMAN, Z. (2000), *Comunidad: en busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid: Siglo XXI.

BAUMAN, Z. (2000), *Modernidad líquida*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

BDCAP, (2020), *Base de datos clínicos de Atención Primaria*, Madrid: Ministerio de Sanidad.

- BECKER, G. (1962)**, “Investment in human capital: a theoretical analysis”, *Journal of Political Economy*, 70, 9-49.
- BEIRAS, X. M. (1972)**, *El atraso económico de Galicia*, Vigo: Editorial Galaxia.
- BÉJAR, H. (1981)**, “La cultura del individualismo”, *REIS*, 89: 54.
- BÉJAR, H. (1988)**, *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*, Madrid: Alianza Universidad.
- BELLAH, R. (1985)**, *Hábitos del corazón*, Madrid: Alianza Editorial.
- BELTRAN, O. y VACCARO, I. (2017)**, “Los comunales en el Pirineo Central. Idealizando el pasado y reelaborando el presente”, *Revista de Antropología Social*, 26, 235-257.
- BERKELEY, H. (2005)**, *New rural Economy: Change, Dynamism and Government Policy*, London: Institute of Economic Affairs.
- BERNSTEIN, B. (1971)**, *Class, codes and control*, Londres: Routledge and Kegan Paul.
- BERTAUX, D. (2005)**, *Los relatos de vida: perspectiva etnosociológica*, Barcelona: Bellaterra.
- BRANDES, S. (1974)**, *Migración, parentesco y comunidad: tradición y cambio social en un pueblo castellano*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- BRANDES, S. (1976)**, “The impact of emigration on a Castilian Mountain Village”, en *The changing faces of rural Spain*, J. Aceves y W. A. Douglas (eds.), Cambridge: Schenkman Publishing Company.
- BREHM, S. y BREHM, J. (1981)**, “Psychological reactance. A theory of freedom and control”, New York: Academic Press.
- BRELOT, H., GROSSETTI, M., ECKERT D., GRITSAI, O. y KOVACS, Z. (2010)**, “The spatial mobility of the “creative class”: a european perspective”, *International Journal of Urban and regional Research*, 34, 854-870.
- BURILLO, M. P., TERRADO, P. y BURILLO, F. (2014)**, “Estrategias frente a la despoblación de la Serranía Celtibérica en el marco de la política de cohesión europea 2021-2027”, *Economía agraria y recursos naturales*, 19: 90.
- CABANA, A. (2007)**, “Los incendios en el monte comunal gallego. Lugo durante el primer franquismo”, *Historia Agraria*, 43, 555-577.
- CABEZAS, E. (2000)**, “*Los de siempre*”. *Poder, familia y ciudad (Ávila 1875-1923)*, Madrid: CIS-Siglo XXI.

- CABRITA, T., ROSADO, A., VEGA, R. de la y SERPA, S. (2014)**, “Relaciones entre identidad atlética y personalidad en el deporte de competición”, *Revista de Psicología del Deporte*, 23: 247-253.
- CAMARERO, L. y SAMPEDRO, R. (2008)**, “¿Por qué se van las mujeres? El continuum de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural”, *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 124: 73-105.
- CAMARERO, L., SAMPEDRO, R. y OLIVA, J. (2012)**, “Trayectorias ocupacionales y residenciales de los inmigrantes extranjeros en las áreas rurales españolas”, *Sociología del trabajo*, 77: 69.
- CANTALAPIEDRA, S. (2019)**, “Nuevas periferias: geografías del malestar”, *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 147: 5-14.
- CAÑADA, E. y GASCÓN, J. (2016)**, *Turismo residencial y gentrificación rural*, Valencia: Pasos.
- CARBALLO, R. (1977)**, *Capitalismo y agricultura en España. La evolución de las relaciones de producción en el campo (1939-1975)*, Madrid: Ediciones de la Torre, 1977.
- CARDON, P. (2009)**, “Les effets de la mobilité résidentielle des retraités sur leur alimentation”, *Revue recherches familiales*, 6, 105-110.
- CARPINTERO, O. (2005)**, *El metabolismo de la economía española: recursos naturales y huella ecológica (1995-2000)*, Lanzarote: Fundación César Manrique.
- CARPINTERO, O. (dir.) (2015)**, *El metabolismo económico regional español*, Madrid: FUEM Ecosocial.
- CASADO DA ROCHA, A. (2017)**, *Una casa en Walden. Sobre Thoreau y cultura contemporánea*, Logroño: Pepitas de calabaza.
- CASTRO, L. A. y CASTRO M. A. (2001)**, “Cuestiones de metodología cualitativa”, *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, 4, 165-190.
- CÁTEDRA, M. (2012)**, *Paisajes de antropología urbana*, Madrid: Genuve Ediciones.
- CERDÀ, P. (2017)**, *Los últimos. Voces de la Laponia española*, Logroño: Pepitas de Calabaza.
- CHARBOUNNEAU, B. (2016)**, *El jardín de Babilonia*, Madrid: Kadmos.
- CHAYANOV, A. (1985)**, *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1985.
- CHIRBES, R. (1996)**, *La larga marcha*, Madrid: Anagrama.

CLAPHAM, C. (1982), *Private patronage and Public Power. Political clientelism in the modern state*, Londres: France Pinter.

COHEN, G. A. (2011), *¿Por qué no el socialismo?*, Buenos Aires: Katz Editores.

COLLANTES, F. (2004), *El declive demográfico de la montaña española (1850-2000) ¿un drama rural?*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

COLLANTES, F. y PINILLA, V. (2011), *Peaceful surrender: the depopulation of rural Spain in the Twentieth Century*, Cambridge Scholars Publishing.

CONDE, F. (1994), “Notas sobre la génesis de la sociedad de consumo en España”, *Política y Sociedad*, 16: 138.

CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL DE CASTILLA Y LEÓN (CESCyL) (2019), *Situación económica y social de Castilla y León 2019*.

CONTRERAS HERNÁNDEZ, J. (1978), “Cultura rural y dependencia campesina”, *Documentación Social*, 32: 185.

CONTRERAS HERNÁNDEZ, J. (1985), “La teoría de la “modernización” y su concepto de cultura campesina: reflexiones críticas”, en *Sobre agricultores y campesinos: estudios de sociología rural de España*, ed. por E. Sevilla Guzmán, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

CONTRERAS, J. y NAROTZKY, S. (1997), “L’ajut mutu com a previsió de la necessitat. Continuïtats i canvis”, *Revista d’etnologia de Catalunya*, 11, 20-31.

CORRIGAN, P. (1979), “No hacer nada”, pp. 175-181 en *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*, ed. S. Hall y T. Jefferson, Madrid: Traficantes de Sueños.

CRIADO, E. A. (2014), “Los nuevos escenarios rurales: de la agricultura a la multifuncionalidad”, *ÉNDOXA: series filosóficas*, 33: 90.

DEL ARCO, M. A. (2016), “Los auténticos representantes del campo español: hermandades sindicales de labradores y generación de adhesión y consentimiento hacia el franquismo”, *Historia Social*, 84: 90.

DEL CAMPO, S. (1988), *La sociedad de clases medias*, Madrid: Espasa Calpe, 1989.

DEL MOLINO, S. (2016), *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid: Turner.

DEL REY, A., CEBRIÁN, M. y ORTEGA, J.A. (2009), “Despoblamiento y envejecimiento en Castilla y León durante el siglo XX. Análisis a través de la

emigración femenina y la pérdida de nacimientos”, *AGER. Revista sobre Despoblación y Desarrollo rural*, 8, 113-149.

DELIBES, M. (2007), *Las ratas*, Madrid: Ediciones Destino.

DELIBES, M. (2010), *El disputado voto del señor Cayo*, Madrid: Austral.

DELIBES, M. (2010), *Viejas historias de Castilla la Vieja*, Madrid: La Fábrica.

DÍAZ-GEADA, A. y TÁBOAS, D.L. (2015), “Modelos de modernización para el desarrollismo: el influjo de las propuestas estadounidenses en el Servicio de Extensión Agraria (1955-1975)”, *Revista Complutense de Historia de América*, 41: 78.

DIÉGUEZ, S. (1991), *Un nuevo orden urbano: “El Gran Madrid” (1939-1951)*, Madrid: Ministerio para las Administraciones Públicas.

DOBLAS, J.L., CONDE, M.P., BRACHO, C.A., REQUENA, A. y BOYER, P. (2001), *La soledad en las personas mayores. Influencias personales, familiares y sociales. Análisis cualitativo*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

DOMÍNGUEZ MARTÍN, R. (1996), *El campesino adaptativo: campesinos y mercado en el norte de España (1750-1880)*, Santander: Universidad de Cantabria.

DURKHEIM, E. (1976), *La división del trabajo social*, Madrid: Akal.

EHRENBERG, A. (1999), *La fatiga de ser uno mismo: depresión y sociedad*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

EISENBERG, G. (2016), “El punto de congelación del Yo. El mercado desatado destruye la empatía”, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 6: 401-404.

EISENBERG, G. (2018), “El odio a lo vivo. Observaciones sobre la psicología social del fascismo, ayer y hoy”, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 10: 314-323.

ESCRIBANO, J. (2012), “El valor de los servicios educativos y sanitarios en los procesos de atracción y mantenimiento de población en el medio rural”, *Ager. Revista de estudios sobre despoblación y desarrollo rural*, 13, 11-52.

FERNÁNDEZ DURÁN, R. (1996), *La explosión del desorden*, Madrid: Fundamentos, 1996.

FERNÁNDEZ DURÁN, R. (2002), “Un planeta de metrópolis (en crisis). Explosión urbana y del transporte motorizado, gracias al petróleo”, *Hábitat y sociedad*, 2: 210.

FERNÁNDEZ DURÁN, R. (2006), *El tsunami urbanizador español y mundial. Sobre sus causas y repercusiones devastadoras, y la necesidad de prepararse para el previsible estallido de la burbuja inmobiliaria*. Barcelona: Virus, 2006.

FERNÁNDEZ VEGA, J. (2011), “Política, cultura y mutaciones antropológicas”, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 3, 208-226.

FERNÁNDEZ, I., AUGUSTO, J. M., PÁEZ, D. y IGLESIAS, R. (2001), “Diferencias culturales entre el Norte, Centro y Sur de España”, en *Psicología social y cultura*, Valencia: Promolibro.

FERNÁNDEZ, L.C. y URRECHO, J. M. (2013), “Población, administración y territorio en Castilla y León: desequilibrios y desafíos del modelo de poblamiento”, *Ería: Revista cuatrimestral de geografía*, 90: 25.

FRESNO, C. (2015), *La vertiente meridional de la Sierra de Gredos como un área de recreo y residencia secundaria de la población madrileña*, Tesis doctoral, Madrid, UCM.

FUSI, J. P. (1985), “El boom económico español”, *Cuadernos de Historia* 16, 34.

GANCEDO, E. (2017), *Palabras mayores. Un viaje por la memoria rural*, Logroño: Pepitas de Calabaza.

GARCÍA GARCÍA, J. L. (1991), “¿Qué tienen que ver los españoles con lo que los antropólogos saben sobre ellos?”, en. M. Cátedra (ed.), *Los españoles vistos por los antropólogos*, Madrid: Júcar Universidad.

GARCÍA GONZÁLEZ, J.A. (2009), “El turismo de retorno: modalidad oculta del turismo residencial”, en *Turismo, urbanización y estilos de vida. Las nuevas formas de movilidad residencial* ed. por T. Mazón, R. Huete y A. Mantecón, Madrid: Icaria.

GARCÍA SANZ, B. (1997), “El envejecimiento en la sociedad rural: modelos y contrastes territoriales”, *Revista multidisciplinar de gerontología*, 1, pp. 38-43.

GIBSON, C.C. (2001), “Forest resources: institutions for local governance in Guatemala”, pp. 71-89 en *Protecting the commons: a framework for resource management in the Americas*, ed. E. Burger, R. Oslrom, D. Noorgard y B.D. Goldstein, Washington: Island Press.

GILMORE, D. (1994), *Hacerse hombre*, Barcelona: Paidós.

GINER, S. y SARASA, S. (1997), “Altruismo cívico y política social”, en *Buen gobierno y política social*, ed. Giner, S. y Sarasa, S., Barcelona: Ariel.

GODBOUT, J. T. y CAILLÉ, A. (1992), *L'esprit du don*, Paris: La Découverte.

GODELIER, M. (1996), *El enigma del don*, Buenos Aires: Paidós.

GÓMEZ BENITO, C. y LUQUE PULGAR, E. (2006), *Imágenes de un mundo rural (1955-1980)*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

GÓMEZ HERRÁEZ, J. M. (2003), “Las cooperativas en el marco de las hermandades sindicales (Albacete, 1939-1959)”, *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural*, 30: 160.

GÓMEZ, M. y GONZÁLEZ, M. (1999), “Por una nueva interpretación de la historia de Andalucía”, *Revista Ayer*, 36, 131-144.

GONZÁLEZ CANALEJO, A. (2011), “Gredos: naturaleza y literatura”, *República de las Letras: revista literaria de la Asociación Colegial de Escritores*, 120, 5-20.

GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (2011), “Los socialistas españoles y la cuestión agraria”, en *La España rural, siglos XIX y XX: Aspectos políticos, sociales y culturales*, ed. T. M^a Ortega López y F. Cobo Romero, Granada: Editorial Comares.

GONZÁLEZ, M. y MOYANO, E. (2007), “Sociología rural”, en *La sociología en España*, ed. M. Pérez Yruela (coord.), Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas (CIS).

GONZÁLEZ-LEONARDO, M. y LÓPEZ GAY, A. (2019), “Emigración y fuga de talento en Castilla y León”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 80: 27.

GUHA, R. (1983), *Elementary forms of peasant insurgency in Colonial India*, Dheli: Oxford University Press.

GYGAX, M. (2007), “El intercambio de dones: reciprocidad, imprecisión, equivalencia y desequilibrio”, *Gerión*, 25: 114.

HADJIMICHALIS C. y PAPAMICHOS (1990), “Desarrollo local en el sur de Europa: hacia una nueva mitología”, *Estudios Regionales*, 26: 120.

HAMMERSLEY, M. y ATKINSON, P. (2014), *Etnografía. Métodos de investigación*, Barcelona: Espasa.

HERNÁNDEZ BURGOS, C. (2012), *Las bases sociales de la dictadura y las actitudes ciudadanas durante el Régimen de Franco*, Tesis doctoral, Granada, Universidad de Granada.

HERNÁNDEZ BURGOS, C. (2019), “La difícil adaptación a los cambios: la Iglesia, la Falange y la sociedad española durante el “segundo franquismo” (1960-1975)”, *Hispania Nova: Revista de Historia contemporánea*, 17: 155-191.

HERRANZ, A. (2002), “Infraestructuras y desarrollo económico en el Pirineo Central (1850-2000)”, *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo rural*, 2, 197-226.

HERREROS, F. (2001), “Social capital, associations and Civic republicanism”, en *Democratic Innovation deliberation, representation and association*, Londres: Routledge.

HERVIEU, B. (1992), *Los campos del futuro*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

HOBBSAWM, E. (2012), *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica.

HOFSTEDE, G. (1991), *Cultures and organizations. Software of the mind*. Londres: McGraw-Hill.

HOFSTEDE, G. (2001), *Culture's consequences: comparing values, behaviours, institutions and organizations across nations*, Thousands Oaks, CA: Sage.

HOLTZMAN, W. (1998), "Psicología y salud", *Psicólogos (Papeles del Colegio de Psicólogos)* 6: 35-59.

HUNEEUS, C. (1985), "La Unión de Centro Democrático y la Transición a la Democracia en España", Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

I.N.E. (2010), *Población española 1951-2001*, Madrid.

IGLESIA, A. y TÁBOAS (2020), "Cuando la protesta rural ocupa el asfalto: la "folga do leite" en Galicia (1978), *Investigaciones históricas: época moderna y contemporánea*, 40, 143-174.

IVARS, M. y GISBERT, J. (2006), *La localización de la población española sobre el territorio. Un siglo de cambios: un estudio basado en series homogéneas (1900-2001)*, Madrid: Fundación BBVA.

IZQUIERDO, J. (1993), "La naturaleza sacra del poder en el Antiguo Régimen: la monarquía católica y el monasterio de El Escorial", en *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica*, ss. XII-XIX, Vol. IV, ed. por E. Sarasa y E. Serrano, Zaragoza, pp. 207-225.

IZQUIERDO, J. (2001), *El rostro de la comunidad. La identidad del campesino en la Castilla del Antiguo Régimen*, Madrid: Consejo Económico y Social.

IZQUIERDO, J. (2008), "Las culturas de la Gran Transformación: de la ética del campesino a la estética del campo", en *Acerca del desarrollo rural. Perspectivas sobre el medio rural desde la región de Murcia* ed. por F.C. Sandoval, Murcia: Universidad de Murcia.

JACOBS, J. (2011), *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid: Capitán Swing.

JAPPE, A. (2019), *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*, Logroño: Pepitas de Calabaza.

KENNY, M. y KNIPMEYER, M. C. (1991), "Investigación urbana en España: visión retrospectiva y prospección", en *Antropología de los pueblos de España*, J. Prat, U. Martínez, J. Contreras e I. Moreno (eds.), Madrid: Taurus Ediciones.

- KHARE, R. S. (1984)**, “The untouchable as himself: ideology, identity, and Pragmatism among the Lucknow Chamars”, *Cambridge Studies in Cultural Systems*, 8.
- KLEMM, A. (2008)**, *La cultura popular de Ávila*, Madrid: CSIC, 2008.
- KUZNETS, S. (1974)**, *Population, capital and growth. Selected Essays*. Londres: Heinemann.
- LAING, O. (2017)**, *La ciudad solitaria. Aventuras en el arte de estar solo*, Madrid: Capitán Swing.
- LASCH, C. (1999)**, *La cultura del narcisismo*, Barcelona: Andrés Bello.
- LINZ, J. J. (1980)**, “La frontera Sur de Europa: tendencias evolutivas”, *Revista Internacional de Sociología (REIS)*, 9, 7-52.
- LIPOVETSKY, G. (2012)**, *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Madrid: Anagrama.
- LÓPEZ ANDRADA, A. (2017)**, *El viento derruido. La España rural que se desvanece*, Madrid: Editorial Almuzara.
- LÓPEZ DÍAZ, J. (2002)**, “La vivienda social en Madrid, 1939-1959”, *Espacio, Tiempo y Forma*, 15: 297-338.
- LÓPEZ PINTOR, R. (1982)**, *La opinión pública española: del franquismo a la democracia*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- LÓPEZ, I. y RODRÍGUEZ, E. (2010)**, *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2010.
- LUZÓN, J. M. (2007)**, “Teoría del clientelismo y estudio de la política caciquil”, *Revista de Estudios Políticos*, 89, 191-224.
- MAFFESOLI, M. (1996)**, *De la orgía: una aproximación sociológica*, Barcelona: Ariel.
- MAFFESOLI, M. (2004)**, *El nomadismo: vagabundeos iniciáticos*, México: Fondo de Cultura Económica.
- MARTÍN ANTÓN, J. (2017)**, “Los teleclubs. Una revisión acerca de las salas de televisión en España y su incidencia en Asturias”, *Espacio, tiempo y forma*, 29: 356.
- MARTÍN PÉREZ, S. (2014)**, “Aproximación a la historia y al papel de la televisión en la emigración española a Europa”, *Migraciones y Exilios*, 14: 67.
- MATHIEU, N. (2018)**, *Sus hijos después de ellos*, Madrid: Alianza Editorial.

MAUSS, M. (1990), *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Madrid: Katz, 2010.

MICHÉA, J.C. (2002), *La escuela de la ignorancia y sus condiciones modernas*, Madrid: Ediciones Acuarela.

MICHÉA, J.C. (2007), *L'empire du moindre mal. Essai sur la civilisation libérale*, París: Champs essais.

MINISTERIO DE SANIDAD (2019), *Encuesta sobre Alcohol y otras Drogas en España (EDADES) (2020)*.

MINISTERIO DE TRABAJO Y ECONOMÍA SOCIAL (2020), *Informe del mercado de trabajo de Ávila (2019)*.

MINTZ, S. y WOLF, E. (1974), “An anthropological analysis of ritual coparenthood”, *Southwestern Journal of Anthropology*, 6, 341-368.

MOLTÓ, E. y HERNÁNDEZ, M. (2004), “La funcionalidad de los medios rurales en las sociedades urbanas”, *Investigaciones geográficas*, 34, 63-75.

MONEO, R. (1967), “Madrid los últimos veinticinco años”, *Información Comercial Española (ICE)*, pp. 81-99.

MONTES FERNÁNDEZ, F. J. (2006), “Historia de Televisión Española”, *Anuario Jurídico y Económico Escorialense*, 39: 643.

MORAL, S., ARELLANO, A. y Díez Pisonero, R. (2018), “Interregional Mobility of talent in Spain: the role of job opportunities and qualities of places during the recent economic crisis”, *Environment and Planning: Economy and Space*, 50, 789-808.

MORÁN, M. L. (1999), “Los estudios de cultura política en España”, *Revista Española de Investigaciones sociológicas*, 85: 97-131.

MORENO MÍNGUEZ, A. (2003), “La situación laboral de la mujer rural en Castilla y León y Extremadura: un análisis sociológico”, *Acciones e investigaciones sociales*, 17: 109-153.

MORENO-CABALLUD, L. (2017), *Culturas de cualquiera: estudios sobre democratización cultural en la crisis del neoliberalismo español*, Madrid: Editorial Antonio Machado.

MOYA, F. (2018), “Mujer de moral intachable. La relativa efectividad de los avales y de las cartas de súplicas de las presas del franquismo”, *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 19, 359-379.

MOYANO, E. (2000), “Procesos de cambio en la sociedad rural española: pluralidad de intereses en una nueva estructura de oportunidades”, *Papers: revista de sociología*, 61, 191-220.

MOYANO, E. (2001), “El concepto de capital social y su utilidad para el análisis de las dinámicas del desarrollo”, *Revista de fomento social*, 221, 35-64.

MOYANO, E. (2002), “Acción colectiva y organizaciones profesionales en la agricultura”, pp. 567-594, en *Agricultura y sociedad en el cambio de siglo*, J. Jesús González Rodríguez y C. Gómez Benito (coords.), Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España.

MOYANO, E. (2005), “Capital social y desarrollo en zonas rurales”, *Documentos de trabajo (Instituto de Estudios sociales avanzados de Andalucía)*, 14, 2-28.

MOYANO, E. (2008), “Capital social y acción colectiva en el sector agrario”, *Revista Española de Sociología*, 10, 15-37.

MOYANO, E. y GARRIDO, F. (2003), “Capital social y desarrollo en zonas rurales. Una aplicación a los programas Leader y Proder en Andalucía”, *Revista Internacional de Sociología*, 33: 67-96.

MUÑOZ, A. (1995), *Los que no pueden vivir de lo suyo. Trabajo y cultura en el campo de Calatrava*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

NAREDO, J. M. (2004), “Reflexiones metodológicas en torno al debate sobre El pozo y el atraso de la agricultura española”, *Historia Agraria*, 33: 154.

NAREDO, J. M. (2010), “Presión inmobiliaria y destrucción de sistemas agrarios y suelos de calidad: el ejemplo de la Comunidad de Madrid”, pp. 387-423 en *Sombras del progreso: las huellas de la historia agraria*, ed. R. Garrabou Segura y R. Robledo Hernández, Barcelona: Crítica.

NAREDO, J.M. (2000), *Composición y valor del patrimonio inmobiliario en España (1990-1997)*, Madrid: Ministerio de Fomento.

NAREDO, J.M. (2004), *La evolución de la agricultura en España (1940-2000)*, Granada: Universidad de Granada.

NICOLAS, G. (1986), *Don rituel et échange marchand dans une société sahélienne*, Paris: Institut d'ethnologie.

NOGUÉS-PEDREGAL, A. M. (2012), “El cronotopo del turismo: espacios y ritmos”, *Revista de Antropología Social*, 21, 141-171.

NOLTE, E. (2007), “Un pasado que no quiere pasar: una conferencia que, ya escrita, no pudo ser pronunciada”, *Pasajes: Revista de Pensamiento contemporáneo*, 24: 71-75.

OCHOTORENA, J. C. (2017), *La política falangista y la creación de una cultura de propiedad de la vivienda en el primer franquismo, 1939-1959* (tesis doctoral): Universidad de Valencia.

OFER, I. (2010), “Formación identitaria y construcción de la casa familiar en los suburbios de Madrid”, *Instituto Universitario Ortega y Gasset*.

OLIVEIRA BAPTISTA, F. (1998), “Agricultura y desarrollo rural en la Europa del Sur”, *Anuario de la UPA*, Madrid: Fundación de Estudios rurales.

ORTÍ, A. (1987), “Crisis del modelo neocapitalista y reproducción del proletariado rural: represión, resurrección y agonía final de la conciencia jornalera”, en *Sobre agricultura y campesinos. Estudios de sociología rural de España*, ed. por E. Sevilla Guzmán, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

ORTÍ, A. (1987), “Estratificación social y estructura del poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa”, *Política y Sociedad*, 2: 721.

OSTROM, E. (2011), *El gobierno de los bienes comunes*, México: FCE.

PASCUAL, J. (1993), “Apuntes para el debate en torno a la tragedia de los comunes”, pp. 23-45 en *Procesos de apropiación y gestión de recursos comunales*, J.J. Pascual (coord.), Tenerife: Asociación Canaria de Antropología.

PATTON, M. (2002), *Qualitative research & evaluation methods*, California: SAGE.

PAXTON, R. (2019), *Anatomía del fascismo*, Madrid: Capitán Swing.

PEDREÑO, A. (1999), *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales: estrategias familiares y nomadismo laboral en la sociedad murciana*, Tesis doctoral, Murcia, Universidad de Murcia.

PENA-LÓPEZ, J. y SÁNCHEZ-SANTOS, J. M. (2018), “Capital social, confianza y modelos de asociacionismo en España”, *Papers. Revista de sociología*, 103, 153-175.

PINA, A. y ARANGUREN, E. (1976), “La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio”, *Sistema*, 99: 39-54.

POLANYI, K. (2014), *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Madrid: Capitán Swing.

POUSADA, V. R. (2015), “¿Bendición del cielo o plaga? El turismo en la España franquista, 1939-1975”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 37, 89-113.

PRADO, J. y NOYOLA, M. (2016), “Trueque, intercambio y reciprocidad: economía solidaria en las comunidades purépecha de Michoacán”, *Revista Etnobiología*, 14: 79-89.

PRED, A. (1984), “Place as historically contingent process: structuration and the time-geography of becoming places”, *Annals of the Association of American Geographers*, 74, 279-297.

PUTNAM, R. (2002), *Solo en la bolera*. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

PUTNAM, R. (2003), *El declive del capital social. Un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.

QUEVEDO-RUBIO, C. (2018), *Las actividades de “aire libre” en la Organización Juvenil y el Frente de Juventudes*, Tesis doctoral, Madrid, UCM.

RANDSTAD RESEARCH (2019), *Informe trimestral del mercado de trabajo (2019)*.

REHER, D. S. (1996), *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid: Alianza Universidad.

RENAU, L. (2018), *Despoblación y abandono de la España rural. El imposible vencido*, Madrid: Tirant Humanidades.

RODRIGO-ESTEBAN, M. (2016), “Maneras de beber, maneras de vivir. El consumo de vino en la época medieval”, pp. 33-66 en *Modos de beber*, ed. D. Fournier y R. Ávila, México: Universidad de Guadalajara.

RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, J. (1987), *Después de una Dictadura: Cultura autoritaria y Transición política en España*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

ROMÁN, G. (2020), “¿El baile agarrado es pecado?” La burla del control social en los espacios de “inmoralidad” del campo alto-andaluz durante el franquismo”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 42, 319-338.

ROMÁN, G. (2020), “Custodios de la moral”. Control socio-moral y sanción popular en el mundo rural altoandaluz tras la posguerra”, *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 21, 131-154.

RUBIO, J.A., SÁNCHEZ-ORO y M. GARCÍA, Y. (2013), *Turistas “paisanos”, retornados y mayores: tres categorías a tener en cuenta en el futuro de las comunidades rurales*, Cáceres: Universidad de Extremadura.

RUBIO, T.M. (1988), “Residencia secundaria y planeamiento rural. El caso de Toledo”, *Revista Urbanismo COAM*, 3: 43.

RUÍZ CARNICER, M. A. (1993), “El aparato falangista a la caída de los fascismos. FET-JONS en 1945”, *Spagna Contemporanea*, 4: 127-130.

SABE ANDREU, A. M. (2000), *Las cofradías de Ávila en la Edad Moderna*, Ávila: DPDA-IGDDA.

SÁNCHEZ DE PUERTA, T. (1996), *Extensión agraria y desarrollo rural. Sobre la evolución de las teorías y praxis extensionistas*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1996.

SÁNCHEZ, M. (2019), *Tierra de mujeres. Una mirada íntima y familiar al mundo rural*, Madrid: Seix Barral.

SANTO, D. (2012), “Los turismos de interior: un enfoque desde la dimensión de las modalidades turístico-recreativas”, *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, 58: 379.

SANZ, G. (1998), “Economía sumergida: la reconstrucción de las entidades territoriales”, en *Economía sumergida: el estado de la cuestión en España*, Madrid: Unión General de Trabajadores (UGT).

SASTRE, C. (1997), “La transición política en España: una sociedad desmovilizada”, *Revista Internacional de Sociología*, 80: 33-68.

SCHUMPETER, J. (2015), *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid: Página Indómita.

SCOTT, J. (1976), *The moral economy of the peasant. Rebellion and Subsistence in southeast Asia*, Londres: Yale University Press.

SCOTT, J. C. (2018), *Los dominados y el arte de la resistencia*, Navarra: Txalaparta.

SCOTT, J.C. (1997), “Formas cotidianas de rebelión campesina”, *Historia Social*, 38.

SEPE (2020), *Informe del mercado de trabajo de Ávila*, Madrid: Ministerio de Empleo y Seguridad Social.

SERRANO, A., MARTÍN, M. y PERICACHO, C. (2019), “Sociologizando la resiliencia. El papel de la participación socio-comunitaria y política en las estrategias de afrontamiento de la crisis”, *Revista Española de Sociología*, 28(2), 227-247.

SIERRA, J. (1990), *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Madrid: Siglo XXI.

SIMPSON, E. (2008), *The rise and fall of collective public action in the aftermath of the Gujarat Earthquake of 2001*, Londres: London School of Economics.

SIMPSON, J. (1997), *La agricultura española: la larga siesta (1765-1965)*, Madrid: Alianza.

SOLA, J. (2014), *La desregulación laboral en España (1984-1997). Recursos de poder y remercantilización del trabajo* (tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid.

STEINER, G. (2006), *Los logócratas*, Madrid: Siruela.

STINCHCOMBE, A. (1991), “The conditions of fruitfulness of theorizing about mechanisms in Social Science”, *Philosophy of the social sciences*, 21, 367-388.

TAPIA, F. J. (2012), “Commons, social capital, and the emergence of agricultural cooperatives in early twentieth century Spain”, *European Review of Economic History*, 0: 1-18.

TEZANOS, J.F. (1983), *Sociología del socialismo español*, Madrid: Tecnos.

TOLOSANA, C.L. (1966), *Belmonte de los Caballeros. A Sociological Study of a Spanish Town*, Oxford: Clarendon Press.

TOMÉ MARTÍN, P. (1996), *Antropología ecológica. Influencias, aportaciones e insuficiencias: procesos culturales de adaptación en el Sistema Central*, Ávila: Institución Gran Duque de Alba.

TOMÉ, P. (2016), “Lo provinciano: estilos de vida entre nostalgias y ficciones identitarias”, pp. 323-348 en *La provincia. Realidad histórica e imaginario cultural*, ed. J. María Barrajón Muñoz y J. Antonio Castellanos, Madrid: Sílex.

TÖNNIES, F. (2011), *Comunidad y asociación. El comunismo y el socialismo como forma de vida social*, Madrid: Biblioteca Nueva.

TROITIÑO VINUESA, M.A. (1987), “Dinámica espacial y lógica de ordenación en un espacio de compleja organización humana: el área de Gredos”, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 7: 368.

TROITIÑO VINUESA, M.A. (1990), “El plan especial de protección y regulación de recursos en el área de Gredos”, *Ería: Revista cuatrimestral de geografía*, 27: 58.

TRUCHERO, G., CASTAÑO, E. y RATO, H. (2013), “¿Hay desiertos alimentarios en España? Un análisis del caso asturiano”, en Racionero, P., Cabedo, C. y Pulgar, E., *XI Congreso español de sociología. Crisis y cambio: propuestas desde la sociología*, FES, Madrid.

URIBARRI, R. (21 de noviembre de 2018), “El fútbol popular o cómo devolver el poder a los aficionados”, *Contexto y acción*, 196. Recuperado de <https://ctxt.es/es/20181121/Deportes/22926/futbol-popular-respuesta-a-clubes-grandes-United-of-Manchester>

VALCÁRCEL, J. (1974), *La transformación de un espacio rural. Las montañas de Burgos*, Tesis doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid.

VARELA, J. (2021), *A Ulfe. Sociología de una comunidad rural gallega*, Madrid: Morata.

VIANA, D. L. (2010), “Castilla y León, un territorio cuestionado: retóricas del espacio y del tiempo en la construcción de identidades”, *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 65, 45-64.

VIANA, D. L. (2013), “Regreso al campo sin metáforas: cuando quienes retornan son los mismos que se fueron”, en *¿Dónde mejor que aquí?: dinámicas y estrategias de los retornados al campo en Castilla y León*, L. Díaz Viana, O. Fernández Álvarez, P. Tomé Martín, M. Ángeles Valencia, (coord.), Valladolid: Universidad de Valladolid.

VIANA, L. y TOMÉ, P. (2007), *La tradición como reclamo: antropología en Castilla y León*, Salamanca: Junta de Castilla y León.

WHARTON, C.R. (1969), *Subsistence Agriculture and Economic Development*. Chicago: Aldine Transaction.

WOLF, E. (1974), *Los campesinos*, Barcelona: Labor, 1971.

WOLFE, A. (1989), *Whose keepers? (Social science and moral obligation)*, Berkeley: University of California Press.

WOOLCOCK, M. (2000), “Managing risk, shocks and opportunities in developing economies: the role of social capital”, en *Dimensions of Development*, G. Ranis (coord.), New Haven: Yale Center for International and Area Studies.

ZAMORA, S.R. (2016), “Tradición y modernidad. Espacios de poder de las mujeres en el mundo rural durante el franquismo”, *Innovación educativa*, 26: 110.

ZUIL, M. (24 de julio de 2018), “Ávila ya tiene más casas que personas: así es la “cara B” del ladrillo en provincias”, *El Confidencial*. Recuperado de https://www.elconfidencial.com/vivienda/2018-07-21/avila-mas-casas-personas-vender-pisos-especulacion_1595552/

ANEXOS

Anexo: entrevistas realizadas

A continuación, una relación de las personas entrevistadas a la que recurrir para conocer su perfil sociodemográfico.

Informantes que aparecen con seudónimos

Nº	Nombre ficticio	Duración aproximada (minutos)	Edad aprox.	Sexo	Perfil entrevistado
1	Antonio	42´	84	M	Ebanista, jubilado, residente en el municipio de Hoyocasero durante el decenio de los sesenta y la primera mitad de los setenta. Actualmente reside en Madrid.
2	Lucas	51´	24	H	Camarero, residente en San Juan de la Nava.
3	Óscar	56´	52	H	Electricista, actual entrenador del C.D. Navatalgordo, residente en Navatalgordo.
4	María	50´	56	M	Ama de casa, hija de una familia de agricultores. Actualmente reside en Madrid y pasa los veranos en Navatalgordo.
5	Francisco	46´	71	H	Juez de paz, jubilado, residente en Navaluenga.
6	Pedro	35´	69	H	Jubilado, residente en Navaluenga.
7	Pedro	85´	70	H	Cabrero, jubilado, residente en Navalmoral.
8	Julio	34´	79	H	Agricultor, jubilado, residente en Navaluenga.
9	Julia	49´	54	M	Ama de casa, residente en El Barraco.
10	Manuel	29´	49	H	Desempleado, residente en Navaluenga.

11	Pedro	59´	66	H	Ex guardia civil, presidente de la comunidad de regantes del Cauce del Romeral, residente en Navaluenga.
12	Pablo	92´	67	H	Jubilado, residente en Navaluenga.
13	Felipe	65´	56	H	Propietario de una tienda de ultramarinos, residente en Navalosa.
14	Avelina	43´	82	M	Ama de casa, residente en Villanueva de Ávila.
15	Cesario	90´	75	H	Ganadero y agricultor, jubilado, residente en Villanueva de Ávila.
16	Ignacio	41´	76	H	Ex sacerdote, Doctor en Teología y Filosofía por la Universidad de Salamanca, jubilado.
17	Mateo	87´	67	H	Barrenero, jubilado, residente en Navaluenga.
18	Demetrio	55´	73	H	Obrero de la construcción y barrenero, jubilado, residente en Navarrevisca.
19	Venancio	25´	67	H	Agricultor, jubilado, residente en Hoyocasero.
20	José Manuel	35´	78	H	Obrero de la construcción, jubilado, residente en Navalosa.

Informantes que aparecen identificados con sus datos reales

Nº	Nombre	Duración aproximada (minutos)	Edad aprox.	Sexo	Perfil entrevistado
21	Mario Martínez	44´	71	H	Ex extensionista agrario, jubilado, residente en Navaluenga.
22	Pedro Castillo	49´	75	H	Ex constructor, jubilado, residente en Villanueva de Ávila.
23	Mariano Morales	47´	88	H	Cantero, jubilado, residente en Villanueva de Ávila
24	Pedro Alonso	30´	68	H	Oficial de obra, jubilado, residente en Navaluenga.
25	Mercedes González	46´	74	M	Ama de casa, residente en Navaluenga.
26	Antonio Díaz	95´	45	H	Ex alcalde de San Juan de la Nava y ex miembro del Frente de Juventudes de FET y de las JONS, residente en San Juan de la Nava.
27	Rafael Sánchez	65´	70	H	Agricultor, jubilado, residente en Navaluenga.
28	Cesario	24´	67	H	Ex extensionista agrario, jubilado, residente en Burgohondo.

29	Mercedes	49´	74	M	Agricultora y ama de casa, actualmente jubilada, residente en el municipio de Hoyocasero durante el decenio de los sesenta y la primera mitad de los setenta. Actualmente reside en Madrid.
30	Rumana	92´	89	M	Ganadera y ama de casa, residente en el municipio de Navaquesera.
31	Emilio	29´	66	H	Pequeño campesino devenido constructor, jubilado, residente en Navaluenga.
32	Santiago	72´	67	H	Ganadero, jubilado, residente en Navaquesera.
33	Wenceslao	65´	65	H	Pastor, recién jubilado, residente en Navatalgordo.
34	Ana	43´	52	M	Ama de casa, residente en Navatalgordo.

Índice de fotografías

-	Mapa de los municipios del Valle del Alberche y Tierra de Pinares	39
-	Fotografía 01 Corrida de toros en Navaluenga en la revista <i>Posible</i>	64
-	Fotografía 02 Portada del n° 141 de <i>Posible</i>	68
-	Fotografía 03 Fachada lateral de la cooperativa conservera vegetal de Navaluenga	73
-	Fotografía 04 Los primeros veraneantes en Navaluenga, agosto de 1971	103